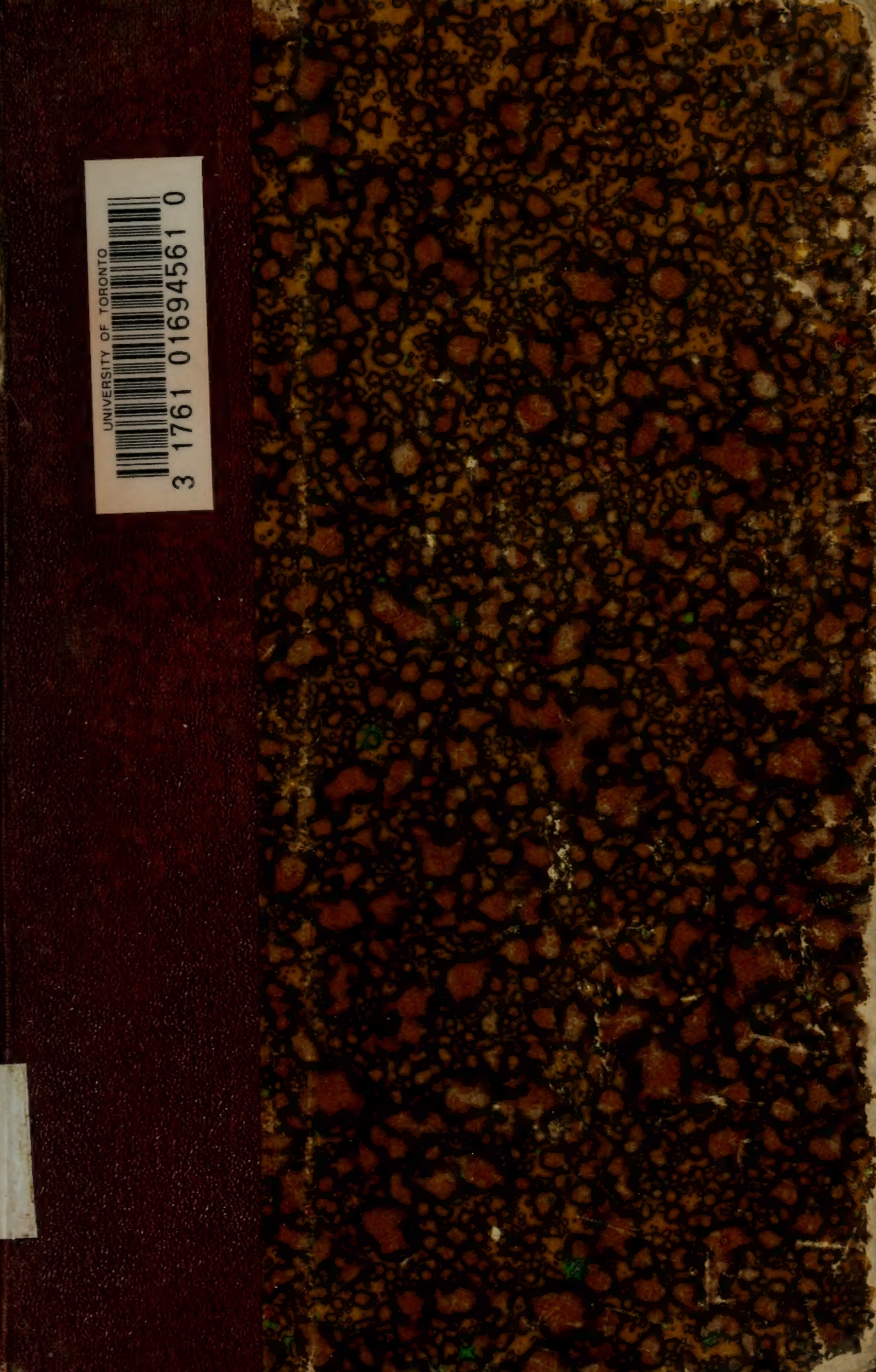



UNIVERSITY OF TORONTO
VELUT ARBOR ÆVO



Historia

de la

República Oriental del Uruguay

por

PABLO BLANCO ACEVEDO

ESCRITA CON ARREGLO

AL PROGRAMA DE INGRESO DE LA UNIVERSIDAD

MONTEVIDEO

DORNALECHE Y REYES, EDITORES

Calle 18 de Julio, núms. 77 y 79

1900


LIBRARY
DEC - 7 1971
UNIVERSITY OF TORONTO

PRÓLOGO

Hace algún tiempo nos propusimos escribir un libro de historia nacional que abarcara desde la época del descubrimiento de América hasta nuestros días.

Entonces, como ahora, nuestro fin era publicar un compendio que se ajustara á la parte histórica correspondiente al programa de ingreso de nuestra Universidad.

La reforma iniciada por el Consejo Universitario, en la sección de preparatorios, cambió totalmente el plan de estudios, y no sólo éstos fueron reformados, sino que los textos y programas existentes, sufrieron una modificación radical.

Los estudios de ingreso fueron también modificados, especialmente en la parte histórica, formulándose, en consecuencia, un nuevo programa.

De acuerdo con ese programa, que abarcaba la historia desde su primera época hasta nuestros días—pues incluía también los sucesos desarro-

llados en el país desde 1852 hasta el presente — nosotros, convencidos de que no existía ningún tratado que historiara aquellos hechos, tomamos la pluma con el propósito de hacer un texto-compendio, que abrazase todas las épocas de nuestra historia.

Sin embargo, el nuevo programa sufrió todavía una transformación.

La parte de historia patria, á que nos hemos referido, fué suprimida, sustituyéndola por un capítulo especial que designase únicamente los nombres de los gobernadores que ha tenido el país desde 1852 hasta el presente.

Es notorio que ninguno de los textos usados en los colegios se adapta al programa de ingreso últimamente sancionado, y esta circunstancia nos impulsa á terminar nuestro trabajo y á publicarlo.

No ignoramos, y, por el contrario, somos los primeros en reconocer, que un libro de historia, por escasas que sean sus pretensiones, es una tarea no exenta de dificultades.

No es ya el hecho de poder condensar en un compendio al alcance de los jóvenes, la multitud de acontecimientos desarrollados, primero durante los tiempos monótonos y tranquilos del coloniaje,

y después, durante la época de las luchas por la independencia y de las luchas intestinas; no es eso únicamente, sino el trabajo casi irrealizable de poder escribir un tratado con la suficiente altura, para no descender á apreciaciones apasionadas, desde luego impropias del libro que se pretende escribir.

Y sin embargo, de este peligro de opiniones parciales, casi es imposible poderse substraer.

Cualquiera de los textos que corren en manos de los niños, en nuestras escuelas, contiene errores históricos, cuyo origen, si fuéramos á indagar, estaría basado en partidismos más ó menos exaltados de sus autores.

Esto mismo nos da motivo á nosotros para que no podamos tener pretensiones de querer hacer un libro verdaderamente exento de errores de esa clase.

Complica el asunto, el hecho innegable de que la historia de estos países todavía no ha dado su último fallo, principalmente sobre los acontecimientos contemporáneos, que, claro está, tienen que llamar nuestra atención con mayor interés.

De ahí la situación, por demás extraña, que se presenta al que intenta escribir la historia de estos países sin emitir juicios propios, como es el caso en que nosotros nos encontramos. Desde

luego, hay que hacer frente á dos tendencias opuestas, completamente claras y completamente manifiestas, á que se dirigen en el presente, las opiniones históricas, sobre los acontecimientos desarrollados en la vida de las repúblicas sudamericanas.

La primera es la señalada por los primeros historiadores, á raíz de los sucesos producidos, cuando todavía estaban vivos los recuerdos de la época, manteniéndose esta tendencia como la verdad irrefutable del pasado, y sirviendo como única base para todo lo que se escribiera durante una época.

La otra, como decíamos, completamente opuesta, no se produce sino cuando ya ha pasado un largo período; y, lo que llama la atención respecto á las dos, es que nunca coinciden los autores de una y otra época, en un mismo criterio.

Por lo general, lo que para unos fué crimen, fué tiranía, fué gobierno de oprobio, para otros no fué sino efecto del medio en que se vivía, casos claros, si se quiere, de la teoría de Buckle sobre los sucesos humanos, en presencia de un medio ambiente determinado.

No es preciso entrar al examen de los juicios formulados durante sesenta años por la mayoría de los escritores del Río de la Plata, sobre los

prohombres de nuestra primera emancipación, para encontrar la confirmación de nuestros asertos, ni tampoco llegar hasta Güemes y tantos otros caudillos y figuras militares de primera y segunda fila de la independencia americana, juzgados como sanguinarios y malos los unos, infieles al dogma de Mayo los otros, y hoy completamente rehabilitados por nuevos juicios.

En la historia de las repúblicas del Río de la Plata, el hecho se presenta más manifiesto aún, y la evolución en las ideas y en los criterios históricos es completamente evidente.

Cuando en Febrero de 1852, el ejército de Urquiza entraba por las calles de Buenos Aires, victorioso en Monte-Caseros, los argentinos, sin distinción de partidos, recibían al vencedor con las muestras del más entusiasta júbilo. Era unánime la opinión en toda la América, de que el gobierno del general Rozas había sido un gobierno tiránico, y el general Urquiza, en aquel momento, fué aclamado por todos los pueblos de la Confederación Argentina.

El sentimiento de aversión á Rozas parecía tan profundo,—cuenta en sus memorias uno de los vencedores de Caseros, el general César Díaz,—que, después de la batalla, no se encontraba una divisa rozista en todo el campo de acción, y era

tan grande el odio del pueblo porteño hacia su antiguo mandatario, que aquellos mismos que se habían distinguido por su amor acendrado á la federación, no titubeaban en deshacerse de todo lo que fueran recuerdos de la época nefasta, llegándose hasta despedazar en las calles de la ciudad los retratos del que había sido su gobernador durante veinte años.

Pues bien, nadie que hubiera podido presenciar estos hechos perfectamente exactos y verdaderos, podría pensar que hubiera de llegar una época, relativamente cercana, de rehabilitación completa de los que, por espacio de veinte años, fueron objeto del odio de los pueblos americanos.

La época ha sobrevenido, y el gobernador Rozas, contra quien se llegó á proclamar el asesinato político y llamarse acción santa á la que le diera muerte, como único medio de libertar estos países de su despotismo, es llamado ahora de nuevo, por historiadores del presente, el Grande Americano que, en las fortificaciones de la *Vuelta de Obligado,* defendió los principios de la independencia de América, contra las fuerzas unidas de las naciones europeas!

En presencia de estas rehabilitaciones completamente claras y completamente manifiestas, ¿cuál es el criterio que debe seguir un autor que quiera

escribir la historia de estos países con juicio propio, y desposeído en absoluto de todo lo que sea odio ó reminiscencia del pasado?

La tradición ha culpado á Rozas por espacio de cuarenta años, haciéndolo responsable de los males que estas repúblicas soportaron durante su larga tiranía, y, sin embargo, los historiadores de nuestros días, casi sin excepción, lo indultan de sus hechos, por horribles que fueran, llegando á proclamarlo *el héroe de la Confederación Argentina.*

Si á propósito de Rozas y de acontecimientos que parecían definitivamente juzgados, el criterio histórico ha variado en los recientes estudios hasta llegar á rehabilitaciones que podrían creerse imposibles, es fácil imaginar las dificultades que se oponen al escribir un libro destinado á la primera enseñanza de la juventud.

Tenemos, pues, que abstenernos de condenaciones como de glorificaciones, limitándonos á la narración de los hechos, sin entrar en apreciaciones personales, por justificadas que fueran, sobre todo cuando tengamos que referirnos á sucesos relacionados con los partidos políticos que establecieron su predominio en los países del Plata, ejerciendo una recíproca influencia en los sucesos que se desarrollaban.

Si en vez de un libro didáctico, de un compen-

dio para los estudios de ingreso, otro fuera nuestro propósito, entonces los límites que ahora nos detienen habrían sido franqueados, y podríamos abarcar los acontecimientos políticos de estos países y juzgarlos con el criterio propio que hemos formado, sin temor de severidades y de opiniones extremas que hoy debemos evitar.

Uno de los primeros cuidados que hemos tenido al empezar á escribir el libro que hoy damos á luz, ha sido el de seguir en un todo las fuentes autorizadas sobre los acontecimientos, buscando en las bibliotecas y en los archivos públicos y particulares, la más perfecta relación de los hechos, no ya de nuestra vida contemporánea, sino de la época del descubrimiento del Río de la Plata y de la vida colonial.

Como verá el lector en el curso de este pequeño tratado, van anotados al pie de las páginas, la obra ó el documento de donde hemos sacado la noticia histórica que referimos.

Creemos estar en lo cierto al pensar que el mérito de una obra histórica, cualesquiera que sean su índole y sus fines, estriba principalmente en la documentación que pueda presentar su autor, para que sirva de base á las aseveraciones que formula.

Todos hemos sido testigos de las discusiones

históricas entre Vicente López y el general Mitre, con motivo de la publicación de la historia de Belgrano, de este último; discusiones que dieron lugar á nuevas publicaciones del general Mitre, en que ratificaba lo que había afirmado en los puntos á que daba lugar la controversia.

Pues bien, diez años después, cuando una edición posterior de la misma obra, corregida y aumentada por su autor, sobre la base de nuevos documentos, muchos de ellos inéditos, se encontraba en todas las bibliotecas americanas y europeas, un escritor de la talla del doctor López, Paul Groussac, director de «La Biblioteca», publicaba en su revista una biografía del general Liniers, haciendo diversas apreciaciones sobre su actuación durante las invasiones inglesas. En este estudio biográfico, el señor Groussac refutaba, con gran acopio de datos y documentos, multitud de hechos que desde la aparición de la obra del general Mitre, se creían y se tenían como indiscutibles y perfectamente exactos.

Este solo antecedente da clara idea de lo que representa la documentación, al que intente escribir un tratado de la historia de estos pueblos, por limitadas que sean sus proporciones.

En lo que á nosotros atañe, podemos decir, sin jactancia, que no sólo hemos seguido á las

autoridades en la materia, sino que hemos buscado en las fuentes históricas la verdadera relación de los hechos, descartando lo que á nuestro juicio fuera inútil para el objeto que nos proponíamos, y utilizando aquello que nos sirviera para ilustrar el estudio que emprendíamos. Hemos suprimido igualmente, ó tratado de suprimir, todo juicio y toda narración propia ó que estuviera destituída de algún documento comprobante.

En estas condiciones es que presentamos hoy nuestro libro, con la conciencia de que no será perfecto ni mucho menos, esperando del público que nos lea, nos rectifique en los errores en que forzosamente debemos de haber incurrido.

Concluiremos diciendo que este tratado de historia nacional ha sido ajustado al programa de ingreso de la Universidad. Por su propia índole, nos hemos visto precisados á suprimir en muchas partes todo lo que fuera discusiones históricas, siguiendo la opinión dominante entre los principales autores, comprendiendo lo estéril que sería entrar en rectificaciones de cualquier clase, tratándose de un compendio que, como el presente, está destinado á los jóvenes que ingresan en la Universidad.

Pablo Blanco Acevedo.

Montevideo, Marzo de 1900.

CAPÍTULO I

SUMARIO: Los primitivos habitantes del Uruguay. — Los charrúas, los chanás. — Otras tribus.

La América, antes de ser descubierta, estaba poblada por una raza de hombres, salvajes casi en su totalidad, que se extendía desde el Estrecho de Magallanes hasta las partes más septentrionales del Canadá. Esos hombres, denominados *indios* por los primeros españoles, vivían en grupos y tribus, llegando algunas de éstas, más adelantadas que otras, á formar imperios fuertes, como el del Perú y el de Méjico.

El territorio que hoy constituye la República Oriental del Uruguay estaba poblado, como los otros países de Sud-América, por distintas tribus de indios que habitaban á lo largo de las costas. Cada tribu se componía de una agrupación de indios que variaba en número, sin ser, por lo general, muy considerable. Los indios que ocupaban el Uruguay estaban sumidos en completa barbarie; sin embargo, se distinguían por su valor é intrepidez. Varias eran las tribus que existían

en tiempo de la conquista, siendo las principales la de los charrúas, la de los chanás, la de los yaros y la de los bohanes.

La tribu de los charrúas ocupaba una zona comprendida desde las costas del Atlántico y el Río de la Plata hasta el río San Salvador.

Los charrúas constituían una raza fuerte y valiente, que nunca se doblegó ante los españoles. Eran de color moreno, cabellera negra y lacia, de miembros fornidos, altos y vigorosos, de ojos pequeños y vivaces, de nariz afilada, escasos de pelo, excepto la cabellera, dientes fuertes y puntiagudos. Vivían de la caza y de la pesca, siendo hábiles en el manejo del arco y de la flecha, y habitaban en tolderías para resguardarse de la intemperie.

Tenían una forma de gobierno primitivo, estando toda la tribu sometida á un jefe llamado *cacique* ó *Tubichá*. Á la muerte de un cacique, se elegía otro nuevo, siendo éste el que tenía más dominio, más valor, más experiencia y más destreza. El cacique se hallaba rodeado de un círculo de ancianos que le servían de consejo en sus actos. El valor era un don indispensable para el charrúa, llevando hasta tal punto esta calidad, que, el que carecía de ella, era considerado como un ser inferior. Los charrúas mataban á los niños

nacidos defectuosos. Eran sobrios de naturaleza, cubriéndose en invierno con cueros de animales. Vivían bajo toldos, durmiendo en hamacas ó en el campo. Á la muerte de un pariente, se hacían incisiones en los dedos en señal de sentimiento. Para comunicarse con otra tribu, encendían grandes fogatas en los parajes elevados, durante la noche. Enemigos de la holganza, llevaban una vida errante, empleada en cazar animales. Tenían los sentidos poderosamente desarrollados, sobre todo los de la vista, el oído y el olfato; usaban de flechas, mazas y bolas arrojadizas. Preparaban una bebida de la cual gustaban mucho, llamada *chicha*, y no eran sanguinarios en la pelea ni menos antropófagos, como se ha afirmado por algunos.

Los charrúas eran los indios más belicosos de Sud-América. En las luchas contra la conquista, formaban un total hasta de 1.000 hombres, organizados en columnas, con las cuales entraban al combate. La tenaz resistencia que opusieron durante tres siglos hasta su completo exterminio, es una prueba de su valor inquebrantable.

Creían en dos divinidades: la del bien y la del mal. La del bien era *Tupá* y la del mal era *Añang*.

Los otros indios que existían en el Uruguay eran los *yaros*. Los yaros ocupaban la parte com-

prendida entre el río San Salvador y el río Negro. Tenían las mismas costumbres que los charrúas, con los cuales se aliaron muchas veces, y eran valientes y emprendedores.

Al Norte de los yaros habitaba, en el río Negro, la tribu de los *chanás*, que era muy poco numerosa, viviendo por lo general en las islas, para resguardarse del ataque de otras tribus. Los chanás eran hábiles remeros y nadadores, manteniéndose especialmente de la pesca. Las costumbres eran iguales á las de los otros indios.

Pasando el río Negro, sobre el Uruguay, se extendían los *bohanes*. Era ésta más una agrupación que una tribu, y sus costumbres muy semejantes á las de los charrúas, yaros y chanás.

Las diferentes tribus que habitaban el Uruguay hablaban distintos dialectos, pero todos ellos tenían su arranque en el *guaraní*, lengua común en casi toda la parte meridional de la América del Sud.

CAPÍTULO II

SUMARIO: Descubrimiento del Río de la Plata. — Expedición de Juan Díaz de Solís. — Expediciones de Fernando Magallanes, Diego García y Sebastián Caboto. — Origen del nombre del Río de la Plata.

Después del descubrimiento de América, efectuado en la noche del 11 al 12 de Octubre de 1492, por el navegante genovés Cristóbal Colón, varias expediciones habían salido de distintos puntos de Europa en busca de tierras desconocidas, estimuladas por la sed de oro y de las riquezas tan ponderadas en aquellos tiempos, no sólo por los descubrimientos de Colón y otros navegantes, sino por las tradiciones y leyendas, que representaban á la América como una tierra prodigiosa, cubierta de minas y tesoros.

En el año 1500, un marino portugués llamado Álvarez Cabral, había sido arrojado por una tempestad á una tierra desconocida, á la cual puso el nombre que aún conserva de *Brasil*, tomando posesión de ella, como dominio de Portugal, y fundando diversas colonias á lo largo de las costas.

Este descubrimiento, hecho muchas leguas más

al Sud de la línea de navegación seguida hasta entonces, hizo concebir grandes esperanzas á España, de encontrar nuevas tierras en la dirección de las descubiertas por Álvarez Cabral. Por otra parte, el temor de que Portugal avanzase más al Sud de las que había encontrado el atrevido navegante, influyó mucho para que España extendiera sus conquistas por este lado del nuevo continente.

Algunos años más tarde, en 1513, el descubrimiento de Núñez de Balboa, quien, atravesando el continente cerca de Panamá, había encontrado un nuevo océano, vino á ser el principal objeto de las expediciones que se dirigieron al Sud del continente.

En efecto, desde entonces las expediciones se lanzaron por estos mares, en busca de un canal que diera paso á los del Oeste.

El primer viaje que se hizo con estos propósitos fué en 1515, al mando del piloto mayor del reino, don Juan Díaz de Solís, que partió el 8 de Octubre de aquel mismo año (1) en dirección al Sud. Díaz de Solís salió en tres carabelas del puerto de Sanlúcar de Barrameda, dirigiendo su proa á las tierras descubiertas por Álvarez Cabral, y des-

(1) Eduardo Madero: *Historia del Puerto de Buenos Aires*.

pués de tocar en el Brasil, llegó á los 35° latitud Sud, donde encontró un gran *estuario,* en el cual se internó, arribando á las costas que hoy rodean la ciudad de Montevideo. Solís desembarcó en tierra y tomó posesión de ella, en nombre de sus soberanos. Luego, siguió en su exploración y remontó el río hasta una isla que denominó de *Martín García,* en honor del despensero de la expedición, que fué en esa isla enterrado.

Á esta altura, Solís desembarcó en tierra firme, confiado en la bondad de los naturales; quienes, según dice un historiador, «disimulaban su natural fiereza, fingiendo ser muy benignos con los extranjeros, á quienes convidaban con bastimentos del país, que abandonaban en el suelo [1]. Acompañaban á Solís, al bajar á tierra, el factor Marquina, el contador Alarcón y seis personas más. Mientras tanto, los indios charrúas, que observaban todos los movimientos de los españoles, ocultos entre la selva inmediata, descargaron una lluvia de flechas sobre éstos, causando la muerte de Solís y de sus compañeros, con excepción del grumete Francisco del Puerto, que

(1) Pedro Lozano: *Historia de la Conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán.*

fué recogido más tarde por la expedición de Caboto.

Los demás tripulantes y expedicionarios que quedaron en los barcos, regresaron poco después á España, no sin antes sufrir una desgracia, como fué la pérdida de una de las carabelas en la costa Sud de Santa Catalina. La tripulación pereció toda, con excepción de Enrique Montes y Melchor Ramírez. La demás gente de las otras carabelas pudo arribar á España, poniendo en conocimiento de su gobierno el triste fin *del primero que surcó las aguas del Río de la Plata.*

Después de muerto Solís, muy pocas expediciones se habían dirigido á estas tierras de América. Amedrentados los ánimos por los fabulosos relatos de los compañeros de Solís, casi todos los navegantes se dirigían á Centro-América.

Carlos V había sucedido en la corona de España al rey don Fernando, y el nuevo emperador dispuso que se intentaran otras expediciones.

En Agosto de 1519, el célebre navegante portugués Fernando de Magallanes salía del puerto de Sevilla, con ánimo de descubrir un canal interoceánico.

En Enero del siguiente año, doblaba el cabo de Santa María y entraba en el *Mar Dulce*, denominación que recibió de su descubridor Juan Díaz

de Solís, cambiándola después por la de *Río de Solís.* Avanzó Magallanes en el río, creyendo encontrar el canal que buscaba. El 15 de Enero divisó un cerro de forma majestuosa, llamándole *Monte-vidi,* nombre que con el tiempo se transformaría en *Montevideo,* denominándose así al cerro y á sus lugares cercanos, como también á la ciudad que en tiempos posteriores se levantaría á su frente.

Magallanes remontó el río, siempre pensando encontrar el camino que lo condujera á las Indias, y llegó á la isla de San Gabriel, frente á la Colonia, desde donde despachó una de las naves para que explorase un río, al Norte, el cual sería seguramente el Uruguay [1].

En tanto, Magallanes, comprendiendo que el río por donde había entrado no era el canal que buscaba, cambió el rumbo de sus barcos y se dirigió por el Océano Atlántico al Sud.

(1) El descubridor del río Uruguay, se había dicho hasta ahora que fué un Álvarez Ramón que vino en la expedición de Caboto, en lo cual están contestes casi todos los autores. Sin embargo, la obra del señor Eduardo Madero, titulada *Historia del Puerto de Buenos Aires,* y *últimamente* aparecida, niega totalmente el hecho, con multitud de documentos irrefutables, y dice que Álvarez Ramón no sólo *no descubrió el Uruguay,* sino que *ni vino en la expedición de Mendoza.* Para el autor de la *Historia del Puerto de Buenos Aires,* el único y verdadero descubridor y explorador fué don Juan Rodríguez de Serrano, que mandaba uno de los barcos de Mendoza, la *Santiago*.

No es nuestro intento seguir á Magallanes en todo su viaje, y sólo diremos que después de algunos días, encontró el estrecho que buscaba y en el cual inmortalizó su nombre; encontró el Océano Pacífico, y siguiendo su marcha, lo atravesó, entrando en la Oceanía. En una de las islas, murió víctima de su propia temeridad. Su segundo, Sebastián del Cano, tomó el mando de la flota, y después de una larga navegación, arribó á España. Este viaje demostró la redondez de la tierra.

Casi al mismo tiempo en que Magallanes navegaba por estas regiones del Sud, dos expediciones notables se alistaban en España, la una, al mando de Diego García, y la otra, al mando de Sebastián Caboto.

El 15 de Enero de 1526, Diego García se hacía á la vela desde el cabo de Finisterra. Esta expedición iba dirigida á explorar los territorios que vieron Solís y Magallanes.

Diego García llegó á San Vicente en el Brasil, y deseoso más bien del fomento de sus intereses particulares que de lo que tenía encomendado, perdió allí mucho tiempo.

Mientras tanto, la otra expedición que se aprontaba en España, partió el 3 de Abril de 1526, del puerto de Sanlúcar. Era la más importante que

había salido de España, é iba al mando del célebre navegante Sebastián Caboto.

Llevaba tres barcos de regular tamaño, con una dotación de 210 hombres en todo. Esta expedición no tenía el fin de la de Diego García, que era el de explorar estos territorios, sino el de pasar de largo y hacer rumbo á la India.

En Junio de aquel mismo año estaba en la costa del Brasil, donde hubo de sufrir un fuerte temporal. Poco después ocurrió una segunda desgracia, que fué la pérdida de la nave mayor. Caboto, sin embargo, siguió su viaje, arribando á Santa Catalina, donde encontró á Enrique Montes y á Melchor Ramírez, que, como dijimos, habían quedado desde la expedición de Solís.

La pérdida de *La Victoria*, que así se llamaba el buque naufragado, había enconado los ánimos en algunos descontentos, que no estaban conformes con la conducta de Caboto.

En efecto, desde su llegada al Nuevo Mundo había resuelto Caboto no proseguir su viaje, sino continuar los descubrimientos que había empezado Solís, y para reemplazar en algo la pérdida de la nave mayor, hizo construir un pequeño galeón. Antes de partir, sin embargo, Caboto, que temía una conspiración de sus mismos subalternos, prendió á los principales cabecillas y los

abandonó en la isla de Santa Catalina. En seguida emprendió viaje á estas costas. En Febrero de 1527, Caboto doblaba el cabo de Santa María y se internaba en el río de Solís, llegando hasta la isla de San Gabriel. Allí se detuvo algún tiempo, recibiendo á su bordo á Francisco del Puerto, que, como se ha dicho, fué el único que se salvó de los charrúas en el desembarco de Solís. Por él supieron que existían grandes criaderos de oro en el Occidente, por lo cual Caboto, alucinado con la idea de descubrirlos, avanzó hacia el Paraná, no sin antes haber explorado hasta el río San Salvador en la costa oriental.

Caboto dejó sus naves mayores en el río de Solís y remontó el Paraná hasta el río Carcarañal, donde, según los indios, había una tierra muy rica en minerales. En las márgenes del Carcarañal levantó la primera fortaleza española en estos territorios, á la cual denominó *Sancti Spíritus*. Después, siguió en su expedición, explorando por tierra más de 12 leguas, y encontrando á su paso diversas tribus que le dieron algunas piezas de oro y plata. Caboto exploró también el río Paraguay, teniendo que resistir una parte de su expedición el ataque de los indios *Agaes*, que mataron más de veinte españoles; y habiendo avanzado hasta la boca del río Bermejo, se volvió á

Sancti Spíritus. En tanto, Diego García, que, como hemos dicho, se detuvo en el Brasil, había entrado en el río de Solís. Remontando el Paraná, se encontró con Caboto, y, aunque al principio mediaron divergencias entre ellos, luego emprendieron juntos nuevas exploraciones en el Paraná y en el Paraguay hasta más arriba del Pilcomayo, regresando otra vez por la misma ruta, y fondeando sus naves en el río San Salvador, costa del Uruguay.

En tanto, la guarnición, que había quedado en *Sancti Spíritus*, fuerte de 80 hombres, había sido víctima de un asalto efectuado por los indios, los cuales pusieron en fuga á los españoles, pereciendo más de treinta y cayendo en poder de los indios muchas armas y piezas de oro y plata. Apenas Caboto tuvo noticias del desastre, determinó volver á España, lo que verificó poco después de Diego García, que había salido días antes.

En España esperaba á Caboto un proceso, que se inició contra él por no haber seguido su viaje á la India y por haber arrojado á dos de los principales jefes de la armada. Caboto se defendió, describiendo la riqueza de los territorios descubiertos por él, y aunque al principio fué condenado á dos años de destierro, el emperador Carlos V lo absolvió después.

Como hemos visto, Solís, desde que encontró el gran estuario, le llamó *Mar Dulce*, por lo poco salobre de sus aguas. Los indios le llamaban *Paraná Guazú*, extendiendo su nombre al río Paraná. Á la muerte de Solís, el *Mar Dulce* quedó con el nombre de *Río de Solís*, con cuyo nombre se le conoce hasta la venida de Caboto. Este navegante, ilusionado por la idea de los grandes criaderos de plata que creía existieran en estos territorios, llevó la noticia al rey de España, presentando las piezas que le dieron los indios y que éstos á su vez habían traído del Perú. La creencia de que existiera este metal en las costas del gran río, predominó en el ánimo de los navegantes españoles, que desde entonces le llamaron, por un motivo erróneo, *Río de la Plata*.

CAPÍTULO III

SUMARIO: Expedición de Mendoza, primer colonizador. Fundación de Buenos Aires. Fundación de la Asuncion. Gobierno de Álvar Núñez Cabeza de Vaca. Fundación de San Juan Bautista, primera población en el Uruguay. Ortiz de Zárate; sus luchas con los charrúas. Fundación de San Salvador. Juan de Garay. Segunda población de Buenos Aires.

Los descubrimientos realizados por Caboto en esta parte del territorio americano, habían llamado

la atención en España, y sobre todo en Portugal, que creía tener derecho á posesionarse del Río de la Plata, fundado en la pretensión de haberlo descubierto.

Había, pues, que prevenir toda tentativa de ocupación por parte de Portugal, y á ese fin, España resolvió enviar una de las más fuertes expediciones que habían venido á América.

Componían dicha expedición once naves, á las cuales después se unieron tres más. Iban embarcados en ellas cerca de 800 hombres [1], de lo más noble y rico de España. El jefe de esta expedición era don Pedro de Mendoza, que venía con el título de *Adelantado*, y su objeto consistía en tomar posesión de todas estas tierras.

(1) Sobre el número de hombres que componían la expedición se ha discutido mucho. Mientras el cronista Herrera le da, en su *Historia*, un número de 800, la mayoría de los escritores antiguos y modernos afirma que fueron 2.000 y tantos soldados los que partieron de España. Don Pedro Lozano, en su *Historia de la Conquista del Paraguay*, afirma que fueron 2.650 hombres los que vinieron en la expedición, y trae como testimonio la narración de estos sucesos hecha por don Ulrico Fabro, (1) que vino con Mendoza, y declara que la expedición se componía de 2.500 españoles y 150 alemanes. Pero aun cuando la opinión general hace variar esta cifra entre 800 y 2.650, nosotros creemos estar en la verdad afirmando el número del historiador Herrera; pues, como dice un escritor de nuestros días, es absurda la idea de que en 11 embarcaciones (fueron las que salieron de España) atravesaran 2.650 hombres con armas, caballos y ganado, todo el vasto Océano Atlántico.

(1) Ulrico Fabro traducción latina del nombre alemán Ulderico Schmidel.

En Agosto de 1535, don Pedro de Mendoza se hacía á la vela desde el puerto de Sanlúcar. La navegación fué rápida, sin que ningún suceso de importancia aconteciera en su viaje, exceptuando el ajusticiamiento del maestre de campo de la armada Juan Osorio, mandado consumar por Mendoza.

En Enero de 1536, la expedición doblaba el cabo de Santa María y entraba en el río de la Plata, internándose hasta la isla de San Gabriel. Desde ese punto se dirigió á la margen derecha del río, con ánimo de fundar un *asiento* ó pequeño pueblo, que sirviera como punto de apoyo para todas las expediciones que se hicieran. Á este pueblo se le denominó de Nuestra Señora de Santa María de Buenos Aires, que fué con el tiempo capital de la nación argentina.

Sin embargo, aunque Mendoza fué al principio bien recibido por los indios naturales, muy pronto las imprudencias del *Adelantado* hicieron fracasar todas las tentativas amistosas. Los indios le retiraron los alimentos, quedando poco después los españoles reducidos á una espantosa miseria. En esta situación, Mendoza dispuso fuese al Paraguay en busca de alimentos el capitán Juan de Ayolas. Llegó éste á su destino, y después de haber mandado algunas provisiones á los que quedaron en Buenos Aires, siguió en su explo-

ración fundando la ciudad de la *Asunción*, y avanzó todavía más, hasta un punto que denominó de la *Candelaria*. Ayolas deja aquí á su segundo, Irala, con orden de esperarlo seis meses, y se interna por tierra. Irala se mantuvo en la Candelaria los seis meses, al cabo de los cuales se retiró á la Asunción. Vuelto Ayolas de su expedición, y no encontrando á Irala, se dispuso á seguir en su exploración, pero por desgracia una tribu de indios lo sorprendió una noche, pereciendo aquel valiente capitán con gran cantidad de los suyos.

Mientras tanto, Mendoza, acosado por los indios y sitiado por hambre, se había decidido á combatirlos. Mandó á su hermano Diego de Mendoza que hiciera una salida con unos cuantos hombres, para ahuyentar á los indios y traer alimentos. Diego de Mendoza cumplió la orden, y aunque los españoles salieron victoriosos, perdieron muchos soldados, á más de la muerte del mismo Diego de Mendoza. En estas circunstancias, el Adelantado don Pedro de Mendoza, pesaroso por la pérdida de tantos valientes castellanos, resolvió volver á España, lo que efectuó en el año 1537, después de haber dejado una guarnición en Buenos Aires. Mendoza falleció en el viaje, en Junio del propio año.

Sin duda este viaje debió haber producido mejores resultados, á no ser el carácter violento é imprudente del Adelantado, que frustró todos los planes.

Al emprender su vuelta á España, Mendoza confió el mando de las tierras exploradas á su segundo, Juan de Ayolas; pero habiendo muerto éste del modo que dijimos, quedó como gobernador de la Asunción don Domingo Martínez de Irala.

Irala, hombre de carácter despótico, se arrogó facultades que no tenía, gobernando estos territorios por mucho tiempo. Todo el poder español fué centralizado en la Asunción, que vino á ser el asiento de la Capitanía general.

Poco tiempo después, retiró Irala las personas que habían quedado en Buenos Aires, haciéndolas regresar á la Asunción.

En 1540, don Álvar Núñez Cabeza de Vaca salió de España con el título de segundo Adelantado en el Río de la Plata.

Cabeza de Vaca llegó hasta la isla de Santa Catalina, desde donde, después de haber arribado á la costa firme del Brasil, se dirigió con 250 hombres por tierra á la Asunción del Paraguay, mientras las naves, con lo restante de su gente, que eran 150, continuaban por mar para entrar por el río

de la Plata y seguir por el Paraná hasta aquel punto.

Una vez que Cabeza de Vaca hubo llegado á la Asunción, Irala dejó el mando al nuevo Adelantado, quien lo nombró su segundo. No pudo Irala conformarse con lo que consideraba una humillación, al verse rebajado del primer rango, y, poco después, se amotinó con algunos de sus parciales, tomando prisionero á Cabeza de Vaca, que fué embarcado para España bajo segura custodia. Hecho esto, tomó Irala nuevamente el mando de la colonia del Paraguay, recibiendo más tarde del rey de España la confirmación del cargo que ejercía por derecho de «autoridad revolucionaria».

Por este tiempo, dirigió una expedición á regiones desconocidas, y que denominó *El Dorado.*

De vuelta de ella, que no tuvo casi resultado, organizó una nueva, destinada á fundar una colonia en el Plata.

El capitán don Juan Romero fué el encargado de conducirla desde la Asunción, y después de navegar en distintas direcciones, abordó á la costa del Uruguay y estableció un asiento en la costa del arroyo San Juan, que fué la primera tentativa que se hizo para fundar un pueblo en el territorio oriental.

No pudo Romero permanecer mucho tiempo en este paraje, pues los continuos asaltos de los

charrúas no daban descanso á los españoles, y al fin pidió refuerzos á Irala, quien le mandó algunos hombres; pero, como no por eso se amedrentaran los charrúas, siguiendo, por el contrario, en sus hostilidades, resolvió volverse á la Asunción, lo que efectuó en seguida.

Irala, desde entonces, siguió gobernando hasta su muerte, que tuvo lugar en Octubre de 1556, dejando como gobernador á Gonzalo de Mendoza, el cual continuó al frente del gobierno hasta 1558.

Á fines de 1573, arribó á la altura de la isla de San Gabriel don Juan Ortiz de Zárate, con el título de tercer *Adelantado*, habiendo salido de España con cinco naves y 350 tripulantes [1].

Ortiz de Zárate desembarcó en tierra uruguaya, manteniendo al principio amistosas relaciones con los charrúas; pero pronto, por la prisión del cacique *Abayubá*, sobrino del gran cacique de la tribu charrúa, *Zapicán*, se encendió la guerra. Los españoles, seguros de sus fuerzas, no temían ninguna resistencia. Desprendieron una columna de 40 hombres en busca de leña, cayendo sobre ellos los charrúas, y muriendo en la refriega casi todos los españoles.

Entonces Ortiz de Zárate despachó una fuerte división al mando de los capitanes Pinedo y San-

(1) Eduardo Madero: *Historia del Puerto de Buenos Aires.*

tiago, los cuales fueron acometidos por los charrúas al mando de Zapicán. Los españoles fueron vencidos, dejando más de 100 hombres sobre el campo de combate, inclusos sus dos jefes.

El cacique charrúa había hecho una alianza con todas las tribus amigas, que se extendían hasta la banda argentina.

En tanto, Ortiz de Zárate, refugiado en la isla de Martín García, después de haber perdido sus naves en un violento temporal, pidió auxilios al Capitán Juan de Garay, que estaba en Santa Fe.

Juan de Garay reunió á sus soldados y se dispuso á marchar en auxilio del *Adelantado,* pero habiendo también sufrido la pérdida de sus naves, desembarcó en tierra, donde los charrúas, al mando de Zapicán, le presentaron batalla.

El intrépido Garay acepta el combate. Los charrúas pelean con gran ardor, pero los españoles consiguen dar muerte á Zapicán y á los caciques Taboba y Yamandú, por lo cual los charrúas, después de dejar 200 cadáveres sobre el campo de batalla, se retiraron en buen orden á sus guaridas [1].

Entonces Ortiz de Zárate se dirigió al río San Salvador, en cuyas márgenes fundó una pequeña colonia, y estableció allí su residencia con la de las

(1) Barco de Centucera: *La Argentina,* Canto XIV. Francisco Bauzá: *Historia de la Dominación Española en el Uruguay.* Tomo I, libro III.

autoridades principales. Esa fundación fué el *primer pueblo* que tuvo el Uruguay. Poco después, Ortiz de Zárate se embarcó para la Asunción, donde murió dos años más tarde (1576).

Al gobierno de Ortiz de Zárate sucedió el de Juan Vera y Aragón.

Por ese mismo tiempo, Juan de Garay, después de diversas expediciones, armó á su costa unos cuantos hombres, y dirigiéndose á Buenos Aires, fundó definitivamente la ciudad de este nombre, el 11 de Junio de 1580, haciendo la demarcación de solares y asignando tierras á los primeros pobladores.

CAPÍTULO IV

SUMARIO: Hernando Arias de Saavedra: su expedición contra los charrúas. Saavedra propone á la corte la conquista pacífica. Las misiones jesuíticas. Fundación de Santo Domingo de Soriano. Colonización del Uruguay. Creación del gobierno del Río de la Plata. Los portugueses. Fundación de la Colonia del Sacramento. Luchas á que dió lugar. Idea sumaria del régimen colonial. El comercio.

Hernando Arias de Saavedra, elegido á mediados de 1600 [1] gobernador del Paraguay, y por lo tanto del Río de la Plata, era un varón ilustre, que reunía el talento y la ilustración al valor y

(1) Francisco Bauzá: *Historia de la Dominación Española;* tomo I, capítulo III.

al genio aventurero. Hernando Arias de Saavedra, ó Hernandarias, como se le conoce en la historia, era americano de nacimiento, y había demostrado su espíritu de empresa en varias expediciones á la Pampa y al Chaco.

Á principios del siglo XVII, al frente de 500 soldados, Hernandarias se lanzó en una expedición al Uruguay, donde los charrúas, como ninguna otra nación india de América, conservaban aún su libertad.

Hernandarias penetró en la banda oriental del Río de la Plata, provocando á los charrúas, que no tardaron en salir á su encuentro, trabándose el combate con bravura. El único español que se salvó fué el mismo Hernandarias, quien escapó á caballo, quedando muertos, heridos ó prisioneros todos sus compañeros [1].

Comprendió Hernandarias que la conquista del Uruguay por la fuerza era imposible, y juzgó más conveniente que intentar el sometimiento de los charrúas por la violencia, el empleo de procedimientos pacíficos por medio de frailes misioneros que predicaran la paz y la obediencia á los españoles. Por otra parte, la distancia que separaba del Paraguay á este territorio, hizo que Hernandarias escribiese á las cortes, no sólo sobre

(1) Lozano: *Historia de la Conquista del Paraguay*, etc.

el empleo de frailes misioneros que se proponía, sino sobre la conveniencia de dividir la gobernación del Paraguay en dos gobernaciones distintas, la una residente en la Asunción, y la otra residente en Buenos Aires, á la cual debía pertenecer la Banda Oriental.

En 1617 las cortes de España se expidieron favorablemente á las proposiciones de Hernandarias.

Don Diego de Góngora fué el primer gobernador propio que tuvo el Río de la Plata, el cual empezó por llevar á cabo la sumisión del indio del Uruguay.

En 1624 los padres franciscanos, y después los jesuítas, empiezan su obra civilizadora, sometiendo á los chanás, que, menos indómitos que los charrúas, no hicieron gran resistencia á la autoridad de los españoles. Los primeros jesuítas que vinieron se establecieron al Norte del Uruguay, creando centros civilizados donde antes no había sino desiertos.

Los padres franciscanos, como los jesuítas, se establecieron también en algunos puntos de la Banda Oriental.

En ese mismo año de 1624, fundaron los jesuítas la ciudad de Santo Domingo de Soriano, situada en la costa del Uruguay, en el departamento de este nombre.

Si entrásemos á considerar cuáles fueron las ventajas que produjeron las misiones, veríamos que, si bien es cierto que los indios se elevaron algo en civilización, relativamente al atraso en que estaban, y se formaron algunos centros de cultura, también es cierto que el método empleado por los misioneros fué equivocado, pues convirtieron á los indios en verdaderas máquinas que obedecían, cultivaban la tierra y hacían todos los trabajos que se les imponían, sin darse cuenta en lo más mínimo de su acción y sin interesarse en la obra que realizaban. Una prueba de esto se halla en que los indios civilizados por los misioneros, si por cualquier circunstancia volvían en medio de los suyos, se hacían tan salvajes como lo habían sido en la época anterior á la conquista. Sin embargo, las misiones contuvieron el espíritu indómito de los primitivos habitantes, y en particular de los charrúas, que se fueron retirando al Norte, pero conservando siempre su altivez, que no decayó hasta ser exterminados [1].

En la entrada del siglo XVII había llegado el momento de empezar á poblarse el Uruguay, aunque paulatinamente. Se pensó entonces en la cría

(1) La última sublevación de los charrúas ocurrió en 1831, durante la primera presidencia del General Fructuoso Rivera.

de ganados, siendo sus introductores los hermanos Goes y Juan Salazar.

La cría de ganados prosperó muchísimo en esta banda, constituyendo por largo tiempo su única y exclusiva industria; se fundaron á lo largo de las costas establecimientos pastoriles, donde se multiplicaron prodigiosamente los ganados.

Por este tiempo, los portugueses mantenían un poco de pillaje y bandolerismo en la frontera con los dominios de España, y especialmente los llamados *mamelucos*, bandas compuestas de la peor gente, criminales en su mayor parte, á quienes por vía de castigo se les imponía el destierro á aquellos parajes. Los *mamelucos* hacían sus excursiones á las misiones, con el fin de apoderarse de los indios para venderlos como esclavos, traficando con ellos. Esto dió lugar á muchos sangrientos combates entre los invasores y los indios de las misiones.

Las incursiones de los portugueses en las misiones duraron gran parte del siglo XVII, ocasionando siempre protestas de España contra Portugal sobre los continuos desmanes que cometían sus súbditos.

Desde el principio de la conquista, los portugueses habían mostrado vivos deseos de posesionarse de la Banda Oriental, y extender, por lo tanto, su dominio hasta el Río de la Plata.

Á fines del siglo XVII, los portugueses, al mando de don Manuel Lobo, entraron en el Río de la Plata, apoderándose de la Colonia del Sacramento, donde empezaron á levantar murallas y fortificaciones.

La noticia del desembarco no tardó en llegar al conocimiento del gobernador de Buenos Aires, don José del Garro, quien dispuso marchase una fuerte columna compuesta de cerca de 260 españoles y 3000 guaraníes, los cuales, aun cuando en un principio no pudieron vencer á los portugueses, luego, después de llevar un ataque á las fortificaciones, pudieron tomar prisionera á la guarnición. En esta ocasión se distinguió por su valor el cacique *Amandú.*

Como se ve, esta tentativa de los portugueses fué frustrada gracias á la decisión del gobernador de Buenos Aires. Pero, por un tratado entre España y Portugal, los portugueses volvieron á los dos años á tomar posesión de la Colonia, en calidad de depósito, quedando en su poder desde 1683 hasta 1705.

En esta época, á causa de haber estallado la guerra entre España y Portugal, el gobernador de Buenos Aires, Valdez Inclán, recibió orden de desalojar á los portugueses, como en efecto lo hizo atacando y posesionándose de la Colonia.

Terminada la guerra entre España y Portugal y

firmada la paz, la Colonia fué devuelta á los portugueses en 1716.

Algunos años más tarde, en 1750, por convenio entre las coronas de España y Portugal se hizo un tratado, en el cual se anulaban todos los pactos celebrados anteriormente, sobre la cuestión de límites del Río de la Plata, y se resolvió que la Colonia sería devuelta á los españoles, y los portugueses tomarían las Misiones. Empero, esta negociación quedó sin efecto, siguiendo la Colonia en poder de los portugueses por algún tiempo más.

En el año 1762 se encendió de nuevo la guerra entre España y Portugal, recibiendo orden el gobernador del Río de la Plata, que lo era don Pedro de Cevallos, de atacar la Colonia del Sacramento. Cevallos, al frente de 2700 hombres y 32 barcos, se presentó en los muros de la plaza, rindiendo á los portugueses, que opusieron tenaz resistencia. Sin embargo, la paz pactada en Europa dió por resultado entregar otra vez la Colonia á los portugueses (Diciembre de 1763.)

En 1777, Cevallos recibe orden nuevamente del monarca español de posesionarse de aquella plaza, como en efecto lo realiza rindiendo la guarnición, apoderándose de 140 cañones y demoliendo sus muros y sus fortificaciones [1].

(1) Francisco Bauzá: *Historia de la Dominación*, etc.; tomo II, lib. IV.

En este año terminan todas las cuestiones de límites y predominios. Por un tratado (el de San Ildefonso) quedó definitivamente en poder de los españoles la Colonia del Sacramento.

Como hemos visto, el Río de la Plata estuvo durante todo el primer siglo de la conquista y principios del segundo, sometido á la autoridad del gobernador del Paraguay, quien á su vez recibía las instrucciones del Virrey del Perú.

El gobernador del Paraguay tenía en los pueblos de su gobernación comandantes militares ó tenientes gobernadores, que eran nombrados directamente por él, y que ejercían su mando de una manera tan despótica como lo hacía el mismo gobernador del Paraguay.

Hemos visto también que, en 1617, la gobernación quedó dividida en dos jurisdicciones: del Río de la Plata una, y del Paraguay otra, y aunque las órdenes eran recibidas la mayor parte de las veces directamente del Rey de España, ambos gobiernos estaban bajo la autoridad del Virrey del Perú.

El gobernador del Río de la Plata tenía bajo su dependencia á la Banda Oriental, dictando las órdenes que creía convenientes y entendiendo en todos sus asuntos. Cuando Montevideo se fundó, se nombró un comandante militar como primera autoridad.

Un gobernador en aquel tiempo era un verdadero dictador, que mandaba de un modo absoluto. Sin recibir órdenes de nadie, sino en aquellos casos muy contados y excepcionales, atendía al desempeño de sus funciones según su arbitrio exclusivo.

Las colonias españolas en América tenían, á más de los gobernadores, *los Cabildos.*

Los Cabildos eran elegidos por el pueblo todos los años, y condensaban en una sola corporación ciertas funciones judiciales y legislativas; pero lo que sucedía era que nunca podía haber una elección popular, por la omnipotencia de que disponían los gobernadores en esa época del coloniaje. Así es que los cabildos americanos no eran sino una dependencia del gobernador, por más que en teoría eran, como dice un autor, los representantes del pueblo; tenían el derecho de convocarlo á son de campana; podían á veces levantarse como un poder independiente ante los representantes de la Corona, y, en ocasiones solemnes, el pueblo reunido en Congreso era llamado á decidir de sus deliberaciones por el voto directo, como en las democracias de la antigüedad [1].

(1) Bartolomé Mitre: *Historia de Belgrano.*

Cuando en el año 1776 se crea el Virreinato del Río de la Plata, la autoridad del virrey es ilimitada, manda y ordena á su antojo, oprime á los pueblos sin dar razón á nadie. Los españoles pueden gozar de su favor, mientras el americano se aleja de su contacto. La sociedad progresa, porque la masa del pueblo ha aumentado. El pueblo, en tiempo del Virreinato, no es ya el pueblo colonial de los primeros años de la conquista. Y sin embargo, cada virrey que se sucede es más inexorable, más déspota que su antecesor. Pero, á medida que se avanza, la división de la sociedad se acentúa más; los nativos, privados de los puestos públicos, no transigen con el partido del virrey tirano, rodeado únicamente de españoles venidos de la Península.

Esta oposición señala ya el progreso de los pueblos del Virreinato al finalizar el siglo XVIII. Por otra parte, el comercio había adelantado considerablemente desde la época del primer virrey Ceballos.

En tiempo de la conquista había sido nulo ó casi nulo. La multitud de trabas puestas por el gobierno español para la importación y exportación de artículos, hace que podamos decir, sin temor de equivocarnos, que el comercio no existía entonces. Ningún barco extranjero con mercade-

rías entraba ni salía del Río de la Plata, y sus habitantes se proveían de aquello más necesario recurriendo á Potosí, y costando, como es claro, todos los artículos un precio exorbitante, que debía de redundar en pobreza para estas colonias y pérdida para España.

En su ambición absurda de dominar la América, llegó España á prohibir la entrada y salida por agua, de los productos de los mercados del Plata.

En los comienzos del siglo XVII se regularizó algún tanto el comercio con el tráfico de esclavos, traídos del África para ser vendidos en estas regiones.

He ahí la única *importación* que entraba en el Plata, y los capitanes de barcos negreros, que introdujeran artículos de cualquier clase, pagarían su delito con las penas más severas [1].

De aquí resultó que el Río de la Plata fué durante cerca de un siglo y medio, un foco del más espantoso contrabando. Los corsarios franceses, ingleses, y sobre todo los holandeses, dominaban en sus aguas, apresando á los barcos españoles é introduciendo mercaderías en las costas.

Las fronteras fueron el teatro en que actuaban con más suceso los contrabandistas.

(1) Bartolomé Mitre. *Historia de Belgrano*, tomo I.

Sin embargo, España se mantenía firme. La ley de clausura de los puertos del Río de la Plata era irrevocable y estuvo en vigor, con breves intermitencias, desde la época de la fundación de Buenos Aires hasta que se creó el Virreinato del Río de la Plata en 1776. Uno de los primeros actos del virrey don Pedro de Ceballos, fué declarar el comercio libre enteramente con la madre patria y con las demás colonias.

CAPÍTULO V

SUMARIO: Fundación de Montevideo. Tratado de 1750. — Guerra guaranítica. — El Virreinato del Río de la Plata. — Tratado de San Ildefonso (1777). — Desarrollo de Montevideo hasta fines del siglo XVIII. — Los gobernadores más importantes.

Como hemos visto en el capítulo anterior, el Río de la Plata fué durante mucho tiempo un foco de contrabando y piratería. Tanto los navegantes extranjeros, como los buques armados en guerra por los portugueses, ponían en continuos sobresaltos á los españoles, y, por otra parte, los lusitanos, aliados á los indios minuanes, hacían continuas incursiones en el territorio español.

En el año 1717 vino al Río de la Plata, en calidad de gobernador, don Bruno Mauricio de Za-

bala, y á su llegada á estos territorios la piratería estaba en su mayor auge. Zabala se propuso destruirla, adoptando severas medidas que dieron por resultado el apresamiento de gran cantidad de contrabandistas, y la muerte de un célebre corsario en aquellos tiempos, llamado Esteban Moreau.

Entre tanto, dominados siempre los portugueses por la idea de apoderarse de la Banda Oriental, habían entrado en el Río de la Plata y habían desembarcado en la ensenada de Montevideo, con ánimo de levantar un fortín.

Repetidas veces había recibido Zabala orden del rey, de fortificar los puertos de Montevideo y Maldonado. La primera en 1716, la segunda en 1720, y por último en 1723, pero por diversas causas no se había decidido á ejecutar la orden [1]. Sin embargo, esta vez, en 1723, apenas recibió aviso de que los portugueses se habían apoderado de la ensenada de Montevideo, se dirigió al frente de un ejército, con ánimo de asaltar sus posiciones por tierra, al mismo tiempo que una escuadrilla lo haría por mar; pero, habiendo tenido noticias de esos propósitos, los portugueses determinaron retirarse, como en seguida lo hicieron. Entonces se dirigió Zabala á la ensenada de Montevideo,

(1) P. Mascaró: *Revista del Archivo General y Administrativo*, tomo I.

donde, utilizando los reductos hechos por aquéllos, construyó un fortín á fines de Enero de 1724.

Por real cédula de Abril de 1725, el rey de España aprobó cuanto había hecho Zabala, y le dió autorización para poblar á Montevideo y Maldonado, comunicándole que en breve saldría don Francisco de Alzáibar con 400 soldados para estos puertos, llevando además 25 familias de las Canarias y otras 25 de Galicia.

Empero, como durante todo el año 1725 no llegaron los pobladores que debía traer Alzáibar, Zabala hizo que desde Buenos Aires vinieran seis familias que formaban un núcleo de treinta y tres personas, y que se establecieron en Montevideo á principios de 1726.

En Noviembre del mismo año llegaron quince familias más, procedentes de las islas Canarias.

En Diciembre fué deslindada la ciudad, y repartida en cuadras y solares á sus primeros pobladores, por don Pedro de Millán. En seguida determinó la jurisdicción del distrito de Montevideo el mismo don Pedro Millán, señalando por límites: de Oeste á Este, siguiendo la costa del Río de la Plata, desde el arroyo de Cufré (límite entre los departamentos de la Colonia y San José), hasta Montevideo, y siguiendo al Este, hasta el cerro de Pan de Azúcar, en la sierra de

Maldonado (de Carapé); de Norte á Sud, desde la naciente de los ríos de Santa Lucía y San José, los cerros de Ojolmí (Departamento de Flores), el río Yí y los campos cercanos al río Negro, hasta el Cebollatí [1].

De este modo fué fundada por el teniente general de S. M. el rey de España, su gobernador y capitán general de esta provincia del Río de la Plata, don Bruno Mauricio de Zabala, la ciudad de San Felipe de Montevideo, siendo deslindada y repartida en solares, como hemos dicho, en 24 de Diciembre de 1726.

Una vez fundada y delineada la ciudad, así como fijada su jurisdicción, empezó á prosperar, aunque de una manera muy lenta. Zabala había dispuesto que cualquier vecino de Buenos Aires que quisiera pasar á Montevideo tendría viaje pago, y á su llegada tendría un campo para cultivar, ó una estancia fuera de la ciudad, á más de 200 vacas y 100 ovejas.

Sucesivamente fueron llegando las demás familias que habían sido encomendadas á Alzáibar, como también los soldados para la guarnición de la ciudad.

(1) Extractado del Libro del Padrón en que se contiene el término y juisdicción que se le señala á esta nueva población y ciudad de San Felipe de Montevideo y repartimiento de cuadras y solares. *Revista del Archivo General Administrativo*, tomo I. Pedro Mascaró.

Desde entonces, Montevideo empieza á hacer grandes progresos.

Por orden de Zabala se instala en Montevideo en 1730 un *Cabildo* de justicia, económico-administrativo, encargado del reparto de tierras y de la administración de la ciudad. Debía elegirse nuevamente todos los años. El primer cabildo fué compuesto del siguiente modo: alcalde de primer voto, don José de Vera y Perdomo; alcalde de segundo voto, don José Fernández Medina; alguacil mayor, don Cristóbal Cayetano de Herrera; alférez real, don Juan Camejo Soto; fiel ejecutor, don Isidro Pérez Rojas; depositario general, don José Burgues; síndico procurador general, don José de Melo; alcalde de la Santa Hermandad, don Juan Antonio Artigas.

Algún tiempo más tarde se trató de levantar una iglesia parroquial, que, por diversas razones, sólo pudo concluirse en 1746.

La población de Montevideo siguió aumentando sin que ningún acontecimiento extraño perturbara su marcha.

Siendo teniente gobernador de esta ciudad don Francisco Gorriti, se produjo una sublevación de indios en la campaña.

Con tal motivo, el nuevo gobernador de Buenos Aires, don José de Andonaegui, dispuso que

de distintas partes del territorio salieran tropas españolas, las cuales tuvieron un éxito completo, derrotando á los indios.

En 1749, á instancias del gobernador de Buenos Aires, el rey de España nombraba un gobernador para Montevideo, recayendo el cargo en don Joaquín de Viana, y á la vez declaraba plaza fuerte la ciudad de Montevideo,

Ningún suceso de importancia se produce por estos tiempos. El progreso se acentúa con la llegada del nuevo gobernador, y la civilización española se extiende por toda la Banda Oriental.

En el año 1750, por un convenio entre las cortes de España y Portugal, como dijimos anteriormente, quedó anexado á este reino todo el territorio perteneciente á España que comprendían las *Misiones*.

Este arreglo trajo una enorme sublevación por parte de los indios guaraníes dirigidos por los frailes misioneros, que no reconocían á Portugal como dueño de aquellos territorios. Los indios guaraníes y los charrúas se aliaron contra los ejércitos combinados de España y Portugal, pero al fin fueron reducidos y exterminados en su mayor parte. Á esta guerra se llamó guerra guaranítica.

En 1756, don Pedro de Cevallos, al mando de 1.000 soldados, vino al Río de la Plata con el

cargo de gobernador de Buenos Aires, del cual tomó posesión pocos días después de su llegada.

Dijimos en el capítulo anterior que, suscitada la guerra entre España y Portugal, Cevallos había tomado la Colonia. Conseguido esto, el valiente gobernador de Buenos Aires se lanzó á atacar los puntos ocupados por los portugueses al Norte, desalojándolos de sus posiciones y apoderándose de las fortalezas de Santa Teresa y San Miguel, y rindiendo á la villa de Río Grande. Al mismo tiempo, una escuadra portuguesa era batida en el Río de la Plata por los españoles, pereciendo más de 300 enemigos.

Sin embargo, celebrada la paz en Europa, los territorios conquistados á los portugueses fueron devueltos á éstos, lo mismo que la Colonia, según lo expusimos en el capítulo anterior.

Transcurrido el tiempo, los progresos y adelantos de estos pueblos del Plata hicieron ver la necesidad de una autoridad independiente de las demás de América, que entendiese en los negocios de los vastos territorios rioplatenses.

En efecto, por cédula del 27 de Julio de 1776, se creó el Virreinato del Río de la Plata, recayendo el nombramiento en don Pedro de Cevallos, quien vino nuevamente de España, investido con el rango de virrey. En 1777, como lo expusimos an-

teriormente, Cevallos se apoderó de la Colonia, haciendo volar sus muros.

En ese año terminaron, felizmente, todas estas contiendas. Por un tratado que se llamó de San Ildefonso, y que se estipuló entre Portugal y España el 1.º de Octubre de 1777, se señalaron definitivamente los límites de ambos estados. España debía restituir á los portugueses la isla de Santa Catalina, que había sido tomada por Cevallos, y Portugal, á su vez, dejaría la Colonia del Sacramento en poder de España, como todo el territorio que comprendían las *Misiones*. Por lo tanto, los límites de la Banda Oriental por el Norte y el Este, serían: el Ibicuí con todos sus afluentes que corren al Sud, todo el río Negro y sus gajos, la laguna Merín con todos los ríos y arroyos que desaguan en ella, y la costa Sud del río Piratiní.

Así es que á la Banda Oriental pertenecerían los siete pueblos de las Misiones, que son: San Francisco de Borja, San Nicolás, San Luis Gonzaga, San Lorenzo, San Miguel, San Juan Bautista y San Ángel.

El tratado de San Ildefonso no fué respetado mucho tiempo; pues, posteriormente, en el año 1801, los portugueses se apoderaron violentamente del territorio de las *Misiones*.

Pero, por el momento, en virtud de sus estipulaciones, la paz hizo surtir sus buenos efectos sobre los pueblos del Río de la Plata.

Montevideo tuvo una era de progreso y bienestar, aumentando su población y siendo la primera plaza fuerte en estos territorios.

Por entonces, se fundaron en toda la extensión de la Banda Oriental muchos otros pueblos.

Montevideo, según Azara, tenía á principios de este siglo 15.245 habitantes, habiendo sido fundado en 1724.

En cuanto á la población de algunos de los demás pueblos de la Banda, era ella, aproximadamente, según el mismo autor, como se indica á continuación:

Santo Domingo de Soriano...	1.700	habitantes,	fundado	en	1650
Colonia del Sacramento......	300	»	»	»	1680
Víboras........................	1.500	»	»	»	1807
San Carlos.....	400	»	»	»	1780
Espinillo......................	1.300	»	»	»	1780
Maldonado....................	2.000	»	»	»	1724
Canelones.....................	3.500	»	»	»	1778
Las Piedras..................	800	»	»	»	1780
Mercedes......................	850	»	»	»	1791 (1)

De los siete pueblos de las Misiones, fundados casi todos en el siglo XVII, tenía el mayor de

(1) Félix Azara: *Historia del Río de la Plata y Paraguay* tomo I.

ellos, que era San Nicolás, poco más de 7.600 habitantes, siendo los demás de inferior población que éste.

El comercio de Montevideo en 1800 había aumentado considerablemente. Según dice el historiador De-María, alcanzó á 34 el número de barcos que entraron y salieron en ese año. Los valores importados de artículos españoles, según dice el mismo autor, alcanzaron á 1:300.000 $, y á 626.000 $ los extranjeros. La exportación general de frutos no excedió de un valor de 675.000 $.

La población total de la Banda Oriental al expirar el siglo pasado, era de 30.665 habitantes.

Uno de los ramos de comercio más importantes de aquel tiempo era el tráfico de negros, los cuales se vendían como esclavos, y era tal su magnitud, que, á fines del siglo pasado, Montevideo tenía 1.350 esclavos venidos de África, sobre un total que no alcanzaba á 16.000 habitantes.

Como antes dijimos, los portugueses, en 1801, se posesionaron del territorio de las *Misiones*, que, por derecho, no les pertenecía. De aquí nació un bandolerismo enorme en la campaña Oriental. Los portugueses, aliados á los indios, cometían toda clase de tropelías y desmanes con los moradores de la campaña, y, no contentos aún con el robo, asesinaban á los habitantes y arrasaban los cul-

tivos y las haciendas. Estos actos originaron la creación del cuerpo de *blandengues*, para destruir el bandolerismo. En ese cuerpo sirvieron é hicieron sus primeros hechos de armas, los futuros generales don José Artigas y don José Rondeau.

Montevideo seguía creciendo y prosperando á medida que pasaba el tiempo. Siendo gobernador de Montevideo el brigadier Olaguer Feliú en 1790, se echaron los primeros cimientos de la Iglesia Matriz [1]. En 1795 se fundó la primera escuela gratuita que tuvo Montevideo, siendo sus fundadores don Eusebio Vidal y su esposa doña María Clara Zabala.

Á Olaguer Feliú le sucedió en la gobernación el brigadier don José Bustamante y Guerra, hombre honrado y laborioso. Desde el principio de su gobierno se dedicó especialmente al adelanto de Montevideo. Creó un tesoro de 40.000 $, que invirtió, en su mayor parte, en la limpieza de las calles, empedrado, composturas de los caminos, etc. También distribuyó diversas cantidades para la edificación de la Matriz, refacciones en el Cabildo y en el Hospital de Caridad.

La gobernación de Bustamante y Guerra fué muy laboriosa y produjo grandes adelantos. El comer-

(1) Era gobernador interinamente entonces, don Miguel de Tejada.— Francisco Bauzá: *Historia de la Dominación Española en el Uruguay.*

cio se había desarrollado extraordinariamente, y las rentas de aduana se habían elevado de un modo sensible. En 1800, bajo este gobierno, se construyó la primera farola en el Cerro.

Bustamante y Guerra tuvo por sucesor al esforzado brigadier de marina don Pascual Ruiz Huidobro, que reunía á su talento y laboriosidad, un valor á toda prueba.

Durante la época de Ruiz Huidobro se realizaron importantes mejoras, entre otras, la conclusión casi completa de la Matriz, lo mismo que la construcción de una casa capitular y de un lazareto para enfermedades infecciosas [1].

CAPÍTULO VI

SUMARIO: Invasiones inglesas. — Toma de Buenos Aires. — Montevideo inicia y lleva á cabo la reconquista de Buenos Aires. — Toma de Montevideo. — Expedición de las tropas inglesas sobre Buenos Aires.

Á principios de este siglo, Europa se hallaba profundamente convulsionada por las guerras de conquista llevadas á cabo por Napoleón I. Sus armas dominaban en casi toda la Europa, y los ejércitos de las naciones que habían opuesto resis-

(1) Victor Arreguine: *Historia del Uruguay*.

tencia, compuestos de millares de hombres al mando de expertos militares, habían sucumbido en la lucha, despedazados y vencidos por aquel genio de la guerra. Napoleón dominaba en Alemania, Austria, Italia, Suecia, etc., y sus ejércitos se paseaban victoriosos de uno á otro extremo de Europa, imponiendo contribuciones y levantando soldados para llevar adelante la guerra.

Los reyes de España, Carlos IV y Fernando VII, habían sido arrastrados sucesivamente á seguir los designios del victorioso emperador francés.

España se vió envuelta entonces en la guerra de Francia contra Inglaterra y obligada á unir su escuadra á la de Napoleón para batir á la flota inglesa, sin cuya destrucción Napoleón no podía invadir la Gran Bretaña, única nación donde los ejércitos del emperador todavía no habían penetrado.

En esta situación, fueron apresadas en el Océano Atlántico, á la altura del cabo de Santa María, cuatro fragatas españolas que iban de Montevideo cargadas de caudales, por otros cuatro barcos ingleses, empezando de este modo las hostilidades entre uno y otro país.

Inglaterra tenía fijos sus ojos en los puertos del Río de la Plata. El interés del comercio y el interés de que los productos ingleses no se man-

tuvieran estacionados en sus mismos puertos, hizo que Inglaterra pensara seriamente en apoderarse de las colonias españolas.

En el año 1806, una expedición inglesa se apoderó del Cabo de Buena Esperanza, como punto de arranque para futuras expediciones. Las fuerzas navales eran mandadas por Sir Home Popham, y las de tierra por Guillermo Berresford.

Del Cabo de Buena Esperanza se dirigieron al Río de la Plata. Popham era un marino valiente y audaz, y habiendo tenido noticias de que los puertos del Río de la Plata se hallaban desguarnecidos de tropas, se decidió á posesionarse de ellos. Tenía la idea de apoderarse de Montevideo, y luego de Buenos Aires; pero, al llegar al Río de la Plata, mudó de parecer, viendo que estaba fortificada la plaza de Montevideo, mientras que Buenos Aires se hallaba indefenso, por lo cual se propuso tomarlo primero. El marqués de Sobremonte, que era á la sazón virrey del Río de la Plata, apenas tuvo conocimiento de la llegada de los ingleses, huyó al interior del territorio argentino. En su cobardía imponderable, no supo dar una orden ni dictar una medida para contrarrestar la invasión inglesa.

En Julio de 1806, Berresford efectuaba un desembarco en Quilmes, á poca distancia de Buenos

Aires, y se aprestaba á tomar la ciudad por asalto, mientras Popham bloquearía el puerto.

El ejército de Berresford se componía de cerca de 1.600 hombres.

Los españoles y criollos de Buenos Aires no supieron, en los primeros momentos, qué hacer para la defensa de la plaza. Un cañonazo anunció la presencia de la escuadra enemiga en el puerto, mientras Berresford entraba á tambor batiente por las calles de la ciudad, sin disparar un tiro.

Los ingleses tomaron prisionera á la guarnición que había en la plaza, rindiéndola á discreción.

Al día siguiente tremolaba en las murallas de la fortaleza el pabellón británico.

Berresford, apenas se posesionó de Buenos Aires, mandó pedir refuerzos á Inglaterra, enviando al mismo tiempo todos los trofeos españoles que había tomado, y cerca de un millón de pesos arrancados en la capitulación á la ineptitud del virrey Sobremonte.

Poco antes de que estos trofeos fuesen paseados con regocijo por las calles de Londres, Montevideo había organizado entre sus muros la reconquista de Buenos Aires.

Don Santiago Liniers y Bremont, francés de nacimiento, al servicio de España, aspiraba al mando

de la expedición reconquistadora, para lo cual se trasladó á Montevideo, después de tomar datos sobre las tropas inglesas.

El gobernador de Montevideo, don Pascual Ruiz Huidobro, formaba en esos momentos una fuerte división que debía marchar sobre Buenos Aires. El temperamento valiente de Ruiz Huidobro y el de los criollos orientales lo había previsto todo, y sólo faltaba un jefe que dirigiera la expedición.

La llegada de Santiago Liniers á Montevideo, solicitando tan sólo 600 hombres para arrojar á los ingleses de Buenos Aires y clavar la bandera española donde flameaba el pabellón británico, halló el jefe que se buscaba. Liniers fué nombrado general del ejército reconquistador, el cual se componía de 1.400 hombres, parte criollos orientales, parte españoles de Montevideo, y de algunos soldados venidos de Buenos Aires en los primeros días de la invasión.

Liniers marchó en derechura á la Colonia, donde se embarcó favorecido por una niebla, arribando en los primeros días de Agosto de 1806 al puerto de Las Conchas, desde donde se dirigió á Buenos Aires, intimando á Berresford la rendición de la plaza.

Los ingleses se negaron, y Liniers se preparó

á la lucha. Al avanzar éste sobre Buenos Aires, se le reunieron diversas divisiones que se habían formado para combatir á los ingleses, á punto de que, cuando llegó á las puertas de la ciudad, iba al frente de más de 1,800 hombres.

El ataque se hizo en la mañana del 12 de Agosto. Los ingleses fueron derrotados en casi todos los puntos donde se habían fortificado.

Tal fué el denuedo con que pelearon, y tal el empuje de las cargas, que, en breve, aquellas columnas salidas de las murallas de Montevideo se declaraban vencedoras, y la enseña española flameaba airosa en todos lados. En ese día, los americanos recibieron el bautismo de guerra, rivalizando en valor con los españoles veteranos. Estrechados los ingleses, dominados sus cantones, se retiraron al centro de la ciudad, donde fueron batidos por Liniers y rendidos á discreción, en la fortaleza en que se habían guarecido. En la tarde de ese mismo día, Berresford entregaba su espada á Liniers, consumándose la reconquista de Buenos Aires, llevada á cabo por la heroica ciudad de Montevideo.

La noticia de ese acontecimiento no tardó en llegar á España y á Inglaterra, y en tanto que ésta mandaba refuerzos al Río de la Plata, España elogiaba el valor de Montevideo, declarándola MUY

FIEL Y RECONQUISTADORA CIUDAD, y creando un escudo de armas con las banderas inglesas abatidas, en su parte inferior.

En breve llegaron 1.400 soldados del Cabo de Buena Esperanza, con los cuales los ingleses se apoderaron de Maldonado, el 29 de Octubre de 1806, después de una resistencia tenaz de su pequeña guarnición, mandada por don Miguel Borrás, capitán de blandengues [1].

El virrey Sobremonte, que, como dijimos, había huido al interior, fué depuesto por el pueblo de Buenos Aires, pasando á Montevideo con algunas tropas irregulares que había juntado en su fuga.

Después de la llegada de los 1.400 soldados y de la toma de Maldonado, vinieron al Río de la Plata 4.300 hombres más, al mando del general Sir Samuel Auchmuty.

Posteriormente un ejército de 4.400 soldados que debía operar en el Pacífico, fué enviado al Río de la Plata. Tomó el mando de todas estas fuerzas Sir John Whitelocke, militar de escasos conocimientos y que muy poco sabía del arte de la guerra. Whitelocke vino de Inglaterra al frente de 1.630 hombres. El ejército inglés en el Plata

(1) *Archivo del General Rivera,* tomo I. (Biblioteca Nacional.)

alcanzaba así á cerca de 13,000 soldados aguerridos, bien armados y municionados.

Preparados los ingleses para el combate, determinaron apoderarse de Montevideo y Buenos Aires.

Montevideo, aunque estaba defendida por una muralla coronada por 106 cañones, no ofrecía tanta resistencia como Buenos Aires; pues ésta, no sólo tenía población mayor, sino que disponía de todas las tropas que había llevado Liniers, á más de contar con el prestigio de este valeroso jefe. Por otra parte, como los ingleses querían atacar á Buenos Aires también, necesitaban asegurarse una plaza como Montevideo, que les sirviese de punto de apoyo.

El 14 de Enero de 1807, el general Samuel Auchmuty, al frente de 5.700 hombres y 100 buques, de guerra y mercantes, anclaba á la vista de Montevideo.

El valiente gobernador de esta ciudad, don Pascual Ruiz Huidobro, había pedido refuerzos, pero Buenos Aires se negó á prestarlos, y sólo consintió cuando Montevideo estaba ya casi en poder de los ingleses. Montevideo, librada á su propia suerte, tenía 3.000 defensores, contando además con una tropa de milicias de caballería de otros 3,000 hombres, que mandó Sobremonte. Los

otros cuerpos irregulares que había reunido el virrey tomándolos de las provincias argentinas, quedaron fuera de los muros de la ciudad.

El ejército inglés, bien armado y municionado, fuerte de 5.700 hombres, se había presentado á la vista de Montevideo, con ánimo de desembarcar en la costa del Buceo.

En los dos días subsiguientes, los ingleses acabaron de desembarcar. En la mañana del 19, las tropas de Auchmuty habían desprendido una columna de infantería sobre las fuerzas del virrey, que estaba en las inmediaciones. Sobremonte tenía, á más de algunas milicias al mando del coronel Allende, el cuerpo de *blandengues*, de 800 hombres, donde militaba el futuro general Artigas. A pesar de lo que debía esperarse, á los primeros tiros Sobremonte se puso en la más precipitada fuga, no dejando de huir hasta que llegó al Miguelete, retirándose más tarde á Las Piedras.

Auchmuty había ya intimado la rendición de la plaza, pero el gobernador Ruiz Huidobro contestó que no se rendía, disponiéndose ambos combatientes á la lucha.

En esta situación, se creyó posible hacer una salida sobre el campo inglés. El 20 de Enero por la mañana, cerca de 2.400 hombres salían de las murallas de Montevideo.

Era esta tropa de lo más elegido del ejército español, contando con una división de caballería que se había solicitado de Sobremonte.

Los españoles, mandados por el brigadier don Bernardo Lecocq y el general don Francisco Javier de Viana, avanzaron con denuedo sobre las filas inglesas. Pronto se trabó un fuego reñidísimo. Las primeras columnas inglesas fueron arrolladas por los españoles, que, divididos en dos columnas de ataque, procuraban flanquear al enemigo. Los españoles, enardecidos, se alejaban cada vez más de la plaza, encontrándose de pronto con una tropa de refuerzo que había mandado Auchmuty. La infantería española, empujada por los fuegos ingleses, se retiró tumultuosamente por una senda extraviada cercada de cardales [1], á la altura del Cristo, ya existente en aquella época. Pero aquí esperaba á los españoles un cuerpo de rifleros, oculto en los cardales. La infantería española entró por la senda con algún orden, teniendo en cuenta la derrota que acababa de sufrir. De pronto, los ingleses aparecen y descargan sus armas, cayendo gran cantidad de muertos y heridos. En breve queda el campo cubierto de cadáveres. La tropa, sorprendida, huye

(1) Eduardo Acevedo Díaz: «Las invasiones inglesas», publicadas en *El Nacional* en Julio de 1896.

desesperadamente, siendo muertos los soldados por la espalda.

Cerca de 1.000 hombres cayeron en aquella jornada. La caballería se retiró al campo, mientras que el resto de las fuerzas consiguió replegarse á la ciudad.

Allí, entre muchos de los caídos en la batalla del Cardal, sucumbió heroicamente, al frente de su compañía, el ilustre ciudadano don Francisco Antonio Maciel, fundador del Hospital de Caridad.

Después de esta derrota quedó muy mermada la guarnición de Montevideo, no contando con más de 2.500 hombres.

Empero, Ruiz Huidobro se preparó para la defensa. El 25 de Enero de 1807, las tropas inglesas, al mando del general Auchmuty, rompieron un fuego vivísimo. En poco tiempo quedaba la plaza circundada por ocho baterías de tierra, que vomitaban sobre ella sus balas. Una línea de buques ingleses, frente al Sud de Montevideo, bombardeaba la ciudad. Habían transcurrido apenas unos días, cuando la mortandad de los españoles en Montevideo era espantosa. Las bombas estallaban con estrépito al lado de los cañones es-, pañoles, pereciendo los artilleros. Sin embargo, nada intimidaba á los bravos defensores de Mon-

tevideo, y la lucha se prolongó por espacio de varios días, durante los cuales los españoles y criollos, inferiores en número y diezmados por las bajas, resistían heroicamente á la multitud de los asaltantes.

En estos momentos un pequeño refuerzo de Buenos Aires, compuesto de 450 hombres, al mando del brigadier Arce, que había llegado por tierra, vino á retemplar en algo el espíritu de las tropas de Montevideo, próximo á desfallecer, pues los ingleses se preparaban ya al asalto de las trincheras de la ciudad.

Los sitiadores comprendieron que Montevideo no se rendiría mientras tuviese soldados que la defendiesen, y prepararon un ataque decisivo, dirigiendo sus fuegos hacia un punto determinado de la plaza, cuyos muros no ofrecían gran resistencia (en la parte Sud, á la derecha del portón de San Juan)[1]. El 2 de Febrero, la muralla había cedido, quedando una gran brecha abierta. No obstante, los bravos defensores no desmayaron un instante. En el espacio abierto era donde se notaba más la mortandad. Los piquetes se renovaban á cada instante. En aquel momento, más de 100 cañones y morteros funcionaban á la vez.

(1) Al Sud de la hoy calle Brecha.

Pero llegó la noche, y los habitantes de Montevideo se dispusieron á cubrir la brecha, que era el último recurso que les quedaba. Al efecto se intentó la obra de cerrarla con cueros, que fueron suministrados por un vecino de la ciudad.

Aquella noche era la designada para entrar por la brecha abierta el día anterior. Los ingleses se deslizaron sigilosamente, favorecidos por la oscuridad, llegando á los muros en tres columnas de ataque; pero la brecha no fué encontrada, gracias al ardid de los defensores, y los españoles, reconociendo á los ingleses, descargan sus armas sobre los asaltantes. En un instante quedan tendidos 250 ingleses; pero el resto, que ya ha encontrado la brecha, se corre hábilmente por ella, y penetra dentro del recinto fortificado [1].

En tanto, otros regimientos habían escalado las murallas y se introducían por las calles, tomando posiciones en los puntos más elevados. Ruiz Huidobro había retrocedido, pero aun se mantenía con un puñado de hombres en la Ciudadela. Sin

(1) El capitán Remy, del 40 de infantería, fué el que descubrió la brecha, cayendo muerto en el momento de salvarla. (Parte de la conquista de la plaza de Montevideo por las tropas británicas, pasado por el brigadier general Sir Samuel Auchmuty al muy honorable Guillermo Windham, recibido en Londres el 12 de Abril de 1807, y publicado el mismo día en gaceta extraordinaria, *La Estrella del Sud*. Zinny: *Historia de la prensa periódica de la República Oriental del Uruguay.*)

embargo, á las 8 de la mañana parlamentó con los ingleses, sobre la base de la entrega de la ciudad.

Los españoles perdieron en el asalto cerca de 700 hombres entre muertos y heridos, y más de 600 prisioneros [1].

Los ingleses, por su parte, no fueron más afortunados, pues solamente al escalar la brecha cayeron 27 oficiales de lo mejor del ejército, y 370 soldados de tropa escogida [2].

Posesionados los ingleses de Montevideo, el general Auchmuty tomó la dirección del gobierno, que, si bien no fué tan tiránico como algunos lo suponen, ejerció su poder de un modo despótico.

En esta fecha, más de 2.000 mercaderes y traficantes se establecieron en Montevideo.

Auchmuty tomó represalias por la prisión que Liniers había impuesto á Berresford, y embarcó al gobernador de Montevideo, Ruiz Huidobro, para Inglaterra, como á muchos oficiales distinguidos, entre los cuales se hallaban José Rondeau, Nicolás Vedia y otros.

Los ingleses fundaron un semanario con el nombre de *La Estrella del Sud,* escrito en inglés

(1) Eduardo Acevedo Díaz: *Las invasiones inglesas.*

(2) Extractado de una publicación hecha en el *Macmilan's Magazine,* de Londres. 1895.

y español, que fué la primera hoja impresa que se publicó en Montevideo.

Aunque los nuevos dominadores se abstenían de seguir toda persecución á los vencidos, gran número de los habitantes de Montevideo huían á la campaña y á Buenos Aires.

Los ingleses, una vez apoderados de Montevideo y Maldonado, tomaron la Colonia, no encontrando otra resistencia que la muy escasa que opuso el coronel Elío con unas tropas venidas de Buenos Aires.

La llegada del general en jefe del ejército inglés, Sir John Witelocke, tuvo por fin la preparación de un ejército de 12.000 hombres, para tomar á Buenos Aires.

Esta plaza, después de la reconquista hecha por Montevideo, se había fortificado, y contaba con un ejército de 8.600 hombres en armas, incluyendo las tropas que había llevado Liniers.

El 5 de Julio de 1807, los ingleses, al mando del mismo Witelocke, entraban á Buenos Aires, que era defendida por Liniers y el alcalde de primer voto, el célebre don Martín de Álzaga. Los ingleses, desde el principio, fueron derrotados en casi todos los puntos, debido no sólo al valor de los criollos y de los españoles, sino también á que todo Buenos Aires se había armado y

atrincherado y cada casa de familia era un cantón, donde las mujeres rivalizaban con los hombres en heroísmo, arrojando piedras, ladrillos y toda clase de proyectiles que encontraban á mano.

Pronto Witelocke tuvo que pronunciarse en retirada, después de dejar 2.000 hombres caídos en las calles de la ciudad, y cerca de 1.000 que habían sido hechos prisioneros.

La derrota de los ingleses se debió, como dijimos, no tan sólo al valor de los defensores de Buenos Aires sino también á la incapacidad militar de Witelocke, que lo colocaba muy abajo de Berresford y Auchmuty.

Witelocke, al verse en derrota, firmó un tratado, por el cual Buenos Aires entregaría todos los prisioneros que había hecho, lo mismo que se restituirían las armas; y los ingleses, por su parte, abandonarían á Montevideo en dos meses: tiempo suficiente para embarcarse para Inglaterra definitivamente, y no volver, bajo ningún pretexto, al Río de la Plata.

Los españoles y los ingleses cumplieron fielmente lo estipulado, y, después de retirarse éstos de Buenos Aires, lo hicieron también de Montevideo.

Montevideo, evacuado por los ingleses, volvió

á su vida colonial. Se trató de nombrar un gobernador, pues Ruiz Huidobro estaba en Inglaterra, y Buenos Aires eligió al coronel español don Francisco Xavier de Elío, quien se embarcó para Montevideo á ocupar su puesto.

CAPÍTULO VII

SUMARIO: La revolución de Mayo. — Efectos que produce en Montevideo. — El grito de Ascencio. — Levantamiento del país. — Artigas se pone al frente del movimiento. — Combate de San José. — Batalla de Las Piedras. — Refuerzo de Buenos Aires.

Uno de los resultados más importantes que trajeron las invasiones inglesas, fué infundir en el espíritu de los naturales del Río de la Plata la idea de la libertad y de la independencia.

En Buenos Aires, como en Montevideo y en todas las poblaciones del continente americano, se notaba, en tiempo del coloniaje, una profunda separación entre los españoles y los nativos. La principal causa de esta separación era que los españoles mantenían á los americanos en una situación secundaria, no dejándolos intervenir en sus propios intereses, rechazándolos y vejándolos, como si fueran inferiores á ellos.

El ejemplo dado por los Estados Unidos, que se habían independizado del dominio de Inglaterra

terra en los comienzos de este siglo, aclamando los principios formulados por el pueblo francés en 1789, influyó de una manera poderosa para que la idea de la libertad se extendiera por toda la América del Sud, y un solo pensamiento, el de la emancipación, corriera unánime desde el Amazonas hasta el Plata.

De ahí la revolución de Mayo, que tan funestas consecuencias trajo para España.

Desde el tiempo de las invasiones inglesas, un comité revolucionario establecido en Buenos Aires, y que tenía adictos en la Argentina, como en la Banda Oriental, trabajaba por la emancipación de estos estados de la metrópoli.

La revolución, preparada desde entonces, fué acelerada con la noticia que dió el virrey de Buenos Aires, Hidalgo de Cisneros, de que España se hallaba en poder de los franceses, y que los mismos reyes estaban prisioneros, siendo, por lo tanto, la autoridad de la madre patria nula en sus estados.

El 25 de Mayo de 1810, el pueblo de Buenos Aires, reunido en la plaza principal de la ciudad, nombró una Junta de Gobierno que debía regir sus destinos, declarando cesante de su puesto al virrey Cisneros, el cual era embarcado poco después para las islas Canarias.

La nueva Junta de Gobierno se componía de los argentinos más espectables de la época, teniendo por presidente al coronel de patricios don Cornelio Saavedra [1].

La noticia de la revolución de Mayo no tardó en llegar á Montevideo. El 1.° de Junio se recibió oficialmente por medio de un comisionado de la Junta de Buenos Aires al gobernador, pidiendo que la reconociera como tal. Pocos días más tarde llegaba el doctor Passo, enviado por Buenos Aires para proceder al reconocimiento; pero, después de breves deliberaciones, el gobernador de Montevideo, don Joaquín de Soria, se negó rotundamente á ello.

El pueblo de Montevideo, sin embargo, compartía las ideas de la revolución de Mayo, y se temía de un momento á otro un levantamiento. Así sucedió, en efecto. El 12 de Julio, dos jefes de dos batallones de la guarnición, Juan Balbín Vallejo y Prudencio Murguiondo, se levantaron en armas, atrincherándose en sus cuarteles; pero, careciendo de valor para llevar adelante la empresa,

(1) Componían esa Junta: don Cornelio Saavedra, presidente; don Juan José Castelli, don Manuel Belgrano, don Miguel Azcuenaga, don Manuel Alberdi, don Juan Larrea, don Domingo Matheu, vocales, don Mariano Moreno, don Juan José Passo, secretarios.

el gobernador Soria logró apaciguar los ánimos, rindiendo á los dos jefes sublevados [1].

Este suceso, lejos de desalentar, influyó en favor del movimiento revolucionario, tanto en Montevideo como en la campaña.

En Octubre de 1810, llegó de España un nuevo gobernador para Montevideo, el mariscal de campo don Gaspar Vigodet, quien tomó el mando pocos días después.

La noticia de la revolución de Mayo no tardó en llegar á España y, habiéndose ya instalado las Cortes, al saberse la deposición de Cisneros, se nombró nuevo virrey, recayendo el nombramiento en don Francisco Xavier de Elío, que por entonces se encontraba en España.

En Enero de 1811, llegaba Elío, acompañado de 500 hombres y dos buques de guerra. Apenas desembarcó y tomó el mando del Virreinato con asiento en Montevideo, comisionó á don José de Acevedo para ir á Buenos Aires, con el objeto de intimar á la Junta le reconociera como virrey, y que jurara sin demora las Cortes instaladas ya;

(1) En este principio de rebelión se encontraron y fueron coautores, á más de los jefes nombrados, don Pedro F. Cavia, don Juan Ramón Rojas, don Manuel Fernández Puche, don Pedro Pablo Vidal y don Santiago Figueredo. — (Datos del libro de don Pedro F. Cavia.)

pero la Junta se negó á una y otra cosa, por lo cual Elío se preparó para la guerra, á la vez que encarcelaba á los primeros hombres del país, conocidos por sus ideas de libertad. Entre éstos, fué embarcado y deportado á la Habana el renombrado patriota don Lucas Obes. Coincidían con estos sucesos la fuga á Buenos Aires y la adhesión á la causa revolucionaria, de un militar prestigioso en toda la campaña, y que estaba destinado á ser el fundador de la nacionalidad oriental. Se llamaba José G. Artigas, capitán del cuerpo de blandengues, entonces.

Artigas había nacido en Montevideo el 19 de Junio de 1764. Después de recibir la escasa instrucción que se podía dar en aquel tiempo, se dedicó á los trabajos rurales y, en 1797, entraba al servicio militar en el cuerpo de blandengues, encargado del resguardo de la campaña, batiéndose en diferentes puntos con los matreros y los bandidos portugueses que por entonces asolaban la campaña oriental.

Artigas se halló en la defensa de Montevideo contra las tropas inglesas, y en la salida que los españoles hicieron contra aquéllas. El 2 de Febrero de 1811, estando en la Colonia con su cuerpo, bajo las órdenes del brigadier Vicente M. Muesas, logró evadirse y presentarse en Bue-

nos Aires. Los orientales vieron en su fuga llegado el momento para levantarse en armas.

El 28 de Febrero de aquel mismo año, un grupo de más de 100 patriotas, encabezado por don Pedro Viera y don Venancio Benavídez, proclamó la libertad, á orillas del arroyo de Ascencio, apoderándose en seguida del pueblo de Mercedes.

Apenas Viera y Benavídez lanzan el grito de libertad, de toda la campaña se levantan hombres dispuestos á la lucha, á punto de que, algunos días más tarde, Viera y Benavídez se encuentran al frente de más de 500 hombres decididos.

En unos cuantos días, la campaña entera se halla sobre las armas, hostilizando á los pequeños destacamentos españoles que se encontraban diseminados en ella.

Mientras tanto, Artigas, que ya era uno de los militares más prestigiosos en el territorio oriental, había vuelto de Buenos Aires, desembarcando en la *Calera de las Huérfanas*.

Venía Artigas con el grado de teniente coronel y con 150 hombres, y traía 200 pesos fuertes que le habían sido entregados en Buenos Aires.

En el momento que Artigas desembarcó y proclamó la revolución, de todas partes se levantó el paisanaje, y de todos lados corrían ciudadanos á adherirse á las filas revolucionarias.

De este modo la campaña oriental fué convulsionada por los patriotas en unos cuantos días, y ya en algunos puntos habían tenido lugar encuentros importantes entre revolucionarios y españoles.

El 20 de Abril de 1811, Benavídez, al frente de su división, rinde un destacamento español de 130 hombres cerca del Colla, apoderándose de su jefe, que quedó prisionero.

Otro grupo revolucionario, al mando de don Manuel Artigas (primo hermano del general Artigas), se hallaba en San José, cuando tuvo noticia de que 120 españoles, con un cañón, se encontraban en el lugar denominado Paso del Rey, sobre el río San José, á las órdenes del capitán Bustamante. Manuel Artigas reunió sus tropas con la de otro jefe revolucionario, llamado Baltasar Vargas, formando un total de 600 hombres próximamente, decidiéndose á atacar á Bustamante.

Á las 8 de la mañana del 21 de Abril empezó la lucha. Ambos combatientes pelearon con bravura sin igual; pero al fin los españoles tuvieron que ceder, huyendo precipitadamente hacia el pueblo de San José, después de dejar algunos muertos sobre el campo de batalla. Los españoles se atrincheraron en aquel pueblo, donde recibieron un refuerzo, reuniendo una fuerte división bien armada y municionada.

En tanto, Venancio Benavídez se había incorporado á Manuel Artigas, preparándose para tomar el pueblo por asalto.

En la mañana del 25, los patriotas cargaron sobre los españoles. Cuatro horas duró el combate. Los patriotas combatieron con un valor y una bizarría propios de soldados veteranos, consiguiendo entrar en el pueblo, desalojar á los españoles de sus posiciones, en donde hacían una vivísima resistencia, y apoderarse de las fortificaciones, derrotando casi completamente á los realistas. Cerca de 100 prisioneros fué el resultado de este combate, á más de dos piezas de artillería y gran cantidad de armas y municiones. Sobre el campo de batalla quedaron muchos muertos y heridos de una y otra parte.

Sin embargo este triunfo costó la vida al jefe de las fuerzas patriotas, el bravo Manuel Artigas. Herido en la batalla, murió días después.

Por este mismo tiempo, la Junta de Buenos Aires había nombrado un jefe que dirigiera toda la masa insurrecta en la Banda Oriental, recayendo la elección en don Manuel Belgrano, persona adecuada para esta clase de comisiones. Á mediados de Abril de 1811, Belgrano estaba ya en el pueblo de Mercedes, trayendo los restos de una expedición al Paraguay que había fracasado.

Una de las primeras medidas que tomó Belgrano, fué dividir las tropas revolucionarias en dos partes: una, que debía operar en el Norte del territorio oriental, á las órdenes de don Manuel Francisco Artigas, pariente del general, y otra, que debía operar al mando del mismo José Artigas.

Cuando llegó Belgrano á la Banda Oriental, los únicos puntos que ocupaban los españoles eran la Colonia y Montevideo: tal había sido la actividad de los patriotas. La Colonia fué pocos días después atacada por Benavídez y puesta en riguroso estado de sitio.

Empero, Belgrano, á causa de un movimiento anárquico estallado en Buenos Aires, fué destituído del mando del ejército oriental, siendo reemplazado por don José Rondeau.

En esta situación, Artigas, que seguía maniobrando al Sud de la Banda Oriental, y reuniendo á todos aquellos que se adherían á la idea revolucionaria, tuvo noticias que de Montevideo había salido una fuerte columna, con el propósito de sofocar la revolución. Las noticias eran ciertas. El capitán de fragata don José Posadas, con un ejército de más de 1.000 hombres bien armados y municionados, y con cinco piezas de artillería, había salido de la plaza con el fin de sorprender á los patriotas.

Artigas, al tener conocimiento del suceso, no titubeó en acudir al encuentro, mandándole pedir á Rondeau dos compañías de infantería con un cañón, los cuales llegaron el 11 de Mayo, formando un total de 700 hombres, 450 de Artigas y 250 de las fuerzas de Rondeau. Además, Artigas reclamó la incorporación de su hermano Manuel Francisco Artigas, que entonces se encontraba en Maldonado.

Durante tres días, una lluvia constante imposibilitó todo movimiento, obligando á los españoles á guarecerse en el pueblo de Las Piedras.

Manuel Francisco Artigas se incorporó al campamento con su contingente, alcanzando así las fuerzas patriotas un total de 1.000 hombres, 400 de infantería y 600 de caballería.

La tropa de infantería, fuera de las dos compañías enviadas por Rondeau, no podía estar peor armada, y la caballería sólo contaba con lanzas formadas de cuchillos y hojas de tijeras enastadas en cañas de tacuara.

En la mañana del 18 de Mayo, diversas guerrillas se cruzaron de un lado y otro, hasta que, algunas horas después, los españoles avanzaron hacia el ejército contrario, y tomando posición en lo alto de una loma, colocaron allí dos piezas, dominando por completo el campo enemigo. Ar-

tigas formó su línea y, á favor de una hábil maniobra, consiguió engañar á los españoles, quienes creyendo que aquél evitaba la batalla, bajaron de la loma y se situaron en el llano. Apenas producido esto, el ejército de Artigas rompió el fuego sobre los españoles; los cuales, colocando dos obuses en el centro y un cañón á cada costado, contestaron vigorosamente, pero sin poder rechazar á los patriotas.

Por el contrario, pronto se vieron envueltos los españoles, quienes, después de dejar muchos muertos y heridos en el campo, empezaron á desorganizarse, retirándose al pueblo de Las Piedras; pero Artigas, que había previsto esta eventualidad, mandó á su hermano Manuel Francisco que, con su división, les cortara la retirada. Así lo hizo éste, encontrándose de este modo los españoles envueltos por la infantería patriota y las cargas de la caballería. Por último, después de muchas horas de combate, los españoles fueron derrotados, dispersándose una gran parte; mientras su jefe, el capitán de fragata Posadas, con 342 individuos de tropa y 22 oficiales, caía prisionero de Artigas, dejando sobre el campo de batalla cerca de 160 hombres, entre muertos y heridos, á más de toda la artillería, que quedó en poder de Artigas, así como las armas, municiones y bagajes. Las pérdidas

de los patriotas fueron de 11 muertos y 23 heridos.

Artigas se cubrió de gloria con este triunfo, que fué el segundo que obtuvo la revolución de Mayo, y mereció de la Junta de Buenos Aires el grado de coronel y una espada de honor.

La batalla de Las Piedras dió por resultado que los españoles quedasen encerrados en Montevideo, y que la campaña en masa se adhiriera á la revolución.

Después de ella, los españoles se fortificaron en el pueblo de Las Piedras. Artigas mandó al teniente Eusebio Valdenegro que los rindiera. Valdenegro cumplió fielmente su cometido, pues los españoles fueron rendidos á discreción en la iglesia del pueblo, en donde se habían refugiado.

Artigas puso en conocimiento de la Junta de Buenos Aires su brillante victoria, y en seguida se encaminó con su ejército á poner sitio á la plaza de Montevideo. Rondeau, así que supo el triunfo de Las Piedras, marchó con sus fuerzas á hacerse cargo del sitio de la plaza.

CAPÍTULO VIII

SUMARIO: Primer sitio de Montevideo. Invasión portuguesa. Emigración del pueblo oriental. El gaucho oriental en las luchas por la independencia. Retiro de los portugueses. Nuevo sitio de Montevideo. Batalla del Cerrito. Artigas organiza el gobierno provincial. Artigas y el gobierno de Buenos Aires. Fin de la dominación española en el Uruguay.

Como dejamos dicho en el capítulo anterior, á consecuencia de la batalla de Las Piedras, Artigas puso sitio á Montevideo y Rondeau tomó el mando de las fuerzas sitiadoras. La Colonia, que también había sido sitiada por Benavídez, cayó en poder de los patriotas algún tiempo después.

El mariscal Vigodet, que era quien mandaba esa plaza, recibió orden de Elío de embarcarse para Montevideo. Con la toma de la Colonia, quedó la Banda Oriental, á excepción del pequeño recinto de Montevideo, en poder de los patriotas.

El ejército sitiador, después de la llegada de Rondeau, contaba cerca de 3.000 hombres de las tres armas. Montevideo se hallaba no menos fuerte, pues esta plaza llegó á tener dentro de sus muros unos 5.000 soldados y 300 cañones. Empero, el sitio de Montevideo les cerró toda comunicación á los españoles con el interior del

país, por lo cual bien pronto la población de esa ciudad empezó á padecer de hambre y de sed, aumentando la indigencia y el número de enfermos en los hospitales.

Todos los días había fuertes guerrillas entre los patriotas y los de la plaza, en las cuales la suerte de las armas era diversa, pero la mayor parte de las veces el triunfo correspondía á los primeros.

El sitio se continuó durante toda la estación de invierno, no ocurriendo ningún suceso de importancia digno de mencionarse.

Únicamente diremos que, en la noche del 15 de Julio de 1811, el capitán de patriotas don Pablo Zufriateguy llevó á cabo el asalto á la isla Libertad, posesionándose de grandes depósitos de pólvora que tenían los españoles.

Elío, mientras tanto, viendo su desgracia, y próxima su derrota, había pedido refuerzos á la princesa Carlota, esposa del príncipe regente de Portugal. La princesa Carlota, que alimentaba la idea de coronarse en el Río de la Plata, puso toda su influencia para que los portugueses ayudaran á los españoles. El regente, dominado por las intrigas de la princesa, hizo que un ejército de 5.000 soldados invadieran el territorio oriental.

El gobierno porteño, ante la perspectiva de la

invasión portuguesa, celebró con Elío un tratado llamado de Pacificación. Este tratado, de cualquier modo que se le examine, deja entrever, por sus bases principales, un olvido de los principios de Mayo, por parte de aquel gobierno. Por él se reconocía la autoridad de Fernando VII sobre estos países, quedando la Banda Oriental sometida al virrey de España. También se declaraba que los portugueses debían retirarse á sus fronteras lo más pronto posible.

Las tropas de Buenos Aires, al mando de Rondeau, se retiraron á aquella ciudad. Artigas, al frente de las suyas, compuestas de orientales, se negó á seguir á Rondeau, pues su patriotismo le impulsaba á otros designios. Él no podía retirarse á Buenos Aires y abandonar su patria cuando el enemigo estaba amagando sus fronteras. Así fué que Artigas, acompañado de las tropas sitiadoras que estaban bajo su mando, atravesó toda la campaña oriental. Éste es el día más grande para la gloria de Artigas. Todo el pueblo oriental rodea su bandera, á punto que cuando llega al Salto, va acompañado de una masa de 14 á 16 mil personas [1], que le siguen á través de los campos, para no soportar el yugo extranjero. Á

(1) *Memoria del General Rivera.* (Biblioteca de «El Comercio del Plata», tomo I.)

este movimiento de hombres y familias, es á lo que se ha llamado el éxodo del pueblo oriental.

Los portugueses pretendieron dificultar su marcha, pero fueron batidos por Artigas en el río Negro, y más tarde en el Arapey. Artigas, al frente de su pueblo, pasó el Uruguay y se estableció en la costa argentina, acampando en el arroyo del Ayuí.

El suelo oriental, librado á su propia suerte, fué, durante la ausencia de las fuerzas patriotas, teatro de toda clase de desmanes y tropelías. Los portugueses que, por el tratado entre Elío y el gobierno de Buenos Aires, debían retirarse, no lo hicieron, sino que, por el contrario, siguieron en su marcha de conquista. Fué en esta época que los portugueses llevaron más adelante el bandolerismo, estableciendo en el país un foco de pillaje y de crímenes. Por otra parte, los indios y los matreros ocultos en las selvas hacían frecuentes correrías, ya en contra de los españoles, habitantes de la campaña, ya en contra de los portugueses. Sin comprender lo que quería decir la palabra independencia, peleaban por su libertad, alcanzando muchos de ellos más tarde puestos distinguidos en las filas revolucionarias. En esta época aparecieron como caudillejos, Gay, Encarnación, Culta y muchos otros. Culta llegó á ser coronel del ejército patriota.

Los portugueses permanecieron en la Banda Oriental desde Octubre de 1811 hasta Agosto de 1812, en cuyo tiempo el gobierno de Buenos Aires firmó un tratado con la corte de Portugal, por el cual debían retirarse aquéllos á la mayor brevedad posible. Poco después, los portugueses, en cumplimiento de ese tratado, repasaban las fronteras y se internaban en el Brasil.

Con anterioridad, en Noviembre de 1811, Elío, virrey del Río de la Plata, había suprimido el Virreinato, y en el mes de Noviembre se embarcó para España [1], dejando en calidad de gobernador al mariscal Gaspar Vigodet.

Á la retirada del ejército portugués de la Banda Oriental, el gobierno de Buenos Aires empezó á reunir algunas tropas en la margen derecha del Uruguay, en el lugar conocido por arroyo de la China, á muy poca distancia del campamento de Artigas. Estas tropas se pusieron á las órdenes del general Manuel Sarratea, militar improvisado y que apenas conocía el arte de la guerra. El ejército de Sarratea se componía de algunos cuerpos argentinos y de cuatro divisiones de orientales que el mismo Sarratea había hecho desertar, por medio de intrigas, del campamento de Artigas.

(1) El fin de Elío fué bien triste. Acusado en Valencia, en 1821, fué sentenciado á la pena de muerte, después de sufrir la degradación.

Á principios de Octubre de 1812, Sarratea desprendió al coronel Rondeau con 500 hombres, á los cuales debían reunirse otras divisiones para sitiar á Montevideo. Rondeau llegó al Cerrito el 20 de Octubre, encontrando ya á don José Culta, que, de montaraz, se había convertido en caudillo de partidas insurrectas, y, con 200 gauchos, sitiaba la plaza.

Las otras fuerzas fueron incorporándose sucesivamente, y, á fines de Diciembre, contaba Rondeau con un ejército de 2.000 hombres.

Los españoles de Montevideo, temiendo entonces la llegada de Artigas, como también la de Sarratea con nuevos contingentes que harían rendir la plaza, intentaron hacer una salida hacia el campo sitiador y destruir el ejército de Rondeau.

El 31 de Diciembre de 1812, Vigodet, al mando de 1.600 hombres próximamente, avanzaba sobre el campo patriota, dividido en tres columnas.

Como era al amanecer, casi todo el ejército de Rondeau se encontraba entregado al sueño, y así es que, en un principio, todo fué confusión y derrota para las armas de la patria. La vanguardia fué deshecha, cayendo prisionero su jefe, Baltasar Vargas. El regimiento número 6, de pardos y morenos, fué puesto en fuga, siendo muchos de éstos muertos por la espalda. En breve, los rea-

listas se apoderaron de la cumbre del Cerrito, haciendo flamear la bandera española. En este momento, Rondeau logra organizar el número 6, que se había detenido en el paso de Casavalle (á inmediaciones del Cerrito, sobre el Miguelete), y carga sobre los españoles, desalojándolos de la cumbre·

Sin embargo los españoles consiguen apoderarse nuevamente del Cerrito; pero, habiéndoles faltado las municiones, empezaron á bajar la cuesta.

Una vez en el llano, fueron acometidos por dos cuerpos de caballería, siendo puestos en fuga, con gran pérdida entre muertos y heridos. Á las 11 de la mañana había terminado la batalla, quedando el triunfo por las armas de la patria.

La batalla del Cerrito es una de las más gloriosas y más sangrientas que se registran en los anales de la historia de la independencia. Cerca de 400, entre muertos y heridos de los dos campos, fueron los que cayeron en aquel día. El cuerpo de blandengues, compuesto de orientales, al mando de Ventura Vázquez, se distinguió heroicamente, combatiendo contra toda una división del ejército español, y paralizando por completo sus movimientos.

El 16 de Enero de 1813, Sarratea se incorporó á Rondeau con las tropas que aún estaban bajo su mando.

Artigas se había movido de su campamento en el Ayuí, donde había pasado catorce meses soportando, juntamente con el pueblo oriental, toda clase de males y desgracias, y se encaminó hacia el sitio de Montevideo; pero exigió, para su incorporación á las fuerzas sitiadoras, que Sarratea se retirara á Buenos Aires, en razón de graves desavenencias motivadas por haber fomentado éste la deserción en su campamento del Ayuí. Al principio Sarratea quiso imponer su autoridad, pero á consecuencia de un motín que encabezaron los principales jefes (21 de Febrero de 1813)[1], fué depuesto del mando superior. Á los pocos días, Sarratea se embarcaba para Buenos Aires, dejando á Rondeau encargado del sitio.

Artigas se reunió entonces á Rondeau, formando un ejército de 4.600 hombres, con los cuales se estrechó el sitio, no permitiendo la entrada de ningún auxilio por tierra. Esta situación de la plaza se hacía cada vez más angustiosa. Las dificultades de la defensa, á la par que el hambre y los padecimientos, se hacían sentir por todas partes. La rendición de la plaza tenía que efectuarse de un momento á otro.

(1) Francisco Bauzá: *Historia de la Dominación Española en el Uruguay*, tomo III. — C. L. Fregeiro: *Artigas*.

La situación apremiante de Montevideo vino á agravarse mucho más cuando se supo el fin de la expedición española al Paraná. Esa expedición, que contaba 250 hombres, y que iba en busca de bastimentos para esta ciudad, fué batida por el coronel San Martín, á fines de Enero de 1813, pereciendo gran número de españoles.

En este estado de cosas, quiso Artigas que el territorio oriental tuviera un gobierno propio y mandara sus representantes á la Asamblea General reunida en Buenos Aires, lo mismo que las otras provincias.

Para el efecto, se invitó á todos los pueblos á concurrir al acto de la elección. El 5 de Abril se verificó la reunión de los representantes, en la cual se nombró un gobierno provincial, eligiéndose como gobernador al general Artigas, á la vez que se nombraron seis diputados que debían ir á la Asamblea General en Buenos Aires. Por indicación de Artigas, la Asamblea instalada en Buenos Aires quedaba reconocida, pero de un modo condicional.

Las instrucciones que dió Artigas á los diputados á la Asamblea, son elogiadas por más de un concepto.

Ellas ponen de relieve la figura del gran caudillo, pues los principios que proclamaban, son los

que sirven de base á los pueblos más libres y más adelantados.

Sin embargo, una vez que llegaron los diputados á Buenos Aires, no fueron reconocidos, bajo el pretexto de que habían sido elegidos ilegalmente.

Mientras tanto, el sitio se continuaba con igual rigor. Los españoles estaban estrechados á punto de que ninguna guerrilla salía de la plaza sin ser rechazada por los patriotas. La ciudad de Montevideo padecía horriblemente. La pobreza, el hambre, la sed, las enfermedades dominaban en absoluto, y para nadie era un misterio que la plaza tendría que rendirse en muy poco tiempo.

Una vez que el gobierno porteño rechazó los diputados orientales, la provincia Oriental quedó sin representación en la Asamblea de Buenos Aires.

En Diciembre de 1813, Rondeau recibió orden de convocar á los pueblos de la provincia Oriental á una nueva reunión para que se eligieran otros diputados que debían ir á la Asamblea General. Aunque á Artigas, como jefe de los orientales, le correspondía citar para la elección, no lo hizo, pues Rondeau era el que había sido designado á ese efecto por el gobierno de Buenos Aires. La reunión se efectuó, pero la elección fué

ilegal, porque se realizó bajo la influencia de Rondeau, quien hizo presión sobre los votantes.

Artigas quiso anular el acto, pero no lo consiguió. Los diputados nombrados fueron á Buenos Aires, siendo rechazados nuevamente.

Este rechazo persuadió á Artigas de que el gobierno porteño buscaba á todo trance un rompimiento con la provincia Oriental, y decidió retirarse del sitio de Montevideo, separándose de las fuerzas de Buenos Aires.

En la noche del 20 de Enero de 1814, Artigas levantaba su campamento, acompañado de casi todas sus divisiones, situándose en la Calera de García.

Apenas el gobierno de Buenos Aires, que era entonces presidido por don Gervasio Posadas, supo la retirada de Artigas, no vaciló un instante, y lanzó un terrible manifiesto, en el cual se declaraba á Artigas *traidor á la patria, y se ponía á precio su cabeza* (1).

Artigas, al tener noticias de la guerra á muerte que se le decretaba, se preparó á la lucha, diseminando sus tropas y buscando nuevos contingentes.

De este modo fué provocada la lucha civil,

(1) Decreto del 11 de Febrero de 1814, inserto en la Bibliografía Histórica de Antonio Zinny.

siendo su único y principal causante y responsable el gobierno de Buenos Aires. En tal situación, viendo el gobierno porteño que mientras los españoles tuviesen una escuadra que les proporcionara víveres, sería imposible su rendición, resolvió crear una escuadrilla para batir á las naves españolas.

En menos de un mes, se armaron varios buques con tripulación de distintas nacionalidades, bajo el mando del capitán de marina Guillermo Brown.

En los primeros días de Marzo de 1814, Brown, con su escuadra, salía de Buenos Aires, y el 15 del mismo mes se apoderaba de la isla de Martín García, después de librar una lucha sangrienta. En seguida de este combate, Brown se preparó para dirigirse á Montevideo, como así lo hizo.

Por último, la escuadra patriota, aunque inferior en número á la española, fué en busca de ésta. El 16 de Mayo tuvo lugar el combate al Sud de Montevideo, fuera de la vista de la ciudad. El resultado fué que la escuadra española quedara derrotada completamente por Brown. Varios buques españoles fueron tomados al abordaje ó echados á pique, y otros incendiados. Con esta victoria, Brown quedó dominando las aguas del Plata y en condiciones de bloquear el puerto

de Montevideo. Coincidía con la derrota de la escuadra española, la llegada del general patriota Carlos María de Alvear, quien, con algunos refuerzos, vino al Cerrito, con el fin de sustituir á Rondeau.

El mismo día 17 de Mayo se hizo cargo del mando, arrebatando á Rondeau la gloria de haber rendido á Montevideo.

En efecto, la resistencia de esta ciudad no podía prolongarse por más tiempo, sobre todo ahora que ya no contaba con los auxilios que podía recibir por el río.

El 20 de Junio se abrieron las negociaciones entre Vigodet y Alvear, quedando pronto terminadas. Las bases ajustadas eran: que los españoles entregarían á Montevideo; que la guarnición saldría con todos los honores de la guerra; que no se podría sacar nada de Montevideo; que á la guarnición se le darían 30 días para partir, y que á nadie se incomodaría por sus opiniones personales.

En consecuencia, el 21 de Junio las tropas de Alvear entraban á Montevideo, posesionándose de la ciudad. Los españoles salieron armados, con banderas desplegadas, para embarcarse para España, juntamente con el mariscal Vigodet, que tan valientemente se había portado, sosteniendo los derechos de su rey.

Por medio de esta capitulación terminó el sitio, y fué ocupada la ciudad que por tanto tiempo había sido el anhelo de los patriotas.

La obra de Artigas-Rondeau coronó de laureles la frente de Alvear, y, debemos decir de paso, este general no cumplió lo estipulado con Vigodet, por más que éste, desde Río Janeiro, hizo sus reclamos. De Montevideo se sacaron 8.000 fusiles, los cañones y la pólvora. Todo fué embarcado para Buenos Aires. Los españoles de Montevideo fueron destinados á engrosar las filas del ejército de San Martín, que, por esta fecha, se disponía á invadir á Chile (1).

CAPÍTULO IX

SUMARIO: Lucha entre Artigas y el Directorio. — Batalla de Guayabos. Las tropas del Directorio evacúan la plaza de Montevideo. — Otorgués. Segunda invasión portuguesa. Plan de defensa de Artigas. — Batallas de India Muerta y Catalán. Entrada de Lecor en Montevideo. Artigas se retira del territorio oriental. Artigas se asila en el Paraguay. — Sus últimos años; su muerte.

Artigas, después del decreto de Buenos Aires, que lo declaraba traidor á la patria, se había retirado á la campaña, que, en pocos días, quedó

(1) Exposición que hace el gobernador Vigodet de la conducta de Alvear, con motivo de la rendición de Montevideo, y contestación de éste á dichas imputaciones. — Foll. imp., Buenos Aires, 1814.

sublevada. Las provincias argentinas de Santa Fe, Entre-Ríos y Corrientes, siguieron y abrazaron la causa que defendía Artigas, por lo cual el gobierno porteño se vió en breve amenazado de una guerra intestina, que no tuvo otro origen que el de su absurda política.

Poco antes de rendirse Montevideo, el gobierno porteño había hecho pasar algunas tropas, al mando del barón Holemberg, para destruir las reuniones que se hacían en la campaña oriental en favor de Artigas.

El comandante Otorgués, que mandaba una división de las fuerzas de Artigas, recibió orden de atacar á Holemberg, como en efecto lo hizo. Las fuerzas porteñas fueron derrotadas por Otorgués, cayendo prisionero el mismo Holemberg, quien fué enviado al campamento de Artigas. Éste lo puso en libertad, así como á muchos otros prisioneros. Después de este triunfo, Otorgués se detuvo en Las Piedras, desde donde intimó á Alvear la entrega de Montevideo. Alvear aparentó condescender, y respondió al enviado que Otorgués mandara sus comisionados para tratar el punto. Otorgués, confiando en la palabra de Alvear, comisionó á varios de los suyos. Alvear, por el contrario, en la noche de aquel mismo día (25 de Junio de 1814), avanzó con 1.000 hom-

bres y, sorprendiendo á Otorgués, dispersó toda su división, que fué perseguida hasta Canelones, donde la llegada del comandante Rivera detuvo la persecución.

Algún tiempo después, Alvear, tratando de atraerse á Artigas, hizo que el gobierno de Buenos Aires lo declarara *buen servidor de la patria*, y ofreció entregar la plaza, embarcándose con sus tropas. Pero esto no era más que una estratagema de Alvear para destruir á Artigas.

En efecto, Alvear se embarcó con el grueso del ejército; pero, en vez de dirigirse á Buenos Aires, desembarcó en la Colonia con 3.000 hombres, sorprendiendo de nuevo á Otorgués, que estaba en el Marmarajá (5 de Octubre).

Una columna de 1.500 hombres, al mando de don Manuel Dorrego, se había desprendido del grueso del ejército de Alvear. Esa columna fué aumentada poco después con 400 hombres más, al mando del coronel Pedro Viera, con el objeto de perseguir la división del comandante don Fructuoso Rivera.

Rivera se vió obligado á retirarse hasta el Queguay, siempre perseguido por Dorrego, pero allí recibió 800 blandengues de refuerzo, que le mandaba Artigas, con lo cual se convirtió de perseguido en perseguidor. Después de varias manio-

bras y guerrillas, en que Rivera logró arrinconar á Dorrego, ya en Mercedes, ya en la Colonia, se encontraron ambos combatientes en el arroyo de Guayabos, el 10 de Enero de 1815. No tardó en empezar la lucha. Rivera, por medio de una falsa retirada, atrajo á Dorrego y lo echó sobre los blandengues. Cuatro horas y media duró la batalla. Rivera, mal armado, é inferior en número, realizó prodigios de valor, hasta que al fin Dorrego tuvo que salvarse con sólo 20 hombres. La mayor parte de sus fuerzas se dispersó, quedando en el campo gran número de muertos y heridos.

La victoria de Guayabos trajo en pos de sí la pacificación de la Banda Oriental. Apenas se tuvo noticia de ella, el gobierno de Buenos Aires empezó á tratar con Artigas la entrega de Montevideo. Don Nicolás Herrera fué el enviado ante Artigas para la negociación. Después de algunas deliberaciones, se convino en que las fuerzas de Buenos Aires evacuarían la plaza á la mayor brevedad posible.

Al efecto, las tropas de Buenos Aires se prepararon para marchar, inutilizando antes de su partida todo lo que dejaban. El archivo y las oficinas públicas fueron abandonados al populacho. Una parte de la pólvora que existía en las bóve-

das, fué embarcada, y la que no se pudo llevar, fué arrojada al río. En esta tarea ocurrió un suceso horrible. En el momento de arrojarse la pólvora al agua, se produjo una terrible explosión, pereciendo más de 100 personas.

El 25 de Febrero de 1815, el comandante militar de las tropas de Buenos Aires en Montevideo, que lo era don José Estanislao Soler, se embarcó con todos los cuerpos de la guarnición.

El 26, un escuadrón de caballería de la división de Otorgués, al mando del capitán don José Llupes, entraba en Montevideo, haciéndose cargo de la ciudad.

Este acontecimiento fué celebrado en Montevideo con fiestas y grandes manifestaciones de regocijo público. Al fin, después de cuatro años que el pueblo oriental combatía por su libertad, acababa de conseguirla, habiéndole costado inmensos sacrificios y la pérdida de centenares de ciudadanos.

En esta época, la Banda Oriental y las provincias de Entre-Ríos, Santa Fe y Corrientes se hallaban bajo la autoridad de Artigas, que luchaba por la libertad de los pueblos contra las mezquindades de los gobiernos porteños.

Una vez que los argentinos consiguieron alejar de sus fronteras á los españoles, se pensó en la

forma de gobierno que debía regir los destinos de las Provincias Unidas del Río de la Plata.

Casi todos los hombres más eminentes de Buenos Aires, influenciados por las ideas monárquicas de las naciones del viejo mundo, querían un rey, que fué buscado en todas las cortes europeas. Otros buscaban un descendiente de los Incas para coronarlo en Buenos Aires, mientras que algunos, de temperamento débil, y entre ellos el mismo Alvear, no obstante sus arrogancias, solicitaban el protectorado de Inglaterra para las provincias del Plata.

Fué entonces que Artigas se levantó contra todas estas ideas reaccionarias, proclamando la soberanía de los pueblos y la república bajo la forma federativa. Corrientes, Entre-Ríos, Santa Fe, Córdoba y las Misiones seguían la bandera de Artigas. En todas esas provincias se luchaba contra el Directorio de Buenos Aires, y todas ellas, lo mismo que la Banda Oriental, aclamaban por su libertador al general oriental. Córdoba le había conferido una espada de honor, que actualmente existe en el Museo Nacional, y en la cual están grabadas estas palabras en la vaina: *Córdoba, en sus primeros ensayos, á su protector el inmortal general don José Artigas. Año de 1815.* En el anverso de la hoja: *Córdoba independiente,*

á su protector. En el reverso: *General don José Artigas. Año de 1815* (1).

En esta época (1815), es que Artigas llega á su mayor poder. Sus ejércitos vencen á los de Buenos Aires en todas partes, al mismo tiempo que el gobierno de Alvear, que había sucedido á Posadas en el Directorio, cae derribado por la fuerza moral que constituía Artigas al frente de cinco provincias. Los decretos infamantes que habían lanzado, tanto Posadas como Alvear, fueron quemados en la plaza principal de Buenos Aires, y se declaraba, igualmente, «que ellos no eran *sino un tejido de imputaciones las más execrables contra el ilustre jefe de los orientales don José Artigas.*»

Sin embargo, Artigas, en medio de todas las demostraciones de gratitud de los pueblos, no olvidaba la Provincia Oriental.

El comandante don Fernando Otorgués había sido nombrado gobernador de Montevideo, eligiéndose un nuevo cabildo. Las rentas de aduana habían aumentado, y, en Marzo de 1815, una era de paz parecía sonreir á esta provincia.

Empero, Otorgués no era hombre para ejercer

(1) Esta espada fué regalada posteriormente al gobierno nacional por el entonces mayor Leandro Gómez, el cual la había conseguido en Buenos Aires en 1842.

el cargo de gobernador. Pronto se dejó llevar por sus malos instintos, consintiendo toda clase de abusos y desórdenes, y acabando por inspirar terror en la ciudad.

Otorgués estuvo en Montevideo hasta Julio de 1815, época en que la representación de varios vecinos al general Artigas, que estaba en Paysandú, hizo que éste enviara á don Miguel Barreiro en calidad de delegado de su gobierno en esta ciudad, al mismo tiempo que nombraba al comandante Fructuoso Rivera su gobernador militar. Con la venida de Rivera se pusieron en orden nuevamente las cosas, siguiendo en progreso la Provincia Oriental.

En este tiempo se realizaron grandes adelantos. Se fundó una publicación, *El Periódico Oriental;* se creó una escuela pública, por mandato del mismo Artigas, y la navegación, el comercio y las industrias tomaron importante incremento. La Biblioteca Nacional fué obra de Artigas. *Sean los orientales tan instruídos como valientes*, había dicho; y en Mayo de 1816, el presbítero Larrañaga inauguraba aquel establecimiento.

La prepotencia de Artigas sobre todos los prohombres de la época, iba creciendo cada vez más, al mismo tiempo que sus ideas encontraban nuevos contingentes en todas las provincias ar-

gentinas, que amenazaban de un momento á otro separarse de la política de Buenos Aires.

En estas circunstancias, el gobierno porteño se decidió á sacrificar la Banda Oriental, para deshacerse de Artigas, único hombre que sustentaba los verdaderos principios de la revolución de Mayo.

Resultó que, como estaba el gobierno porteño resuelto á sacrificar la Banda Oriental, para satisfacer sus rencores contra Artigas, empezó á incitar á los portugueses, que siempre se mostraron deseosos de posesionarse de la Banda Oriental, para que emprendieran una segunda invasión como la de 1811, á fin de concluir de una vez con Artigas.

Á este propósito fué enviado de Buenos Aires don Manuel García, quien debía negociar la invasión. Bien mirado, fué una traición por parte del gobierno porteño; y llegado García á Río Janeiro, cumplió fielmente su comisión.

En Agosto de 1816, los portugueses avanzaban con un ejército perfectamente disciplinado y municionado, compuesto en gran parte de veteranos de las guerras de Napoleón. Este ejército venía distribuído del modo siguiente: por el Norte, el general Curado con 2,000 hombres; por el Este, el general Silveira con 2,000 hombres. Además, 6,000 hombres al mando del general en jefe, don Francisco Lecor, Barón de la Laguna, y otros

2,000 al mando del general Pintos, que quedaba de reserva.

El plan ideado por Artigas, teóricamente considerado, según dice uno de sus más encarnizados enemigos, don Bartolomé Mitre, haría honor á cualquier general. [1]

En efecto, ese plan era de lo más hábil, y consistía en invadir las Misiones, obstruyendo el paso á los portugueses, para destruirlos en su propio territorio. El ejército oriental debía operar por el Este y batir á los portugueses que por este lado invadieran. Esta combinación tenía la ventaja de dejar libres á las provincias que estaban bajo el protectorado de Artigas, y de las cuales podría sacar refuerzos en caso de necesitarlos.

Sin embargo, la supremacía de las armas y del número dió la victoria á los portugueses.

Eran 10,000 hombres aguerridos y disciplinados, contra 6,000 orientales mal armados y organizados.

La columna del coronel Andrés Artigas [2], que se había apoderado de las Misiones, fué batida el 3 de Octubre de 1816 por el general Abreu. Otra columna, al mando de un teniente Verdún,

(1) Bartolomé Mitre: *Historia de Belgrano*, tomo III, capítulo I.

(2) Andrés Artigas era de raza indígena, y había sido recogido y educado por el general Artigas.

fué batida completamente en Ibiricohy, por Mena Barreto, el 19 del mismo mes. El 27, el general Oliveira Álvarez se presentó con una división formidable delante de Artigas, en los campos de Karumbé, donde, después de haber quedado el suelo de la patria teñido de sangre de orientales, la victoria se declaró por el invasor.

No faltaba sino batir la división del comandante Fructuoso Rivera, para que todo el ejército de Artigas en la Banda Oriental hubiera sucumbido.

El 19 de Noviembre de ese mismo año, la vanguardia del general Lecor, al mando del general Pintos de Araújo Correa, se batía en los bañados de India Muerta con el comandante Rivera. La lucha fué prolongada; los cuadros portugueses fueron varias veces deshechos por la caballería patriota; la derecha del enemigo fué envuelta y acuchillada repetidas veces; pero al fin la bravura de los orientales tuvo que ceder al número de los enemigos.

Sobre el campo de batalla quedaron 250 orientales, de 1,400 que eran, y los portugueses sufrieron pérdidas considerables. Rivera se retiró con los restos de su división, empezando una guerra de recursos que mantenía constantemente en jaque al ejército portugués.

Sin embargo, Artigas, lejos de abatirse, pensó que se debía luchar hasta el último momento y, reuniendo todos sus elementos, consiguió levantar un nuevo ejército de 4,000 hombres, que, aunque mal armados y equipados, estaban dispuestos á morir antes que el extranjero profanara el suelo de la patria.

El 4 de Enero de 1817, el coronel oriental don Andrés Latorre, al frente de 3,500 hombres, se encontraba con el general Curado, que mandaba un número igual de fuerzas portuguesas, en el arroyo Catalán. La victoria, por largo tiempo indecisa, se tornó otra vez en favor de los invasores. Sobre el campo quedaron 300 orientales.

Un día antes de esa batalla, Artigas era batido en el Potrero del Arapey, dejando 100 muertos, de 500 hombres que tenía.

Al mismo tiempo que se producían esos sucesos desgraciados para las armas patriotas, Lecor, con un ejército fuerte de 6,000 hombres, avanzaba sobre Montevideo, que no tenía ninguna fuerza para su defensa. El cabildo, en su mayoría adverso al general Artigas, se mostró decidido á entregarse á los portugueses. Don Miguel Barreiro, que hacía las veces de gobernador en Montevideo, así como también el regidor don Joaquín Suárez, algunos miembros del

cabildo y muchas otras personas de importancia, huyeron de la ciudad antes de caer en poder de los portugueses.

Lecor ocupó á Montevideo el 20 de Enero de 1817.

La resistencia que hacían Rivera, Lavalleja y Oribe, jefes todos de Artigas, era desesperada. Constantemente, y á todas horas, luchaban contra los portugueses, teniendo á éstos encerrados en el recinto de Montevideo. Dos veces logró Rivera derrotar á los lusitanos: una, en el Paso de Cuello, y otra, en Maldonado, en la acción del Sauce. Mientras tanto, Artigas contenía á los portugueses por el Norte, sin dejarlos mover ni comunicarse con Lecor.

El gobierno de Buenos Aires, que estaba á cargo de don Martín de Puirredón, se mantenía á la expectativa, sin tomar parte alguna en la lucha y negando á Artigas toda clase de auxilios. Parecía que se interesaba por la total destrucción del pueblo oriental, y azuzaba á los portugueses, en lugar de interponerse, para que de una vez acabaran de posesionarse de la Banda Oriental.

En el año 1818 la situación no había cambiado. Por el Norte, Artigas seguía siempre batallando; por el Sud, Rivera mantenía aislado á Lecor. Las provincias argentinas seguían bajo la depen-

dencia de Artigas. Uno de sus comandantes, Estanislao López, que llegó á ser notable caudillo después, le obedecía en Santa Fe; otro teniente, Francisco Ramírez, operaba en Entre-Ríos.

En Febrero, dos hechos desgraciados, meramente casuales, ocurrieron á las diversas divisiones que obedecían á Artigas. El comandante Juan Antonio Lavalleja fué sorprendido por los portugueses, que lo tomaron prisionero, mandándolo á Río Janeiro; y el comandante Fernando Otorgués cayó también prisionero de una de las partidas portuguesas que operaba en el Este.

En tanto, Lecor en el Sud, y Curado en el Norte, habían podido comunicarse. La escuadrilla portuguesa, después de destruir las baterías de tierra que había hecho levantar Artigas en el Uruguay, pudo ponerse al habla con Curado por el río.

El 3 de Octubre de 1818, un hecho nuevo puso á prueba las condiciones notables del comandante Rivera. Al frente de 1,500 jinetes sostuvo la persecución de 3,800 hombres de caballería portuguesa, durante 60 kilómetros, perdiendo tan sólo 12 hombres. Á este hecho se le llama la retirada del Rabón.

Empero, la lucha no había decaído. Los años 18 y 19 los pasó Artigas en una guerra de recursos que aniquilaba á los portugueses.

En Diciembre del año 19, Artigas se internaba en el Brasil con 2,000 hombres de caballería, logrando sorprender á Abreu en Santa María y derrotarlo completamente.

Pero, al fin, esta lucha se tornó imposible. Acosados por los portugueses, tuvieron los orientales que retirarse á Tacuarembó. Obligados allí á presentar batalla, sus esfuerzos fueron ya inútiles y, después de haber rechazado distintas veces á los portugueses, se vieron precisados á retirarse. Sobre el campo de batalla encontraron los invasores, como únicos trofeos, 800 cadáveres de orientales. Ésta fué la última batalla que dió Artigas. Su estrella se había eclipsado. Entonces se retiró de la Banda Oriental y entró en las provincias argentinas que estaban bajo su protectorado; pero aquí recibió otro rudo golpe. Los antiguos aliados de Entre-Ríos y Santa Fe, no lo reconocieron como jefe. Su antiguo teniente, Francisco Ramírez, á quien Artigas había dado valimiento y significación, se rebeló contra él, y lo mismo el caudillo Estanislao López. Se libraron dos ó tres combates entre Ramírez y Artigas, pero este último fué vencido.

Entonces, derrotado por los portugueses en su país, y víctima de la traición de los gobiernos porteños y de sus mismos tenientes, se vió obli-

gado á internarse en el Paraguay, su antiguo aliado durante la estadía en el Ayuí.

El 23 de Septiembre de 1820 se presentaba Artigas en la Candelaria con 40 hombres, únicos restos de su antiguo poderío, pidiendo hospitalidad al dictador Francia, que gobernaba entonces el Paraguay. Pero antes de pasar el Paraná, se acordó de los orientales que habían caído prisioneros de los portugueses, y mandó, por un enviado, á Lavalleja, que estaba preso en la Isla das Cobras, 4,000 pesos, para que los repartiera entre todos.

El dictador Francia, una vez que Artigas llegó al Paraguay, lo confinó á la aldea de Curuguatí, distante 85 leguas de la Asunción. Artigas se dirigió á la residencia que le designaba el dictador. Allí se hizo labrador y cultivó la tierra, constituyéndose, como dice un autor, en padre de los pobres, después de haber sido el protector de los pueblos libres. Recibía de Francia 32 pesos mensuales, los cuales repartía entre los pobres del lugar, donde era tan amado y querido por su filantropía, como cuando sus ejércitos golpeaban las puertas de Buenos Aires y echaban abajo la dictadura de Alvear en 1815.

De este modo, Artigas vivió todavía 30 años, sepultado en las selvas del Paraguay, y entregado á los trabajos de campo. Un día, un viajero bra-

sileño, atraído por la celebridad del caudillo, llegó hasta su retiro, y, según dice aquél, Artigas le preguntó risueñamente:—¿Mi nombre suena en su país? y como el viajero contestara afirmativamente, dijo: *Es lo que me resta de tantos trabajos; hoy vivo de limosnas!*

El sabio Bompland también visitó al antiguo general, de quien sacó un retrato, que es el único que poseemos tomado del natural.

En el año 1846 fué traído Artigas á la Asunción por el gobernador López, que había sucedido á Francia [1]. Allí lo visitó el general José María Paz, célebre más tarde por sus hechos memorables.

El 23 de Septiembre de 1850, á los ochenta y seis años de edad, después de un ostracismo voluntario por más de treinta años, y de haber empleado la mayor parte de su vida en el servicio de la patria de que fué su único fundador, murió en la Asunción.

En el año 1856, durante la presidencia de Pereira, sus restos fueron traídos del Paraguay y enterrados en el Panteón Nacional, disponiendo el mismo gobierno que sobre la lápida se grabaran las siguientes palabras:

Artigas, fundador de la nacionalidad oriental.

(1) V. *La Prensa* de la Asunción del Paraguay. (26 de Septiembre de 1899.)—*Revista del Instituto Paraguayo.* (Número de Septiembre de 1899.)

CAPÍTULO X

SUMARIO: La dominación portuguesa. Congreso de 1821. Anexión al Reino Unido de Portugal. Independencia del Brasil; sus efectos en Montevideo. La cruzada de los Treinta y Tres. El gobierno provisorio. Declaratoria de la independencia é incorporación á las Provincias Unidas del Río de la Plata. Batallas del Rincón de las Gallinas y Sarandí. Cooperación que las Provincias Unidas prestan á los orientales. Guerra entre el Brasil y las Provincias Unidas. Combate del Juncal. Batalla de Ituzaingó. Campaña de las Misiones.

La guerra contra Artigas había concluído con la marcha de éste al Paraguay, donde se había asilado, según dijimos en el capítulo anterior. Posesionados los portugueses de la Banda Oriental, pensaron, ante todo, en pacificarla, venciendo la resistencia que oponían los habitantes de la campaña á la conquista.

La división del comandante Rivera, que se mantenía al Sud de la Banda Oriental, combatiendo siempre á los portugueses, fué la última en deponer las armas. En Marzo de 1820, Rivera se vió obligado por Lecor á someterse, cesando así toda resistencia en el territorio, después de una lucha desesperada contra el invasor, en la cual murieron más de 4,000 orientales. Lecor estableció en la Banda Oriental una especie de gobierno

dictatorial que él ejercía personalmente, dictando decretos y disponiendo á su arbitrio.

El futuro general Juan Antonio Lavalleja había vuelto ya del Brasil, donde se hallaba prisionero, según hemos dicho en el capítulo anterior.

Lecor, como medio de afianzar su dominación en la Banda Oriental, trató de dar empleos y puestos á casi todos los jefes que habían militado con Artigas, reconociéndolos en sus grados y distinciones. Lavalleja, los Oribe, Julián Laguna y muchos otros soldados de Artigas, fueron enrolados en las filas portuguesas.

En esta época (1821) quiso el gobierno de don Juan VI de Portugal, que el Estado Oriental tuviera un congreso propio, para resolver puramente las cuestiones internas de la provincia.

Las elecciones se realizaron, pero de un modo ilegal; pues Lecor impuso su voluntad para que salieran electos aquellos que él deseaba.

Uno de los primeros actos de este congreso, fué proclamar la incorporación del Estado Oriental al reino de Portugal. La Banda Oriental, por este acto, quedó unida á la nación portuguesa, cambiándose además el nombre de esta provincia por el de Estado Cisplatino ó Provincia Cisplatina.

La situación de Montevideo no cambió en lo

más mínimo después de la formación del congreso y de la incorporación á Portugal.

El gobierno despótico de Lecor y la dominación portuguesa habían levantado grandes resistencias en los orientales de Montevideo y el elemento nacional de la campaña. Los nativos en Montevideo empezaron á agitarse, oponiéndose á la política portuguesa. Fundaron una sociedad denominada "Caballeros Orientales", iniciando sus trabajos con propósitos subversivos.

Un suceso de gran trascendencia vino á turbar la monotonía de los hechos, durante el gobierno de Lecor.

El Brasil, á imitación de todas las colonias españolas en la América del Sud, se había rebelado contra Portugal, y, en Septiembre de 1822, se declaraba libre é independiente. La noticia de la revolución brasilera no tardó en llegar á Montevideo, donde, como era natural, causó gran inquietud. Desde luego produjo la división en el ejército portugués que ocupaba á Montevideo. Una parte, dirigida por el capitán general Lecor, no obedecía á otro mandatario que al nuevo emperador del Brasil, don Pedro I; á la vez que las tropas genuinamente portuguesas, al mando del brigadier Álvaro da Costa, no reconocían sino á don Juan VI de Portugal.

Lecor quiso imponer su voluntad y someter á Álvaro da Costa; pero, no habiéndolo conseguido, tuvo que huir á la campaña.

Entonces algunos orientales creyeron llegado el momento de tomar parte activa en la contienda, plegándose la sociedad de los «Caballeros Orientales» y otros patriotas á Álvaro da Costa, en defensa de Montevideo. En tanto, la campaña, bajo la presión de Lecor, se había decidido por este último. El 20 de Enero de 1823, Lecor se presentaba en Montevideo al frente de un ejército compuesto en su mayoría de brasileros y un corto número de orientales, poniéndolo en estado de sitio. Lecor estuvo asediando la plaza desde aquella fecha hasta Noviembre del mismo año. En este mes, la plaza, gobernada por don Álvaro da Costa, entró en negociaciones con Lecor, resultando de ellas que los portugueses se retirarían libres á su país, dejando la plaza en poder de Lecor.

La mayoría de los orientales que habían servido con Álvaro da Costa, tuvo que huir á Buenos Aires ó á las provincias argentinas. Por el contrario, Fructuoso Rivera, que se había mantenido fiel á los brasileros, fué ascendido á brigadier general por el emperador don Pedro I.

Poco tiempo después Lecor entraba en Mon-

tevideo, y en Mayo de 1824 se juraba en esta ciudad la constitución brasilera, pasando el Estado Oriental á ser una provincia sometida al emperador del Brasil, como cualquiera otra de las que componían aquel imperio.

Sin embargo, estos actos de reconocimiento no eran sino forzados. El espíritu de los orientales no había decaído en lo más mínimo, y todos deseaban ardientemente la incorporación de estos territorios á las Provincias Unidas. Esta idea llegó á formar poderoso partido, tanto en la Banda Oriental como en las provincias argentinas.

Ya en Mayo de 1823 se había intentado la sublevación del Estado Oriental, contando con la cooperación decidida del general Estanislao López, gobernador de la provincia de Santa Fe, y Montevideo había mandado sus diputados, los señores Luis Eduardo Pérez, Ramón Acha y Domingo Cullén, ante el gobierno de aquella provincia, para estipular los tratados de la alianza [1].

Sin embargo, todos estos planes fracasaron por completo, debido á la interposición de la provincia de Buenos Aires, cuyo gobierno, si bien participaba de las mismas ideas, parecía inclinado á

(1) Ramón Lassaga: *Historia del General López,* capítulo XX, página 278.

obtener la independencia oriental por la diplomacia en Río Janeiro.

Estas gestiones no dieron ningún resultado. En Febrero de 1824, el Brasil contestaba desconociendo todo derecho á la nación argentina sobre la Provincia Oriental.

Con todo, el gobierno porteño no creyó llegado el momento de declarar la guerra al Brasil, por más que el pueblo de Buenos Aires, y sobre todo la prensa, reclamaran esta guerra como una necesidad.

Los orientales amantes de la libertad de su patria quedaron abandonados á sus propios esfuerzos.

No por esto se desanimaron, ni decayó su espíritu.

En los comienzos del año 25, un grupo de patriotas reunido en la provincia de Santa Fe, concertaba una invasión al territorio oriental. Ellos eran: don Juan Antonio Lavalleja, don Pablo Zufriateguy, don Luis Ceferino de la Torre, don Manuel Lavalleja, don Simón del Pino y don Manuel Meléndez.

Á este primer grupo se unieron otros, llegando al número de treinta y tres los que debían hacer la cruzada redentora.

Después de haber dado aviso á los diversos

caudillos del país de los propósitos que abrigaban, y de haber hecho un acopio de armas, se embarcaron en dos lanchones en la costa de San Isidro (Buenos Aires), logrando reunirse el 15 de Abril de aquel año, después de haber pasado muchos trabajos, en la Isla del Brazo Largo, en el Uruguay.

En la noche del 19, los treinta y tres atravesaron el río, no sin que ocurriera el peligro de estar á punto de caer en poder de los barcos brasileros que recorrían la costa.

Lavalleja pisó el suelo de la patria el 19 de Abril de 1825 á las 11 de la noche, en la costa de la Agraciada, sobre el Arenal Grande [1].

(1) Formaban el grupo de los Treinta y Tres: el comandante en jefe, coronel don Juan Antonio Lavalleja; mayores, Manuel Oribe, Pablo Zufriateguy, Simon del Pino; capitanes, Manuel Lavalleja, Manuel Freire, Jacinto Trápani, Gregorio Sanabria; tenientes, Manuel Melendez, Atanasio Sierra, Santiago Gadea; alférez, Pantaleón Artigas; cadete, Andrés Spikerman; sargento, Juan Spikerman; cabo 1.o, Celedonio Rojas; baqueano, Andrés Cheveste; soldados, Juan Ortiz, Ramón Ortiz, Avelino Miranda, Carmelo Colman, Santiago Nievas, Miguel Martínez, Juan Rosas, Tiburcio Gomez, Ignacio Núñez, Juan Acosta, José Leguizamón, Francisco Romero, Norberto Ortiz, Luciano Romero, Juan Arteaga, Dionisio Oribe, Joaquín Artigas. (Lista de los Treinta y Tres, publicada por la Inspección General de Armas. Es la misma, y concuerda con la que publicó el sargento mayor P. P. Bermudez en *La Nación* del 5 y 6 de Febrero de 1855, en las notas que siguen á su drama titulado «Un Oriental». De ambas se sirvió el doctor Luis Melián Lafinur para publicar la verdadera lista, cuando hace algunos años escribió un estudio sobre la verdadera nómina de los Treinta y Tres.)

Lavalleja proclamó á sus compañeros diciéndoles que « había llegado el momento de redimir la amada patria de la ignominiosa esclavitud en que había gemido por tantos años, y elevarla, con sus esfuerzos, al grado eminente que le reservaba el destino, entre los pueblos libres del Nuevo Mundo [1]. »

Sobre el grupo flameaba la bandera tricolor, compuesta de tres fajas horizontales, azul, blanca y colorada, con el lema siguiente: « Libertad ó muerte ».

En la mañana del 20, la pequeña columna se ponía en marcha hacia San Salvador, uniéndosele en el camino muchos partidarios. En este punto Lavalleja tuvo el primer encuentro con un destacamento brasilero mandado por el coronel oriental Julián Laguna; logrando, después de un pequeño combate, ponerlo en dispersión.

Muchos orientales se pasaron á la causa de los patriotas, haciéndolo el mismo coronel Laguna, algunos días más tarde.

Después de este hecho de armas, la columna libertadora se puso en marcha hacia el Durazno, donde se sabía que estaba Fructuoso Rivera, entonces al servicio del Brasil, con un grupo de

(1) *El Argentino* (15 de Mayo de 1825).

hombres. Por medio de un ardid, Lavalleja logra apoderarse de la persona del general Rivera, y éste, encontrándose en medio de sus antiguos compañeros de armas, se decide con entusiasmo por la causa de la libertad. Desde entonces, Rivera, al frente del ejército oriental, comparte con Lavalleja todos los trabajos y fatigas de aquella azarosa é inmortal campaña.

En pocos días, gracias al prestigio de sus dos valientes jefes, Lavalleja y Rivera, queda el territorio oriental completamente sublevado.

Algunos felices sucesos de armas, como la captura del coronel Borba y la incorporación del comandante Calderón al frente de 180 hombres, remontan las huestes de la patria á algunos centenares de patriotas.

En tanto, Rivera sublevaba los departamentos del Norte y Lavalleja los del Sud.

El 4 de Mayo de 1825, quince días después de haber invadido los Treinta y Tres, una columna de patriotas compuesta de 80 hombres, clavaba el pabellón tricolor en la cumbre del Cerrito de la Victoria, frente á las murallas de Montevideo, defendidas entonces por más de 5.000 imperialistas. En la mañana del 5, éstos, en número de 1.500 hombres, con cuatro piezas de artillería, intentan una salida; pero después de serios

tiroteos con los patriotas, mandados por don Manuel Oribe, se ven obligados á retirarse y guarecerse dentro del recinto fortificado.

Es de admirar la rapidez con que se verificó esta primera parte de la campaña, y la actividad con que maniobraron las fuerzas de la patria. El Brasil contaba con cerca de 20.000 soldados aguerridos dentro del territorio oriental, al efectuarse el pasaje de los Treinta y Tres, y, quince días más tarde, apenas podía disponer de uno que otro punto en el país, en que dominaran sus armas.

Los patriotas que se hallaban encerrados en la plaza eran víctimas de las persecuciones de las autoridades del Brasil; pero muchos de ellos lograron fugar, yendo á engrosar las fuerzas de la patria. Fué de este número el comandante don Tomás Burgueño, que se incorporó á la división de Lavalleja con 300 hombres.

Sublevada la campaña y armados sus vecinos con armas que se enviaban de Buenos Aires, compradas ó conseguidas allá por intermedio de un comité revolucionario presidido por don Pedro Trápani, los brasileros se vieron reducidos á los estrechos límites de Montevideo y la Colonia.

En esta situación, Lavalleja, contando con sus elementos y con la opinión del pueblo argentino,

y sobre todo con la prensa de Buenos Aires, se decidió á instalar un gobierno provisorio que rigiera la Provincia Oriental. Éste se instaló el 14 de Junio de 1825 en la villa de la Florida, bajo la presidencia de don Manuel Calleros.

Uno de los primeros actos del gobierno provisorio fué conferir á Lavalleja el grado de brigadier y comandante en jefe de las divisiones orientales, y á Rivera el mismo grado é inspector general de armas. Poco después, el mismo gobierno provisorio invitaba á los pueblos de la Banda Oriental á reunirse en una Asamblea General.

El 25 de Agosto de 1825, reunidos los representantes de todos los pueblos de la Banda Oriental en la Villa de la Florida, acuerdan solemnemente: *Declάranse írritos, nulos y disueltos para siempre, todos los actos de incorporación, reconocimientos, aclamaciones y juramentos arrancados á los pueblos de la Provincia Oriental por los poderes de Portugal y Brasil desde el año 17, reasumiendo, en consecuencia, la Provincia Oriental, la plenitud de sus derechos, libertades y prerrogativas inherentes á los demás pueblos de la tierra, declarándose de hecho y de derecho libre é independiente del rey de Portugal, del emperador del Brasil y de cualquier otro del Universo, y con am-*

plio y pleno poder de darse la forma de gobierno que en uso y ejercicio de la soberanía estime conveniente.

Á esta declaratoria de independencia se siguió otra, proclamando la incorporación de la Banda Oriental á las demás del territorio de las Provincias Unidas del Río de la Plata.

La noticia de la instalación del gobierno provisorio y los rápidos avances de la revolución, habían alarmado seriamente al gobernador de Montevideo, general Lecor, el cual pidió con toda urgencia refuerzos á Río Janeiro y á Río Grande, saliendo de esta provincia diversas divisiones que, á mediados de Agosto, ya franqueaban las fronteras orientales.

Una de estas divisiones, al mando del general Abreu, se había internado en el territorio, vadeando el río Negro, y había ocupado militarmente el pueblo de Mercedes, acampando en sus alrededores.

Rivera, que se hallaba con su división por aquellos parajes, desprendió un grupo de fuerzas al mando del comandante Servando Gómez y Felipe Caballero, con la orden de atacar á Mercedes, como así lo hicieron, apoderándose, después de un reñido combate, de esta importante villa el 22 de Agosto de 1825. Los orientales hicieron en

esta acción cerca de 35 prisioneros al enemigo (1).

Otra columna brasilera, al mando de Bentos Manuel, marchaba al Norte del río Negro, sobre el Uruguay, con ánimo de sorprender á Lavalleja en su cuartel general; pero Rivera le salió al encuentro, y, aunque fué derrotado en el Águila (4 de Septiembre), dejó á Bentos Manuel en la imposibilidad de moverse (2).

Los brasileros guardaban en el Rincón de Haedo numerosas caballadas, dando esto motivo á que Rivera determinara dar un golpe con el propósito de apoderarse de ellas. En la madrugada del 24 de Septiembre, el general Rivera, al frente de 250 hombres, sorprende las guardias brasileras que custodiaban las caballadas, y se apodera así de cerca de 8.000 caballos. Estaba en esta operación, cuando se presenta de improviso en el campo de acción el coronel Gerónimo Gómez Jardim, al frente de 700 enemigos. En esta situación, viendo Rivera lo crítica que era ella, sin fijarse en la inferioridad de sus tropas, se lanza violentamente sobre las fuerzas brasileras, las cuales son sableadas y puestas en fuga.

El resultado de este combate fué que queda-

(1) Parte del combate, pasado por Rivera al general Juan Antonio Lavalleja, publicado por *El Argentino* el 27 de Agosto de 1825.

(2) Carta del general Rivera al coronel B. Quinteros, en la cual relata el combate del Aguila. (N. A.)

ran 100 muertos en el campo de batalla, 300 prisioneros, 1.500 armas de todas clases y un número considerable de municiones, á más de todas las caballadas [1]. Algunos días después de esta memorable acción, Rivera se reunía con Lavalleja, formando un total de 2.000 hombres, con los cuales se dirigieron al encuentro de una fuerte división enemiga de caballería, al mando de los coroneles Bentos Manuel y Bentos González.

En la mañana del 12 de Octubre de 1825, las fuerzas contendientes se encontraron en los campos del Sarandí. Ambos ejércitos, oriental y brasilero, tenían más ó menos el mismo número de fuerzas, 2.000 hombres, en su mayor parte de caballería.

El general Lavalleja dividió su ejército: dió el comando de la izquierda, compuesta del regimiento de dragones de la Unión, al mando del coronel Andrés Latorre, y las milicias del Yí y del río Negro, al mando del coronel Julián Laguna, al general Rivera.

El centro, compuesto de los escuadrones de dragones libertadores y una compañía de drago-

(1) Parte general de la acción, pasado por el general Rivera al general Lavalleja, publicado en *El Argentino* en Octubre de 1825. — Oficio del general Rivera al general Lavalleja; 25 de Septiembre de 1825. (Archivo de la Inspección General de Armas.)

nes mandada por el capitán Bernabé Rivera, al coronel don Manuel Oribe.

La derecha, compuesta por los escuadrones de húsares orientales, al mando del coronel Gregorio Pérez, y las milicias de Canelones, al mando del sargento mayor Simón del Pino, al coronel jefe de Estado Mayor Pablo Zufriategui.

La reserva, compuesta de las milicias de Maldonado, al mando del coronel Leonardo Olivera, y las de San José, al mando del coronel Juan José Quesada, al mismo coronel Leonardo Olivera.

Además de estas fuerzas, se encontraban diseminadas: á la derecha, una compañía de tiradores de Maldonado, mandada por el capitán don Francisco Osorio, con una pieza de artillería, dirigida por el teniente José Joaquín Olivera, y á la izquierda otra compañía de tiradores, al mando del capitán Adrián Medina.

En este orden los orientales esperaron á los brasileros, cargando con bravura ambos combatientes á un mismo tiempo. Durante muchas horas no se oyó sino el choque de armas blancas. Lavalleja había ordenado á sus soldados: *sable en mano y carabina á la espalda*, y éstos se batían heroicamente, acuchillando y arrollando á los escuadrones brasileros; los cuales, después de una

lucha larga y desesperada, se pronunciaron en completa derrota.

Sobre el campo de batalla dejaron los brasileros 400 muertos, 470 prisioneros de tropa, 52 oficiales, sin contar los heridos que más tarde se recogieron, más 2.000 armas, 10 cajones de municiones y todas sus caballadas.

Las pérdidas del ejército patriota consistieron en un oficial muerto y 13 heridos, 30 soldados muertos y 60 heridos [1].

La victoria del Sarandí, ganada con tanto heroísmo por los orientales, fué festejada ruidosamente en Buenos Aires, dando motivo á que su gobierno, que hasta entonces se había mantenido neutral en la lucha, se dispusiera á la declaración de guerra al Brasil.

El 1.º de Diciembre de 1825, el general Las-Heras, gobernador y capitán general de Buenos Aires, declaraba anexionada la Banda Oriental al territorio de las Provincias Unidas, aprontándose para la guerra é invitando á todas las provincias para formar un ejército, cuya base ya se tenía en el de la línea del Uruguay, al mando del general Martín Rodríguez [2].

(1) Parte general de la batalla del Sarandí. (Archivo de la Inspección General de Armas). — Hoja suelta publicada por *El Argentino* (en nuestro poder).

(2) Proclama del general Las-Heras, declarando la guerra al Brasil. (Archivo del general Laguna. — B. N.)

El Brasil contestó al decreto del 1.º de Diciembre con la declaración de guerra.

En los comienzos del año 26, el ejército auxiliar argentino vadeaba el Uruguay y se estacionaba en la costa de la Provincia Oriental, á la espera de nuevos contingentes de tropas que debían incorporarse antes de abrir campaña. Entre tanto, mientras estos sucesos se producían, las armas orientales obtenían nuevos triunfos en el territorio nacional.

El 1.º de Enero de 1826, el coronel Leonardo Olivera tomaba por asalto la fortaleza de Santa Teresa, apoderándose de más de 60 prisioneros. Otra división brasilera de 300 soldados, fué derrotada el 9 de Febrero por las fuerzas de Manuel Oribe, en las cercanías del Pantanoso, quedando muchos muertos en el campo de batalla. En Marzo de aquel año, Lavalleja sitiaba la Colonia, mientras por mar lo hacía la escuadra de Buenos Aires, mandada por Brown.

En Julio de 1826, el ejército auxiliar argentino, al mando del general Rodríguez, establecía su cuartel general en el Durazno.

Por este tiempo, el gobierno de Buenos Aires, presidido por don Bernardino Rivadavia, que había sucedido al general Las Heras, ordenó la sustitución del general Rodríguez por el general Alvear en el mando del ejército.

Alvear llegó al teatro de la guerra, asumiendo el mando de las tropas á fines de Agosto. Fué de sus primeras órdenes, fraccionar y dividir los cuerpos orientales que habían hecho toda la campaña anterior, disponiendo que los soldados orientales entraran llenando los claros en el ejército auxiliar.

Estas medidas originaron resistencias y sublevaciones por parte de los soldados y de muchos jefes subalternos, heridos en su amor propio con estas medidas.

Lavalleja creyó que este principio de desmoralización en el ejército oriental era fomentado ó por lo menos instigado por el general Rivera, y así lo hizo saber al general Alvear, el cual no tardó en comunicarlo á Buenos Aires.

El general Rivera recibió orden del gobierno de Buenos Aires de presentarse inmediatamente en aquella capital, siendo separado del mando de las fuerzas que tenía á su cargo [1]. Esta conducta de Alvear ocasionó una insurrección general del partido riverista, siendo, no obstante, contenida después de algún tiempo, sin mayor derramamiento de sangre.

Alvear fué reconocido como general en jefe del

(1) Carta del general Rivera al gobernador de Entre - Ríos, general Estanislao López, explicando su separación del ejército. (Archivo de la Inspección General de Armas.)

ejército oriental-argentino, consiguiendo entonces la organización definitiva de las tropas.

Se dividieron éstas en tres cuerpos: la vanguardia, al mando del general Lavalleja; el grueso del ejército, al mando del mismo general Alvear, y la retaguardia, á las órdenes del general Soler.

En este orden, el ejército oriental-argentino rompió la marcha, saliendo de su cuartel general en los últimos días de Diciembre de 1826.

El Brasil, por su parte, así que tuvo noticias de los aprontes que hacían los aliados, empezó á reconcentrar todas sus tropas al Sud de Río Grande, llegando á formar un numeroso ejército que puso al mando del marqués de Barbacena. Este ejército fué organizado bajo la inspección del mismo emperador del Brasil don Pedro I, que había venido á Río Grande expresamente con ese objeto.

Á mediados de Enero de 1827, la vanguardia de Lavalleja pisaba el territorio brasilero, esperando entonces, según las órdenes recibidas, la reunión de las demás divisiones del ejército.

Alvear abrió la marcha de nuevo, determinando apoderarse del pueblo de Bagé, donde el Brasil tenía gran cantidad de municiones y provisiones de boca. La infantería argentina del tercer cuerpo recibió órdenes de verificar la ocupación del pue-

blo, lo cual efectuó en seguida, pues éste se hallaba completamente abandonado por sus habitantes.

La toma de Bagé fué señalada tristemente por el saqueo horroroso que se cometió en las casas del vecindario, entregándose los soldados del ejército de Alvear al robo y al pillaje.

Después de este suceso, el ejército de Alvear se dirigió al encuentro directo de las tropas brasileras al mando de Barbacena, las cuales habían recibido la incorporación de una fuerte columna alemana al mando del general Brown.

En los primeros días de Febrero, el ejército de Alvear obtuvo algunas ventajas sobre los enemigos, librándose algunos combates de importancia, precursores de una gran batalla.

Éstos fueron los combates de Bacacay (13 de Febrero), en que el coronel argentino Juan Lavalle derrotó completamente una columna brasilera, y del Ombú (16 de Febrero), en que el coronel Mansilla vencía á otra columna enemiga [1].

Durante los días subsiguientes, los dos ejércitos se buscaron para librar una batalla campal.

En la madrugada del 20 de Febrero de 1827, el ejército de Alvear y el del marqués de Barbacena se encontraban en la llanura de Ituzaingó.

(1) *Boletín del Ejército Republicano.*

El ejército oriental-argentino se componía de 6.236 hombres [1] y el brasilero de 9.000 próximamente.

La división de Lavalleja fué la primera en entrar en pelea, arrojándose con un valor heroico sobre las filas brasileras, empeñándose entonces la batalla por ambas partes con tenacidad y decisión. El combate se hizo general en toda la línea; la infantería alemana y la artillería del ejército brasilero hacían grandes claros en los escuadrones del ejército nacional. Entre tanto, el general Lavalle con su división había arrojado fuera del campo de batalla á la caballería brasilera.

Sin embargo, estos últimos parecían triunfar en el centro y en la derecha. Alvear, alarmado, manda entonces á las divisiones de Paz y Brandzen, que estaban en la reserva, cargar sobre el enemigo. El coronel Brandzen, víctima de una orden hasta

(1) La línea de batalla del ejército oriental-argentino fué formada del siguiente modo: á vanguardia al general Lavalleja con las divisiones principales de caballería, más atrás formaba la división del coronel oriental Pablo Zufriategui, compuesta de los regimientos 8 y 16 de lanceros, mandados por el coronel Olavarría, y del escuadrón de coraceros del comandante Medina. Las divisiones de retaguardia, al mando del general Soler, formaban hacia un lado, apoyándose en unas alturas, y de otro uniéndose con la división de Zufriategui, quedando además hacia la derecha, á retaguardia, la división del coronel Juan Lavalle. Componían la reserva las divisiones de Paz y Brandzen. (Tomado del *Boletín del Ejército Republicano.*)

cierto punto injustificada del general en jefe, cayó atravesado por las balas delante de los cuadros enemigos. En este momento, las divisiones de Olazábal, Alegre y la del coronel oriental Leonardo Olivera, derrotaban por la izquierda á los coraceros alemanes de la caballería brasilera.

En la derecha, las divisiones orientales, al mando de Manuel Oribe, Servando Gómez y Medina, se cubrían de gloria, combatiendo heroicamente y haciendo retroceder á los enemigos. Iniciada la derrota en la caballería enemiga, no tardó ésta en llevar el desaliento y el pánico á la infantería, la cual, desmoralizada por el contraste de las caballerías, se puso en completa dispersión.

La batalla había durado seis horas, al fin de las cuales el ejército imperial de Barbacena se puso en retirada, abandonando el campo.

En esta acción quedaron tendidos 1.200 cadáveres del ejército enemigo, entre ellos el del general Abreu, y 500 del ejército oriental-argentino. En poder de estos últimos quedaron igualmente gran cantidad de prisioneros, todo su armamento, parque, bagajes, dos banderas, 10 piezas de artillería, la imprenta de campaña, etc. [1]

El triunfo de Ituzaingó, así como el éxito final

(1) Parte general de la batalla, pasado por el general Alvear al gobierno de Buenos Aires y publicado en el *Boletín del Ejército Republicano*.

de la lucha, se debió exclusivamente á la composición de las tropas, cuyos jefes, siendo los más experimentados de los de las guerras de la independencia de América, afianzaron, con sólo su presencia, el término feliz de la campaña contra el Brasil.

En tanto, á la vez que el ejército imperial era derrotado en Ituzaingó, la escuadra brasilera, compuesta de 17 naves, era deshecha en el Juncal por la argentina, al mando del almirante Brown, siendo apresados varios de los buques, y otros incendiados por sus tripulantes (9 de Febrero de 1827).

Poco después tuvieron lugar nuevos combates marítimos, en los cuales la escuadra argentina quedó victoriosa. Éstos fueron el combate de Patagones (7 de Marzo), y el de Punta de Santiago (6 de Abril).

En el Norte, el triunfo de Ituzaingó había dejado expedita y libre de enemigos toda aquella zona, pero la ausencia de elementos de movilidad impidió por mucho tiempo que el ejército oriental-argentino siguiese la campaña, viéndose aún en la necesidad de retroceder al Sud.

Recién en Abril, Alvear se decidió de nuevo á emprender la lucha, apoderándose por segunda vez del pueblo de Bagé.

El 22, el general Lavalleja fué destacado con 300 hombres contra una división de 1.600 soldados de caballería, al mando del general Barreto. Lavalleja, en unión con las divisiones de Paz y de Mansilla, consigue derrotarlos completamente en Camacuá, después de un recio combate. Sin embargo, aun cuando el ejército republicano había obtenido una serie de victorias consecutivas sobre el imperial, el mantenimiento de la guerra con el Brasil se tornaba cada vez más imposible para Buenos Aires, que, en pugna con las provincias interiores, y anarquizada por las luchas incesantes de los unitarios contra los federales, carecía de recursos para soportar las necesidades de la guerra.

En esta situación, el presidente Rivadavia comisionó á don Manuel José García para que negociara la paz con la corte del Brasil.

García fué á Río Janeiro con el propósito de negociar la paz, firmando un tratado preliminar, por el cual cesarían inmediatamente las hostilidades; el ejército argentino auxiliar evacuaría el Estado Oriental, y éste seguiría formando parte integrante del imperio del Brasil, aun cuando se le daría una forma de gobierno propia á sus costumbres y á la clase de sus habitantes [1].

(1) Exposición que hace don Manuel José García sobre esta negociación, publicada en *El Avisador Universal*, el 6 de Julio de 1827.

Apenas se tuvo conocimiento en Buenos Aires, la negociación estipulada fué rechazada en todas sus partes por el gobierno de Rivadavia.

Durante todo el año 27, la guerra con el Brasil siguió con ardor, aun cuando el ejército republicano no podía empeñar una campaña decisiva, por la carencia de recursos en que se encontraba. El marqués de Barbacena, general en jefe de las fuerzas imperialistas, fué sustituído por el vizconde de la Laguna, y á su vez el general Alvear fué retirado á Buenos Aires, siendo nombrado jefe de todas las fuerzas el general Lavalleja.

En este puesto, Lavalleja dirigió toda la campaña de los años 27 y 28, aunque sin empeñar combates de importancia, por las razones aducidas anteriormente.

Al expirar el año 27, la situación de Buenos Aires y de las demás provincias argentinas se hacía cada vez más crítica. La guerra con el Brasil absorbía y debilitaba á Buenos Aires, en tanto que ésta se veía impotente para dominar la anarquía que devoraba á las provincias del interior.

El presidente Rivadavia había renunciado en Julio de 1827, sustituyéndolo el doctor don Vicente López, interinamente, y el 13 de Agosto, en carácter definitivo, el coronel Manuel Dorrego.

En esta situación, el gobierno de Buenos Aires se decidió á intentar un avenimiento con el Brasil, por más que el estado de la guerra, debido á la inercia del ejército republicano, no lo autorizaba para poder celebrar una paz honrosa. En efecto, Lavalleja, al frente del ejército oriental-argentino, después de haber pasado largo tiempo en Cerro-Largo, se puso en marcha para el Brasil recién en los comienzos del año 28.

Un suceso memorable por su gran trascendencia política, y por la audacia de los que lo llevaron á cabo, vino á activar de una manera efectiva la celebración de la paz, obligando al emperador don Pedro á firmarla en las condiciones que exigía Buenos Aires. Tal fué la conquista de las Misiones.

El general Rivera, que desde las disensiones en el ejército nacional en 1826, se había retirado á Buenos Aires, había permanecido en aquella ciudad durante el desarrollo de los sucesos que hemos mencionado.

Á mediados del año 27, el rumbo incierto que llevaban los acontecimientos, obligó al general Rivera á pasar á la provincia de Santa Fe, donde su gobernador, el general Estanislao López, de acuerdo con el gobernador Dorrego, de Buenos Aires, organizaba algunas fuerzas para emprender una campaña contra la provincia de Misiones.

En la imposibilidad Rivera de unirse á los aprestos que hacía López para la conquista de las Misiones, por razones únicamente políticas que no entramos á detallar, empezó á reunir elementos por su cuenta, y en los comienzos del año 28 atravesó el Uruguay, desembarcando en la costa de Soriano á la cabeza de 60 hombres [1], poniéndose inmediatamente en marcha hacia el Norte, con ánimo de entrar en el territorio brasilero.

De este modo, el general Rivera logró anticiparse á los trabajos del gobernador de Santa Fe, llegando á la frontera con un ejército que no bajaba de 1.000 hombres.

La noticia de que Rivera marchaba á la conquista de las Misiones llegó inmediatamente á Buenos Aires, donde su gobernador Dorrego, en la creencia de que la realización de la empresa traería odios y rivalidades entre el general Lavalleja y Rivera, ordenó la persecución de este último, comisionando al efecto al coronel don Manuel Oribe, al frente de su división [2].

Rivera logró burlar la persecución de que era objeto, entrando en el territorio brasilero y for-

(1) Santiago Bollo: *Historia de la República Oriental del Uruguay.*

(2) «Memorias de Puyrredón», tomo VI de *La Revista* de Buenos Aires.

mando un numeroso ejército con algunos santafesinos y correntinos que se le plegaron.

El 21 de Abril el ejército de Rivera pasa el río Haúm, donde el coronel Felipe Caballero, al frente de una división, logra dispersar completamente un destacamento brasilero.

En pocos días el general Rivera consigue apoderarse de diversos puntos importantes del territorio de las Misiones, incorporándosele nuevos contingentes. Rivera distribuyó su ejército en tres divisiones: la primera al mando del coronel Caballero, la segunda al mando de Bernabé Rivera y la última á sus inmediatas órdenes.

Caballero y Bernabé Rivera se apoderaron de los pueblos de San Francisco y San Borja, y la tercera división logró derrotar completamente un ejército mandado por el gobernador de las Misiones, Alencastre, el cual dejó en poder de Rivera gran cantidad de prisioneros, su armamento, caja de cuerpo, etc.

La noticia de estos éxitos fué comunicada por el vencedor al gobierno de Buenos Aires, siendo festejada en esta ciudad con salvas y repiques de campana.

CAPÍTULO XI

SUMARIO: La convención de 1828. Independencia de la Provincia Oriental. La Asamblea Constituyente. Jura de la Constitución. Primera presidencia constitucional. Segunda presidencia constitucional. Rozas. La Guerra Grande. Tratado de paz de 1851. Victoria de Caseros.

Coincidían estos últimos sucesos con la intervención de Inglaterra por medio de su representante en Río Janeiro, Lord Ponsomby, con el objeto de mediar entre el Brasil y la Argentina.

Las victorias de Rivera en las Misiones decidieron al emperador del Brasil á aceptar las proposiciones que le hacía Inglaterra. El representante de S. M. B. previno entonces al gobierno de Dorrego que debía enviar sus delegados, lo cual fué aceptado por este último. El 12 de Julio de 1828 se embarcaron para Río Janeiro los plenipotenciarios de Buenos Aires. Ellos eran don Tomás Guido y don Juan Ramón Balcarce.

Así que llegaron á Río Janeiro, presentaron las bases sobre las que se debía establecer la paz entre los dos países. Después de algunas deliberaciones, quedó ésta sancionada el 27 de Agosto de 1828.

Por las primeras cláusulas quedaba estipulado

que ambos países renunciaban á sus derechos sobre la Banda Oriental, debiendo formarse de esta provincia un estado libre é independiente, regido en la forma de gobierno que sus habitantes quisieran. Además, ambos países, Argentina y Brasil, se comprometían á garantir la integridad del nuevo estado durante el tiempo de cinco años. Mientras durase la entera desocupación de las fuerzas del Brasil, permanecerían en la Banda Oriental 1.500 soldados del ejército argentino.

En Septiembre se tuvieron noticias en Buenos Aires de la convención firmada en Río Janeiro, convocándose al congreso general de las provincias, siendo sancionada solemnemente por éste y ratificada por el gobierno el 29 de Septiembre del mismo año.

De este modo concluyó la guerra que los orientales habían iniciado en 1825, y que sostuvieron con tanta gloria, triunfando en Rincón y en Sarandí, y, ayudados por los argentinos, en Ituzaingó.

Al tenerse conocimiento en el Estado Oriental de la celebración de paz entre el Brasil y el gobierno de Buenos Aires, el general Lavalleja, gobernador general de esta provincia, ordenó á don Luis Eduardo Pérez, su delegado en el gobierno, llamara á una reunión á los representantes de todos los pueblos.

El 24 de Noviembre se instaló la Asamblea General Constituyente en el pueblo de San José, bajo la presidencia de don Silvestre Blanco, quien después de abrir el acto pronunciando un discurso lleno de palabras conceptuosas y patrióticas, declaró la necesidad que había de nombrar un gobernador general del nuevo Estado Oriental.

La opinión se dividía en dos candidaturas, la del general Lavalleja y la del general Rivera. Ambos tenían un prestigio inmenso en la campaña; ambos habían coadyuvado con sus esfuerzos á la obra de la libertad de su patria. La elección de cualquiera de los dos para la gobernación traería el descontento del otro partido, y quizá la guerra civil.

En esta emergencia, las cabezas dirigentes de los dos partidos buscaron en la persona del general Rondeau, que vivía en Buenos Aires, alejado de la política, una candidatura de transacción, siendo aceptada por la mayoría, resultando entonces electo gobernador del Estado.

Se nombró interinamente á don Joaquín Suárez gobernador, hasta que viniese á ocupar el puesto el general Rondeau.

Durante el interinato de Suárez se expidió un decreto, el 13 de Diciembre, por el cual se declaraban cesantes en su funcionamiento todas las

autoridades civiles y militares que dependieron del Brasil, tanto en Montevideo como en el resto del país.

Por su parte, la Asamblea General Constituyente decretó la formación del pabellón nacional, que se compondría de nueve fajas azul-celestes, sobre fondo blanco.

El 22 de Diciembre llegó Rondeau á Canelones y se hizo cargo del gobierno. Inmediatamente nombró para el puesto de Ministro de Gobierno y Relaciones Exteriores á don Juan Francisco Giró, tomando además otras medidas tendentes á la reorganización del nuevo país.

Las fuerzas argentinas se habían retirado ya del Estado Oriental, pasando á Buenos Aires. Sólo 1.500 hombres quedaron, según lo pactado, á la espera del completo desalojo por parte de las fuerzas del Brasil. Éstas desocuparon sucesivamente todos los puntos que tenían ocupados con sus tropas, haciendo lo propio de Montevideo el 18 de Diciembre de aquel mismo año.

En tanto, Rivera, que había recibido orden del gobierno interino de Suárez de retirarse de las Misiones, comenzaba sus marchas hacia el Sud, siendo seguido en su camino por todas las poblaciones de aquellos parajes, las cuales sumaban arriba de 10.000 almas.

La presencia de Rivera en la campaña oriental podía dar lugar á disturbios, por la política algún tanto difícil é incierta que seguía Rondeau; por lo cual se le ordenó á aquél detenerse en sus marchas, quedando en la frontera oriental en observación de la retirada de los brasileros.

Esta medida de Rondeau acalló los ánimos algún tanto exaltados de los lavallejistas, que creían que el gobernador era partidario de Rivera y que seguía su política.

Como se comprenderá, la situación del país, durante este período, era por demás crítica.

El gobernador Rondeau carecía de un carácter firme para poder dominar una situación difícil, como era sin duda aquélla. El país se levantaba recién de la guerra sostenida con el Brasil, y la lucha de dos partidos igualmente fuertes, el riverismo y el lavallejismo, auguraba una época de anarquía para el nuevo Estado.

Un decreto de Rondeau suprimiendo las comandancias de campaña, determinó la renuncia de todo el ministerio, no teniendo otro arbitrio el gobernador, para contener aquella crisis ministerial, que el de retirar el decreto, so pena de que estallara la guerra civil.

Durante los primeros meses de la gobernación de Rondeau se trató de establecer en el país to-

das las autoridades civiles y militares relativas á su organización. Así se trató de hacer un proyecto de constitución, que sirviera de carta orgánica del nuevo Estado.

La redacción de este proyecto fué encargada á una comisión formada por los más notables jurisconsultos, tardando cuatro meses la discusión completa en la Asamblea General.

Por fin, el 10 de Septiembre, fué solemnemente sancionada la Constitución del país, siendo objeto de elogios en nuestros días los constituyentes que formularon nuestra Carta fundamental, por los principios liberales que se proclamaban (1).

Á estas medidas, que tendían á la organización del nuevo Estado, se unieron otras de no menor importancia, como la reglamentación de la instrucción pública; se crearon diversas instituciones de salubridad, de agricultura, de industrias, etc. Estas disposiciones satisficieron la ansiedad que tenía el país sobre la buena marcha de la ad-

(1) La Asamblea General era compuesta por el presidente Silvestre Blanco y los representantes Gabriel A. Pereira, Cristóbal Echevarriarza, Cipriano Payán, Juan P. Laguna, Pedro F. Berro, Julián Álvarez, Juan Benito Blanco, Pedro P. Sierra, Manuel Haedo, Juan María Pérez, Jaime Zudáñez, José Vázquez Ledesma, Juan F. Zubillaga, José Ellauri, Joaquín A. Muñoz, José B. Pereira de la Luz, Francisco A. Vidal, Alejandro Chucarro, Miguel Barreiro, Ramón Massini, Lorenzo J. Pérez, Santiago Vázquez, Antonio D. Costa, Manuel Vicente Pagola, Solano García, Lázaro Gadea, Francisco García Cortina y Luis Lamas.

ministración de Rondeau, aunque no respecto á la situación política, que era bastante crítica. El partido lavallejista, que dominaba más bien en la Asamblea, ponía toda clase de obstáculos al gobierno, por creer á Rondeau partidario del riverismo.

Un decreto de Rondeau nombrando á Rivera jefe de Estado Mayor, levantó una formidable grita en el partido del general Lavalleja.

El gobernador Rondeau creyó acallar los ánimos nombrando á Lavalleja sucesivamente en el puesto de Rivera, y más tarde Ministro de la Guerra, al mismo tiempo que nombraba comandante general de campaña al general Rivera.

Sin embargo la Asamblea General Constituyente, compuesta, como hemos dicho ya, por personas de filiación lavallejista, se había puesto en pugna abierta contra la autoridad de Rondeau, llegando esta Asamblea á tomar pie de un suceso insignificante, para deponer al general Rondeau del puesto de gobernador.

Rondeau se retiró del gobierno, considerándose impotente para luchar con la Asamblea, dejando que ésta nombrara un sucesor en la gobernación, que lo fué el general Lavalleja.

Rivera, que apoyaba á Rondeau, al tener conocimiento de su separación del gobierno, empezó á

hacer reuniones en campaña, protestando abiertamente contra el proceder de la Asamblea.

Con fecha 30 de Mayo de 1830, Lavalleja destituyó del puesto que tenía al general Rivera, saliendo él mismo á campaña con el propósito de someterlo, lo mismo que á los soldados que lo siguieran.

En esta situación, y cuando ya los dos caudillos se preparaban á librar combate, los gobiernos de Buenos Aires y el Brasil, obligados á intervenir en estos casos durante los cinco primeros años, mediaron entre los dos jefes, acordando que Lavalleja, lo mismo que Rivera, quedarían el uno como gobernador, y el otro en el puesto de comandante general de campaña, hasta la organización definitiva del Estado. En los primeros días de Julio habían llegado á Montevideo los comisionados que se habían enviado á Buenos Aires y á Río Janeiro con la Constitución del país, para que fuera aprobada por ambos gobiernos. Los plenipotenciarios venían con la completa aprobación de los dos poderes.

En consecuencia, lo único que faltaba era que el pueblo de Montevideo la sancionara y la jurara.

El 18 de Julio de 1830, el pueblo oriental, reunido en la Plaza Matriz (hoy Constitución), juró solemnemente la nueva Constitución del Estado,

celebrando este fausto acontecimiento con toda clase de fiestas populares, salvas de artillería, cohetes y repiques de campanas.

De este modo quedó el país reconstituído bajo sólidas bases, después de una guerra que tantos sacrificios le había costado, llamándose á comicios al país, de acuerdo con la Carta Fundamental recién sancionada.

El 24 de Octubre se reunió la primera Asamblea Legislativa que tuvo la República, siendo nombrados los ciudadanos don Luis Eduardo Pérez y don Francisco Antonino Vidal respectivamente para los cargos de presidente de la Cámara de Senadores y presidente de la de Diputados.

Inmediatamente se pasó á proceder á la elección para Presidente constitucional de la República. Dos eran las candidaturas que se presentaban para ocupar el elevado puesto: la del general Lavalleja y la del general Rivera; los dos con iguales títulos y con iguales méritos. Sin embargo, la Asamblea, después de algunas deliberaciones, eligió al general Rivera, por gran cantidad de votos, primer Presidente constitucional.

El 6 de Noviembre, Rivera, que había venido expresamente de campaña, se recibió del mando, teniendo lugar con este motivo un solemne Te-Déum en acción de gracias por el establecimiento

completo de la República [1]. La situación del país en aquella época no era de las más claras, y no bastaba tan sólo la buena voluntad para poder gobernar.

El lavallejismo, desde que se vió privado de llevar á sus prohombres á los primeros puestos públicos, se declaró en completo desacuerdo, criticando fuertemente todos los actos del gobierno é incitando á muchos elementos díscolos que se hallaban diseminados en el interior de la campaña, á levantarse en armas en contra del gobierno.

Las últimas tribus charrúas que todavía merodeaban en el Norte del Estado Oriental, fueron las primeras que se levantaron en armas, iniciando una serie de correrías y poniendo en sobresalto á los vecinos de la campaña.

Evidentemente esta sublevación no tenía nada que ver con el grupo lavallejista que se agitaba en Montevideo, y estaba desligada igualmente de los sucesos que se produjeron el año 32 y posteriormente.

El Presidente Rivera, al tener noticias del levantamiento de los charrúas, salió de Montevideo, y después de una corta campaña, logró derrotarlos,

(1) A. D. P.: *Historia de la República Oriental del Uruguay.*

primero en Salsipuedes (12 de Abril de 1831)[1], haciéndolo del mismo modo, posteriormente, uno de sus oficiales, en el río Cuareim.

Después de esta sublevación, el país volvió á la paz, que no fué alterada durante todo el año 31.

Sin embargo, el partido lavallejista, siempre en pugna con el poder, preparaba una gran revolución, para dar en tierra con el gobierno constitucional.

Á mediados de Mayo de 1832 llegó á Montevideo la noticia de que los indios misioneros de un pueblo del Norte, la Bella Unión del Cuareim, se habían levantado en armas al frente de sus caudillos, los indios Comandiyú, Tacuabé, Lorenzo el Baqueano y el brasilero Ramón Sequeira [2].

El Presidente Rivera ordenó al coronel Bernabé Rivera que saliera con su división y les presentara combate. Bernabé Rivera logró alcanzarlos y derrotarlos completamente en el arroyo de Tacuarembó, el 5 de Junio de 1832 [3]. Sin embargo, esta victoria la alcanzaron los vencedores á costa de pérdidas muy sensibles. El valiente coronel Rivera, persiguiendo á los fugitivos de este combate,

(1) Parte del combate de Salsipuedes pasado por Rivera al gobierno, publicado en *El Universal* del 18 de Abril de 1831.

(2) Archivo del general Julián Laguna (Biblioteca Nacional), tomo II.

(3) Boletín de *El Universal*, del 15 de Junio de 1832.

encontró la muerte en una emboscada preparada por los indios, en el paraje conocido por *Yacaré-Cururú* (15 de Junio de 1832) [1].

Casi al mismo tiempo que ocurrían estos sucesos, tenía lugar también la sublevación del comandante Santana y del capitán Ojeda, en el propio cuartel general de Rivera, á orillas del río Yí, atentando los insurrectos contra la persona del Presidente de la República, el cual logró escapar de caer prisionero, atravesando á nado el caudaloso río Yí. Mientras tanto, en Montevideo, el partido lavallejista, aprovechándose de la ausencia del Presidente de la nación, llevaba á cabo un motín cuartelero.

En la noche del 2 al 3 de Julio, el coronel Eugenio Garzón, á la cabeza de algunos cuerpos de la guarnición, proclama al general Lavalleja gobernador del país, desconociendo completamente la autoridad del Presidente legal.

El general Rivera, que desde el principio de la lucha estaba en campaña, había logrado formar un ejército de más de 2.000 hombres, con los cuales buscaba á las huestes de Lavalleja para presentarles combate.

Hemos dicho más arriba, que, en Montevideo,

(1) Junto con él encontraron la muerte del mismo modo, el teniente coronel Pedro Bazán y el teniente Roque Viera.

los jefes sublevados habían depuesto la autoridad constitucional. Sin embargo, no se había podido conseguir que todo el pueblo de Montevideo aceptara de buen grado el nuevo orden de cosas.

En efecto, apenas estallado el motín, se verificó una reacción favorable al régimen constitucional caído.

El 5 de Agosto se efectuó un movimiento revolucionario en las calles de la ciudad, sucediéndose en los días siguientes una serie de tumultos que dieron por resultado el restablecimiento de la autoridad constitucional. El día 14 de aquel mismo mes, el Presidente del Senado don Luis Eduardo Pérez se hacía cargo de la autoridad constitucional.

Fueron autores de esta reacción, don Luis Eduardo Pérez y, muy principalmente, el Ministro general don Santiago Vázquez.

En la campaña, Rivera, después de haber remontado considerablemente su ejército, fué al encuentro, como hemos dicho ya, de las divisiones que obedecían á Lavalleja. Los revolucionarios, luego que hubieron visto fracasar el movimiento que se había operado en Montevideo, se retiraban al Norte, con ánimo de pasar al Brasil.

El 18 de Septiembre de aquel año, las fuerzas legales, al mando del Presidente Rivera, logran alcanzar, en el paraje denominado Tupambay, al ejér-

cito revolucionario de Lavalleja. Se empeña el combate, y después de una lucha heroica por ambas partes, queda la victoria por las armas legales.

Lavalleja, al frente de un pequeño grupo de sus soldados, es obligado á trasponer las fronteras del Brasil.

Con la derrota de Tupambay y el sometimiento de algunas partidas revolucionarias que se hallaban diseminadas en el territorio de la República, quedó terminada la revolución, volviendo el país á la paz.

No obstante, el lavallejismo no se dió por vencido, y, al año siguiente, el coronel argentino Manuel Olazábal, al frente de un grupo revolucionario, franqueaba las fronteras del Estado Oriental. Este movimiento no tuvo importancia alguna. El general Rivera, que salió á su encuentro, logró derrotarlo en el Paso de la Cruz, sobre el Yaguarón, cuando ya trasponía de nuevo las fronteras (Abril de 1833). De mayor trascendencia fué el que inició en 1834 el mismo general Lavalleja, desembarcando en el departamento de Soriano, en las Higueritas, al frente de 60 hombres (14 de Marzo de 1834) [1].

(1) *La Revista de 1834.*—Boletín oficial publicado por el mismo periódico. (En nuestro poder.)

Esta revolución pudo tener importancia; pero desgraciadamente para los revolucionarios, la actividad desplegada por algunos jefes de las fuerzas legales que se hallaban destacados en esos departamentos, obligaron al general Lavalleja á tener que emprender una retirada vertiginosa hacia el Norte, sin darle tiempo á que reuniera nuevos parciales.

Algunos días más tarde, los revolucionarios se veían en la necesidad de pasar el Cuareim, internándose en el Brasil, no sin antes haber experimentado algunas bajas, en un combate tenido con las fuerzas del gobierno en el paso del Correntino, sobre el río Negro.

Ésta fué la última de las revoluciones lavallejistas.

En poco tiempo la tranquilidad quedó restablecida en toda la campaña oriental, y Rivera terminó su período presidencial en una completa paz.

El único enemigo que podía tener entonces este país, era el gobernador de Buenos Aires don Juan Manuel de Rozas, pues aunque la República Argentina y el Brasil estaban obligados á proteger al Estado Oriental durante cinco años, según la convención de paz del año 28, Rozas tradujo esa obligación en el sentido de anarquizar el país, poner trabas al gobierno y fomentar

revoluciones. Así el lavallejismo contó entre sus aliados al gobernador de Buenos Aires, el cual siempre le facilitó recursos para pasar en son de guerra al Estado Oriental. El tiempo presidencial de Rivera se había terminado en Octubre de 1834, y éste, al llegar la época fijada, entregó el mando al presidente del Senado don Carlos Anaya, hasta Marzo del siguiente año, fecha en que se debía elegir Presidente de acuerdo con la Constitución.

Durante la Presidencia de Rivera la población de la naciente República aumentó considerablemente, pues á principios de 1835, los datos sobre estadística que se poseen, daban un aumento considerable en la población de Montevideo, sobre todo en la corriente inmigratoria.

La Asamblea General nombró como segundo Presidente de la República al general don Manuel Oribe. El nombramiento de Oribe fué bien recibido en todo el país, y su elevación al gobierno fué mirada por los partidos que entonces se agitaban en la República, de un modo favorable á los intereses del Estado. Oribe era bien visto por los lavallejistas y á la vez su candidatura había sido apoyada por el riverismo.

Oribe trató en un principio de dar nuevos impulsos á los progresos del país, cubriendo las deudas contraídas en la anterior administración,

y gobernando con prudencia y honradez; mas luego, quizás influenciado por las ideas de Rozas en Buenos Aires, cometió actos abusivos, como la supresión de la libertad de imprenta, el destierro de algunos ciudadanos que se opusieron por la prensa á su política, y el cambio inmotivado de todos los funcionarios de alguna importancia de la antigua administración.

Estos hechos dieron causa á una revolución iniciada por el general Rivera, acompañado del general argentino Juan Lavalle y otros jefes unitarios, quienes se levantaron en la campaña contra el poder de Oribe (Julio de 1836).

Sin embargo, esta contienda no fué exclusivamente interna. El general Lavalleja, pocos días después, llegaba de Buenos Aires con auxilios que le había prestado Rozas, y se ponía bajo las órdenes de Oribe. Lavalleja venía con algunos soldados del ejército de Rozas, quienes usaban las divisas federales con este lema: *Viva el restaurador de las leyes!* Oribe, algún tiempo después, creaba, por un decreto de Agosto de 1836, la divisa blanca con el lema: *Defensores de las leyes*, como distintivo del ejército legal. Rivera, en campaña, adoptó la divisa *colorada* para su ejército [1].

(1) Andrés Lamas. *Agresiones del dictador Rozas contra la República Oriental*, pág. 188.

De estas dos divisas emanaron las designaciones de *blanco* y *colorado* dadas á los partidos que por tanto tiempo habían de luchar y de convulsionar el país.

En tanto, Rivera, después de haber promovido diversas sublevaciones en distintos puntos de la campaña con éxito vario, fué alcanzado por las fuerzas legales, compuestas de 1.500 jinetes, y derrotado en Carpintería el 19 de Septiembre de 1836, teniendo que huir al territorio brasilero.

El país fué pacificado por el gobierno de Oribe, siguiendo en tranquilidad por breve tiempo.

Emigrado Rivera en el Brasil, preparó una segunda invasión al territorio de la República.

En Octubre de 1837, Rivera, secundado por Lavalle y otros jefes adictos, avanzaba sobre el territorio por el lado del Cuareim, á la vez que algunos levantamientos tenían lugar en el interior.

El Presidente Oribe había marchado á la frontera, y, el 22 de Octubre de aquel año, se presentaba con sus fuerzas delante de Rivera en Yucutujá, donde se empeñó una batalla, quedando derrotadas las fuerzas legales [1].

Vencidas las tropas de Oribe en este primer

(1) Parte detallado de la acción publicado el 28 de Octubre en *El Universal* y en *El Mercurio* de ese mismo día.

combate, el ejército revolucionario se internó en la República.

En Noviembre, Rivera sufrió un pequeño contraste en el Yí, empeñándose, en consecuencia, una guerra de recursos en toda la campaña, sublevada por Rivera. Oribe, desde el principio de la lucha, había hecho una especie de alianza con Rozas, quien mandó al general Urquiza que pasara el Uruguay con sus tropas, estableciéndose en Paysandú y facilitando de este modo elementos para las fuerzas de Oribe [1].

La guerra de recursos era por demás fatigosa para el ejército legal.

Por fin, el 15 de Junio de 1838, las fuerzas del Presidente Oribe se avistaban con las fuerzas revolucionarias al mando de Rivera, en el Palmar, donde después de un combate heroico por ambas partes, la victoria se decidió por las armas revolucionarias.

Después de la batalla del Palmar, Rivera quedó dominando la situación, y las Cámaras, convocadas al efecto, resolvieron abrir negociaciones de paz con los sublevados.

Mientras tanto, Rivera había hecho marchar su ejército sobre la capital, y ya éste se encontraba en sus cercanías.

(1) Andrés Lamas: *Agresiones de Rozas*, etc.

El Presidente Oribe se decidió entonces á dejar el mando supremo de la República y, en consecuencia, se dirigió una comisión al campamento de Rivera para tratar de celebrar la paz.

En este estado de cosas, vino una nota de Rozas para Oribe, en la cual le proponía ayudarlo en la guerra contra Rivera, sobre la base de la incorporación de la Provincia Oriental á la República Argentina. Oribe sometió esta nota á la consideración de una reunión de notables, siendo unánimemente rechazada.

El 23 de Octubre quedó resuelto que Oribe dejaría el gobierno. El 24 mandaba á la Asamblea su renuncia, y, aceptada ésta, quedó el presidente del Senado en ejercicio del Poder Ejecutivo. Oribe se embarcó para Buenos Aires con más de 150 jefes y personas de sus afiliados (1).

El 11 de Noviembre de 1838, Rivera entraba en Montevideo, donde fué recibido por el pueblo con gran regocijo.

Rivera declaró cesantes los poderes constitucionales, y tomó posesión del gobierno del país.

Pacificada la República, se llamó á nuevos comicios en Diciembre, y, reunida la Asamblea en Febrero de 1839, nombró Presidente de la República, por segunda vez, al general Rivera.

(1) Manifiesto de Oribe en Buenos Aires, publicado en folleto en aquella época.

En este tiempo, Rozas se veía envuelto en una guerra contra Francia.

Por el hecho de que Rozas había perseguido á varios súbditos franceses en Buenos Aires, el gobierno de aquel país pidió explicaciones al de Buenos Aires, y no siendo éstas satisfactorias, la escuadra francesa bloqueaba en esta época los puertos de Buenos Aires.

El año 39 y los dos subsiguientes, fueron los más terribles de la tiranía de Rozas. Aliado con todos los caudillejos del interior, cometía actos bárbaros y crueldades horribles con el pueblo de Buenos Aires. La mas-horca, una sociedad titulada *Restauradora*, protegida por Rozas, recorría las calles de Buenos Aires dando vivas al *ilustre restaurador de las leyes*, como se le llamaba á Rozas entonces.

Es ésta también la época en que afluye más cantidad de personas de Buenos Aires á Montevideo, víctimas de las persecuciones de que eran objeto en aquella ciudad.

Montevideo sirvió de refugio á muchos de los hombres más ilustrados de Buenos Aires, en aquel tiempo, y, amparados por el gobierno del general Rivera, se identificaron, por decirlo así, con los orientales, figurando en los empleos civiles y militares más elevados.

Á la vez que el gobierno de Rivera se veía rodeado de los elementos más distinguidos del partido unitario, era también Montevideo la residencia de los más importantes marinos franceses que dirigían la guerra contra Rozas.

En esta situación, los franceses de Montevideo y los unitarios empezaron á trabajar el ánimo del Presidente Rivera para que declarara la guerra á Buenos Aires. La provincia de Corrientes se había rebelado contra el poder rozista.

En Diciembre de 1838, Rivera, cediendo á las insinuaciones de los franceses y de los unitarios, celebró un tratado de alianza con Corrientes, y, poco después, declaraba la guerra al tirano de Buenos Aires (Marzo de 1839).

Esto era lo que Rozas esperaba desde largo tiempo. La República Oriental era el único enemigo poderoso que tenía en esta parte de la América del Sud. Chile estaba aliado con Buenos Aires; Perú y Bolivia acababan de ser derrotados en un conflicto contra Chile (batalla del Jungay, 20 de Enero de 1839) [1]. Las revoluciones intestinas de la República Argentina habían sido ahogadas en sangre. Una revolución en Buenos Aires había terminado con la muerte del presidente del Se-

(1) Pedro Rivas: *Efemérides.*

nado, Manuel V. Masa, y su sobrino el coronel Masa. Otra revolución al Sud había concluído con la muerte de su principal jefe, Juan Zalarrayán (Julio de 1838). Las sublevaciones de Santa Fe finalizaron con la muerte de su gobernador, don Domingo Cullén (Junio de 1839). El levantamiento en Corrientes del general Berón de Astrada, al frente de 5.000 hombres, terminaba igualmente en Pago Largo, siendo pasados á cuchillo los prisioneros. (Marzo de 1839).

Tal era la época en que Rozas se preparaba para una invasión al territorio oriental.

En los primeros días de Agosto de 1839, un ejército argentino de más de 7.000 hombres, al mando del general Pascual Echagüe y de los jefes más expertos de entonces, como Lavalleja, Manuel Oribe, Servando Gómez, Urquiza y otros más, invadían el territorio oriental.

Á fines del mismo mes, Echagüe publicaba un decreto, por el cual se hacía saber que serían pasados por las armas todos los militares y civiles del gobierno de Rivera que fueran aprehendidos y sus bienes serían aplicados al ejército [1].

El gobierno nacional apenas si tenía entonces

(1) Periódico *El Gaucho Oriental*, número 3, año 1839; redactado por don Isidoro De-María. (Zinny.)

soldados para contener al invasor; pero, debido á una gran actividad desplegada, quince días más tarde de la pasada de Echagüe, podía disponer de 2.000 hombres, y su vanguardia se tiroteaba con las fuerzas rozistas.

Rivera, con tropas muy inferiores en número á las del enemigo, se mantuvo en una guerra de emboscadas por espacio de varios meses, haciéndole perder á éste gran número de soldados entre muertos, prisioneros y desertores, viéndose al poco tiempo Echagüe en la necesidad de pedir refuerzos á Buenos Aires.

En Montevideo también se trabajaba con el objeto de debilitar el poder de las fuerzas de Rozas.

Se había reforzado á Rivera, mandándole armas y equipos. Lavalle había invadido, con tropas reclutadas en Montevideo, la provincia de Corrientes, por lo cual Rozas tuvo que distraer algo su atención con este caudillo.

En Diciembre de 1839, el ejército de Rivera, fuerte de 3.000 hombres, buscaba á Echagüe, que estaba al frente de 7.500 hombres. El día 29 de aquel mes, ambos ejércitos se encontraron en los campos de Cagancha.

El general Rivera había tendido su línea, colocando en el centro la infantería y artillería, al mando del general Enrique Martínez; la derecha,

formada con divisiones de caballería, era mandada por el coronel Fortunato Silva, y la izquierda, igualmente compuesta de caballería, á las órdenes del coronel Ángel Núñez. La vanguardia, situada hacia la izquierda, era mandada por el general Anacleto Medina. La reserva, por el jefe de Estado Mayor, general Félix Aguiar, se apoyaba á retaguardia de la derecha [1]. En esta disposición, el general en jefe de las fuerzas legales esperó el avance del enemigo.

Á las 10 de la mañana, éste rompió el fuego, cargando una división de caballería, al mando del general Urquiza, sobre la izquierda, consiguiendo en un principio envolverla; mas, luego, debido á la heroicidad de los jefes Medina, Núñez, etc., es obligada aquélla á retirarse en derrota. En la derecha, la lucha se hacía más difícil. El coronel Servando Gómez, oriental, al servicio de las fuerzas de Echagüe, cargó valientemente sobre esta ala, arrollándola completamente y obligando á entrar en batalla á la reserva, cuyos escuadrones, al mando del coronel Venancio Flores, resistieron catorce cargas consecutivas, llevadas por las caballerías de Gómez.

(1) Parte detallado de la accion de Cagancha, pasado por el general Rivera al Ministro de la Guerra, don José Rondeau. — Publicado en *El Constitucional* del 7 de Enero de 1840.

El centro, mandado por el general Martínez, había entrado en pelea desde un principio, consiguiendo los tiros certeros de la infantería y de la artillería destruir completamente á la infantería y artillería del enemigo, mandada aquel día por el coronel oriental Eugenio Garzón.

Á las 3 de la tarde, la batalla estaba terminada. Echagüe se resistía todavía, contando con la división del general Lavalleja, que no había entrado en acción; pero este jefe, que había recibido orden de envolver las divisiones orientales por un movimiento en la retaguardia, había perdido mucho tiempo en la tarea de tomar el convoy de carretas que traía el ejército legal, dando tiempo á que la batalla se decidiera en favor del ejército que mandaba el general Rivera.

Los tiros de la artillería precipitaron la derrota, que se convirtió en fuga desordenada. Los enemigos dejaron sobre el campo de batalla cerca de 480 muertos y gran cantidad de heridos, siendo el número de prisioneros de 137 oficiales y no menos de 1.000 individuos de tropa. El ejército legal, á su vez, experimentó la pérdida de 320 soldados muertos y 190 heridos (1).

La victoria fué tan completa, que, seis días des-

(1) Anacleto Dufort y Álvarez: *Batalla de Cagancha.*

pués de la batalla, no quedaba un solo enemigo en todo el territorio nacional.

Rivera volvió á Montevideo, restableciéndose la paz y la prosperidad de la República.

En el año 1840, más de 900 barcos entraron al puerto de Montevideo, con procedencia de ultramar. La renta aduanera subió en ese mismo año á dos millones y medio de pesos, y el comercio, las industrias, y sobre todo la inmigración europea, llegaron á su más alto grado.

Por otra parte, coincidió con esta época de bienestar, el año en que mayor número de *unitarios* se asiló en estas playas, contándose entre ellos lo más granado de la sociedad argentina, y los que descollaban más por su talento y por sus virtudes cívicas.

Entre los más importantes de los argentinos asilados en Montevideo en aquel año, podríamos nombrar á Florencio Varela, redactor de *El Comercio del Plata*; José Rivera Indarte, redactor de *El Nacional*, y que publicó las *Tablas de Sangre*, enumerando los crímenes de Rozas, precedidos del lema: «es acción santa matar á Rozas»; Valentín Alsina y Juan María Gutiérrez, periodistas de talla; Juan Alberdi y Miguel Cané, escritores y periodistas notables; los poetas José Mármol y Esteban Echevarría: este último autor de *La Cau-*

tiva; José Agrelo, uno de los autores de la revolución de Mayo; Vicente López, Luis Domínguez, escritores é historiadores de nota; José Rondeau y Martín Rodríguez, ambos generales de la Independencia; Félix de Olazábal y José de Olavarría, guerreros igualmente de la Independencia; Juan Lavalle, José María Paz, y más tarde Gregorio Lamadrid, los generales más valientes y más notables de la época, y tantos otros que permanecieron refugiados en Montevideo durante toda la época de Rozas.

Nuevos sucesos vinieron á complicar la lucha en que se mantenían los unitarios y los federales, en ambas márgenes del Río de la Plata.

En Octubre del año 40 llegó á Montevideo el barón Ángel Armand de Mackau, plenipotenciario francés, con plenos poderes para negociar la paz con el gobierno de Buenos Aires. Abiertas las negociaciones, fueron éstas terminadas en Octubre, quedando establecido que el bloqueo de los puertos argentinos cesaría á los ocho días de firmada la convención. La Isla Martín García, tomada anteriormente, sería devuelta en el mismo estado en que se hallaba en 1838; los barcos rozistas aprehendidos por los franceses, serían entregados igualmente. Por el artículo 4.º se establecía que el gobierno de Buenos Aires debía

considerar á la República Oriental en estado de independencia, tal como se estipuló en 1828, *sin perjuicio de sus derechos naturales, toda vez que lo reclamaran la justicia, el honor y la seguridad de la Confederación Argentina.*

El gobierno oriental y la población francesa de Montevideo protestaron sin resultado de ninguna clase contra este último artículo, que, desde luego, los dejaba en guerra abierta con Buenos Aires.

El proceder del gobierno francés puede calificarse hasta de desleal. Después de haber incitado al gobierno oriental á declarar la guerra á Buenos Aires, apenas suscitada la contienda, se retiraba, dejando en desamparo á este gobierno, que había contado con su alianza para la declaración de la guerra.

Rozas concluía, con este acto de diplomacia, de vencer el último de sus enemigos poderosos, é iba á descargar todos sus elementos sobre el pueblo oriental.

Rivera, en previsión de los sucesos que pudieran desarrollarse, había salido á campaña, preparando un ejército que debía combinar sus movimientos con los del ejército del general Paz en Entre-Ríos, y los del general Lavalle en las provincias argentinas del interior.

Además, en este mismo tiempo (Febrero de

1841), el gobierno oriental había ordenado — para contrarrestar en algo los perjuicios que causaba en la navegación la escuadra de Rozas, al mando de Brown — la formación de una escuadrilla, la que fué puesta bajo las órdenes del marino norteamericano Juan Cohe.

Bajo la dirección de este jefe, la escuadrilla oriental se batió diferentes veces con éxito contra la escuadrilla de Buenos Aires. Más tarde, Cohe fué reemplazado por el marino italiano José Garibaldi, que debía adquirir en poco tiempo justa celebridad. Los barcos orientales, al mando de Garibaldi, se batieron muchas veces contra la escuadra de Brown, haciéndola en varias ocasiones huir de las aguas de Montevideo.

Garibaldi se distinguió también por su valor, haciéndose memorable el pasaje con sus barcos, burlando los fuegos de las baterías en el Paraná.

La guerra entre Buenos Aires y Montevideo aun no había tenido como campo de acción el territorio oriental. Sin embargo, la invasión no iba á hacerse esperar. Mientras tanto, Montevideo seguía en una era de progreso. Las rentas de aduana subían, y el comercio y las industrias prosperaban. La instrucción había hecho grandes adelantos en esta ciudad, contando ya con algunos colegios de enseñanza primaria y superior. El 25 de Mayo de

1841 se verificaba el primer certamen poético en el teatro San Felipe, al cual concurrieron los primeros vates de aquel tiempo. Entre ellos figuraban: Esteban Echevarría, Francisco Acuña de Figueroa, José Rivera Indarte, Mármol, Gutiérrez, Domínguez, etc. El primer premio fué discernido á Juan María Gutiérrez, el segundo á Luis Domínguez y el tercero á dos composiciones que sobresalían entre las demás, la una por la belleza de la forma, y la otra por la belleza del fondo: los autores eran Francisco Acuña de Figueroa y José Mármol [1].

Decíamos que la guerra en el territorio oriental no tardaría en producirse. En efecto, Oribe, puesto al servicio de la causa de Buenos Aires, había seguido una campaña victoriosa contra los unitarios de las provincias argentinas. Lavalle fué derrotado en Quebracho Herrado, en Famalla y en otros combates de menor importancia, concluyendo su vida, este heroico jefe, casualmente, de un balazo en la cabeza (Octubre de 1841). Vencedor Oribe del ejército de Lavalle, había contramarchado al Sud buscando el ejército unitario que, al mando

(1) Informe del presidente de la comision clasificadora doctor Florencio Varela, publicado en la coleccion de sus obras copiladas por Luis Dominguez en 1859. Véase igualmente *Cantos a Mayo*, impreso en Montevideo en 1841.

de Lamadrid dominaba en esas provincias. Se libra la batalla del Rodeo del Medio, en la que obtuvieron las armas federales, al mando del general Pacheco en aquel día, una completa victoria, que obligó á Lamadrid á pasar la cordillera de los Andes en una noche tempestuosa, buscando refugio en Chile.

Concluída toda resistencia en el interior de las provincias argentinas, Oribe se pone en marcha al frente de sus tropas, con el propósito de someter las dos únicas provincias que los unitarios dominaban: Entre-Ríos y Corrientes.

En esta última provincia el general José María Paz había obtenido una espléndida victoria en Caa-Guazú (28 de Noviembre de 1841), derrotando completamente á los soldados del partido federal, mandados por don Pascual Echagüe.

Hemos dejado al general Rivera organizando las milicias en el Estado Oriental, para llevar la guerra, de acuerdo con el general Paz y otros jefes, al tirano de Buenos Aires.

En los primeros días de Enero de 1842, el ejército del general Rivera, fuerte de 3.000 hombres, atravesaba el Uruguay, desembarcando en la costa de Entre-Ríos, donde el gobernador de aquella provincia, general Juan Pablo López, reunía el suyo para oponerse, de acuerdo con Rivera, al general Oribe.

Al atravesar Rivera el Uruguay, contaba con el auxilio que le prestaría el general Paz en la provincia de Corrientes; pero este jefe, que, por motivos particulares, estaba en desinteligencia abierta con Rivera, lejos de facilitar los medios para hacer menos costosa la campaña, no sólo se abstuvo de hacerlo, sino que trató de obstaculizarlo, llegando hasta intentar arrebatarle las caballadas por intermedio del general Ángel Núñez.

Todo el año 42 lo empleó el general Rivera en la campaña de Entre-Ríos, empeñando en diversas ocasiones combates de importancia.

El 19 de Abril, la vanguardia del ejército, mandada por el gobernador Juan Pablo López, sufría un contraste en Colastiné. Algunos meses después, el general Rivera derrotaba completamente en Gualeguay á la vanguardia de Oribe, mandada por Urquiza.

Los dos ejércitos se buscaron por espacio de algún tiempo, sin animarse á presentar combate. Por fin, el 6 de Diciembre de 1842, ambos ejércitos se avistaron en Arroyo Grande; el de Oribe, fuerte de 9.000 hombres de las tres armas, y el de Rivera, de 5.500, en su mayor parte de caballería.

Desde el principio de la lucha, la victoria se decidió por las fuerzas mandadas por el general

Oribe, que derrotaron completamente al ejército aliado.

El mismo general Rivera se vió en la necesidad de atravesar el Uruguay con algunos de los suyos, después de perder totalmente su ejército, que quedó en su mayor parte en poder del enemigo.

Esta batalla ha sido una de las más sangrientas que se registran en los anales de la historia de nuestras guerras civiles. Los prisioneros tomados por el ejército que obedecía las órdenes del general Oribe, fueron víctimas en su mayor parte de las depredaciones de la soldadesca, siendo muchos de ellos pasados por las armas.

Á nuestro juicio, la causa de esta derrota no fué sino debida al error en que incurrió el general Rivera presentando combate en un terreno desconocido para él, y con soldados extranjeros, correntinos y entrerrianos en su mayor parte, cuya indisciplina é inmoralidad comprometieron desde el primer momento el éxito de aquélla.

La pérdida de la batalla del Arroyo Grande abrió las puertas del Estado Oriental, que quedó indefenso y á merced del enemigo.

En consecuencia, el ejército de Oribe, que había aumentado hasta 12.000 hombres, pasó el Uruguay, dirigiéndose á Montevideo. Felizmente para

el gobierno de esta ciudad, en esta operación perdió mucho tiempo, el que la ciudad aprovechó para ponerse en estado de defensa.

La noticia de la derrota de Arroyo Grande causó la más viva impresión en Montevideo. El gobierno impuso al pueblo, por medio de un manifiesto, del desastre sufrido, llamando á todos los ciudadanos aptos para las armas al servicio militar. Decretó la formación de un cuerpo de reserva, declarando la libertad de los esclavos en el territorio nacional.

El general Rivera, con la actividad que lo caracterizaba en situaciones de esta clase, había reunido los dispersos de Arroyo Grande, ordenando el enganche de todos los ciudadanos en el territorio, con los cuales escopeteaba ya al ejército invasor, arrebatándole las caballadas y los auxilios para su mantenimiento. En toda la campaña se verificaban reuniones de milicias, siendo notable la actividad desplegada por el comandante militar del distrito de Soriano, Melchor Pacheco y Obes, que en pocos días logró formar una división de 800 hombres, armados y equipados á su costa.

En Montevideo, el estupor de los primeros momentos se había trocado en decisión y valentía. Se habían formado batallones, se había adiestrado

á la tropa, se habían aprovechado los restos que aun quedaban de la antigua ciudadela. Faltaba un hombre capaz de ponerse al frente de la defensa y que la organizase. El pueblo de Montevideo se agolpó á las puertas de la casa del general Paz, pidiéndole que aceptara ese puesto [1]. El general Paz, que en esos días había llegado de Corrientes, aceptó el mando, siendo nombrado entonces director general de la defensa por el gobierno oriental, á cargo del presidente del Senado en ejercicio del Poder Ejecutivo, don Joaquín Suárez.

Bajo la dirección del general Paz se empezaron á levantar las primeras fortificaciones de Montevideo. Se las proveyó de cañones, utilizando todos los que habían, hasta aquellos que desde el tiempo de los españoles servían de postes en las aceras de la ciudad.

El 5 de Febrero de 1843, la organización de la defensa estaba casi concluída, y el general Rivera, que había venido á Montevideo, recorría las fortificaciones acompañado del general Paz.

El nombramiento de ministro de la guerra, recaído en el general Pacheco y Obes, retempló la fibra de los defensores de la plaza. Pacheco

(1) Domingo F. Sarmiento: *La defensa de Montevideo: anotaciones á las Memorias póstumas del general Paz.*

expidió decretos, dictó órdenes y puso en juego todos sus recursos, pudiéndose decir que fué su energía la que más poderosamente contribuyó en los primeros momentos á la defensa de Montevideo.

El general Rivera estuvo en la capital algunas horas y salió á campaña inmediatamente, conteniendo con un puñado de soldados al ejército de Rozas, al mando del general Oribe.

El 16 de Febrero de 1843, Oribe llegaba al Cerrito de la Victoria, haciendo una salva de 21 cañonazos.

Apenas en la ciudad se tuvieron noticias de la presencia de Oribe, se hizo un llamado á todas las fuerzas, reuniéndose en pocas horas un ejército de 6.000 hombres.

Las primeras guerrillas fueron iniciadas por soldados de la plaza, mandados por el coronel Marcelino Sosa, quien logró derrotar una partida del ejército de Oribe, haciéndole varios prisioneros.

De este modo se inauguró el sitio de Montevideo, que debía continuar por espacio de nueve años, y que daría fama y renombre á la ciudad, por lo heroico de su defensa. Durante todo este tiempo los sitiadores sostuvieron guerrillas con los sitiados, en que la suerte de las armas solía ser favorable ya á uno ó ya á otro.

Mientras en Montevideo todos los ciudadanos se alistaban para la lucha, en la campaña, el Presidente Rivera, repuesto del desastre de Arroyo Grande, había logrado formar un ejército de cerca de 4.500 hombres.

El 1.º de Marzo de 1843 había concluído la presidencia de Rivera, y las Cámaras, reunidas en Asamblea General, declaraban al presidente del Senado, don Joaquín Suárez, en ejercicio del Poder Ejecutivo, en la imposibilidad de nombrar presidente, por hallarse el país en guerra. El general Rivera fué nombrado comandante general de campaña.

Entre tanto, en Montevideo la indecisión y el temor de los primeros tiempos se había cambiado, después de pasados algunos meses del sitio, en resolución y tranquilidad. Se habían organizado dentro de las murallas de Montevideo una legión de franceses, al mando del coronel Tibeaut, y otra de italianos, al mando del coronel José Garibaldi, las cuales hacían el servicio de línea como los demás batallones. Se había fortificado la cumbre del Cerro, enviándose nuevas piezas de artillería para su defensa. Se creaban hospitales de sangre dentro de la plaza y se formaba una sociedad filantrópica de damas, presidida por la señora Bernardina Fragoso, esposa del general Rivera.

En este tiempo, la escuadra de Brown, en combinación con el ejército sitiador, bloqueaba el puerto de Montevideo. Rivera, en campaña, había logrado inmovilizar una división enemiga de las tres armas, al mando del general Ignacio Oribe. Á la vez, burlando frecuentemente la vigilancia de los soldados del Cerrito, pasaba tropas de ganado para abastecer la plaza de Montevideo.

Todo el año 43 y principios del 44 se mantuvieron sitiados y sitiadores en esta misma situación, sin que suceso alguno de importancia ocurriera en ninguno de los dos campos.

El general Oribe, desde su campamento en el Cerrito, había tratado de establecer un gobierno con todas las formas constitucionales, figurando él como presidente legal de la República. Tenía su ministerio, sus cámaras, había habilitado el pueblo de la Unión como residencia de los poderes constituídos, lo mismo que estableció el puerto en el Buceo, donde existía una oficina que hacía las veces de aduana, percibiendo los impuestos de los barcos que entraban. Está de más decir que Oribe no reconocía otra autoridad legítima en el país que la suya. De aquí nacieron todas las dificultades cuando más adelante se trató de hacer la paz entre Montevideo y el Cerrito, pues Oribe se hacía llamar presidente legal, y no quiso reco-

nocer nunca al gobierno constituído de Joaquín Suárez. Á fines de Abril del 44 tuvo lugar un brillante hecho de armas, llevado á cabo por parte de los de la plaza. El general Paz, director de la defensa, al frente de 1.500 hombres, salió de la plaza, y por espacio de varias horas mantuvo en jaque á todo el ejército sitiador, volviendo á la ciudad con escasa pérdida, después de haber ocasionado al enemigo cerca de 70 muertos y un número considerable de heridos [1].

El general José María Paz dirigió la defensa de Montevideo hasta Julio de aquel año, época en que se embarcó para Corrientes, reemplazándolo en su puesto el ministro de la guerra, general Pacheco y Obes.

Como no entra en nuestro plan el mencionar día por día los hechos importantes que ocurrieron durante el largo y porfiado asedio que sufrió la plaza, sólo nos concretaremos á relatar aquellos más culminantes.

El general Rivera, en campaña, por medio de movimientos estratégicos, al finalizar el año 44, había conseguido que todas las divisiones que el general Oribe tenía en campaña, se replegaran al cuartel general del Cerrito. Esto dió motivo á

(1) *El Nacional, El Constitucional,* etc., de Abril de 1844.

que Oribe, justamente alarmado, pidiera auxilios á Buenos Aires, ordenando Rozas, entonces, que el general Urquiza, al frente de 5.000 hombres, atravesara el Uruguay.

Rivera, instigado por el gobierno de Montevideo para presentarle combate, se decidió á hacerlo, buscando al ejército invasor, que había atravesado la República de Norte á Sud.

El 27 de Marzo de 1845, ambos ejércitos se encuentran en India Muerta. Urquiza tenía mayor número de tropas, y fué así que, después de haber peleado heroicamente el ejército nacional, mandado por el general Rivera, fué éste completamente derrotado, viéndose obligado á buscar refugio en el Brasil. Esta batalla dió la superioridad en la campaña al ejército de Urquiza.

Empero, el interior del país no fué completamente dominado. En todos los puntos había caudillos que se levantaban en armas contra el ejército invasor. El coronel Brígido Silveira era invencible en las sierras de Minas y Maldonado. Cuando Urquiza creía tenerlo en su poder, lograba siempre evadirse por un camino oculto al través de la sierra. Venancio Flores, Anacleto Medina, Gregorio Suárez, Báez y otros muchos, hostilizaban constantemente á las divisiones enemigas.

En este tiempo, los representantes del gobierno

francés é inglés creyeron de su deber intervenir en la contienda, haciendo cesar la lucha sostenida entre ambas márgenes del Plata. Mr. Guillermo Ouseley y el Barón Deffaudis, plenipotenciarios de los gobiernos inglés y francés respectivamente, llegaron al Río de la Plata en Mayo de 1845, é inmediatamente se trasladaron á Buenos Aires, poniéndose al habla con el ministro de relaciones exteriores de Buenos Aires, don Felipe Arana.

Sin embargo, la conducta equívoca y hostil observada por el gobernador de Buenos Aires mientras se llevaban á cabo las negociaciones, hicieron fracasar por completo esta misión. Así lo hacían saber los delegados extranjeros al gobierno de Montevideo en Septiembre de aquel año, al dar por terminada la misión [1].

Vamos á seguir en la narración de las diferentes misiones de los enviados de las potencias europeas, hasta su terminación, para después volver á tomar el hilo de los acontecimientos.

El fracaso de la misión Ouseley-Deffaudis, no desalentó á los gobiernos inglés y francés.

En Julio de 1846 arribaba al puerto de Buenos Aires el señor Tomás S. Hood, en el carácter de agente confidencial de Inglaterra y Francia ante el gobierno de Rozas.

(1) *Revista del Archivo Americano,* número 10.

La misión de Hood no tuvo un resultado más satisfactorio que la anterior. Rozas evadió todo compromiso, basado en que él no tenía nada que ver en los asuntos de Montevideo, desde que esta lucha era sostenida por Oribe contra los defensores de aquella plaza. Por otra parte, Rozas pedía que el enviado confidencial reconociera al general Oribe como presidente *legal* del Estado Oriental y se entendiese con él directamente.

Es claro que en estas condiciones la misión Hood tenía que fracasar.

Los gobiernos europeos intentaron todavía un último esfuerzo para celebrar la paz en el Río de la Plata.

Al efecto comisionaron á Lord Howden, al conde Walewski y almirante Lapredour, como representantes, el primero de Inglaterra, y los dos últimos de Francia.

El 7 de Mayo de 1847 desembarcaban en Buenos Aires, entrevistándose inmediatamente con el ministro de relaciones exteriores.

El resultado final de esta negociación no fué mejor que el de las anteriores; por el contrario, después de varias conferencias en las que no se pudo arribar á ninguna conclusión, Lord Howden, representante de Inglaterra, declaró que la intervención de su país en el Río de la Plata había ce-

sado por completo, dejando á Francia el arreglo final del enojoso asunto.

Este hecho fué festejado en Buenos Aires como un triunfo de su diplomacia.

Sin embargo, aun cuando ninguna de las intervenciones dió resultado, los gobiernos inglés y francés intentaron un supremo esfuerzo para hacer cesar la guerra que por tantos años asolaba estos territorios.

Fueron encargados de esta cuarta intervención los señores Gore y Gros, enviados por parte de Inglaterra y Francia, respectivamente, con instrucciones para entenderse con el mismo don Manuel Oribe (Febrero de 1848).

Ésta fué la última intervención de los poderes europeos en los asuntos del Plata. Respecto á los resultados de ella, sólo podemos decir que no fueron mejores que los anteriores, pues siempre chocaban con la resistencia que oponía Rozas, el cual no quería de ningún modo la cesación de la guerra [1].

Ésta fué la causa primordial de los resultados negativos que dieron las cuatro intervenciones anglo-francesas en el Río de la Plata.

(1) La Intervención Anglo-francesa en el Río de la Plata», por Adolfo Pfeil, publicada en el *Defensor de la Independencia, Comercio del Plata* y *Archivo Americano,* en 1848.

Expuesta de una manera concisa la historia de estas intervenciones, volvamos de nuevo al año 45, siguiendo la narración de los hechos.

La situación política del país, al finalizar el año 1845, era la misma que la de los años anteriores. En Noviembre, la legión italiana, mandada por Garibaldi, ayudada por la escuadra anglo-francesa, consigue posesionarse de la Colonia y Martín García.

Algunos meses después, un nuevo hecho de armas vino á acreditar una vez más el valor heroico de los legionarios garibaldinos y de los orientales. Una columna compuesta de 1.200 hombres perfectamente armados, mandada por el general Servando Gómez, fué destinada en el departamento del Salto á batir á Garibaldi, que, con 200 legionarios y 100 soldados de la caballería oriental, al mando del coronel Báez, se hallaba en aquel departamento. El 8 de Febrero del 46, el general Gómez presenta batalla en los campos de San Antonio á Garibaldi, quien, á pesar de la inferioridad de sus tropas, logra derrotar á su adversario, después de una lucha vigorosa. Servando Gómez abandonó el campo, dejando en él cerca de 200 cadáveres.

Garibaldi comunicó al gobierno de Montevideo la noticia de su triunfo, quien lo elevó al rango de general, en premio á sus brillantes servicios.

El 14 de Febrero de aquel año se terminaba la quinta legislatura nacional, y hallándose en guerra el país, se declaró terminado el mandato de las cámaras, al mismo tiempo que se convocaba una Asamblea de Notables formada con los hombres más ilustrados de la ciudad.

La Asamblea de Notables fué instalada el 16 de Febrero de 1846.

La plaza sitiada seguía resistiendo lo terrible de la situación. Los escasos auxilios que venían por mar eran insuficientes para la subsistencia de la población. Por otra parte, la carencia de recursos obligaba al gobierno á solicitar con frecuencia empréstitos de 30 ó 40 mil pesos, para hacer frente á las necesidades de la ciudad. Agravaban aquella situación las enfermedades desarrolladas continuamente entre sus habitantes.

En este mismo tiempo tuvo lugar un suceso de importancia en Montevideo, que, á no ser la actividad con que fueron sometidos sus autores, pudo haber tenido consecuencias funestas para la causa de la defensa.

El general Rivera, que después de la derrota de India Muerta se retiró al Brasil, se había embarcado para el Río de la Plata, llegando á Montevideo á mediados de Marzo. El gobierno de Joaquín Suárez, influenciado por las ideas de Pa-

checo y Obes, Manuel Herrera y otros, considerando que la presencia del general Rivera podía traer malas consecuencias para la causa de la defensa, expidió un decreto por el cual se le expulsaba temporariamente del territorio nacional [1]. No obstante, la presencia del general Rivera en el puerto de Montevideo había exaltado de tal modo los ánimos de algunos de sus partidarios, que la guardia del Cabildo, perteneciente al 4.º de infantería, se amotinó, saliendo á la calle al mando de los sargentos Madriaga [2]. Á la energía del ministro Pacheco y Obes se debió el completo sometimiento de los revoltosos, evitando así el mayor derramamiento de sangre y el estallido de una lucha intestina dentro de los muros de la ciudad.

No obstante, Suárez se vió en la necesidad de derogar el decreto expulsando al general Rivera, y de nombrar á éste nuevamente general en jefe del ejército en campaña. Este nombramiento trajo en pos de sí la renuncia de Pacheco y la separación de los elementos no riveristas, del gobierno de Suárez.

(1) Decreto del 28 de Marzo de 1846. Véase *El Comercio del Plata* del 31 de Marzo de ese año.

(2) Ignacio y Floro Madriaga. El primero llegó á general y el segundo á sargento mayor.

El general Rivera abrió su segunda campaña en Abril, logrando en poco tiempo apoderarse de cuatro importantes posiciones del enemigo, rindiendo más tarde el pueblo de Paysandú, donde se había atrincherado el general Servando Gómez. (Diciembre de 1846.)

Esta campaña de Rivera fué corta. Algunos meses después, los sucesos políticos llamáronle á Montevideo, de donde fué deportado de nuevo al Brasil, para no volver en muchos años á su patria.

El sitio se prolongó todavía por mucho tiempo más. Durante los años 47, 48, 49 y 50, la situación de la plaza no cambió en lo más mínimo. Sin embargo el ánimo de los defensores de Montevideo no decayó un solo instante. Joaquín Suárez, al frente del gobierno, se mantuvo firme en su puesto, contra todas las contrariedades.

Uno de los elementos con que contaba Montevideo y en que superaba á Rozas, era la prensa, representada primero por *El Nacional,* y más tarde por *El Comercio del Plata:* este último redactado por don Florencio Varela, una de las plumas más brillantes de la época. La campaña violentísima que hacía este diario en contra de la tiranía de Rozas y del general Oribe, llegó, el año 48, con motivo de la última de las intervenciones anglo-

francesas, á su período más alto. Para llevar á cabo esta campaña periodística, fuéle preciso al doctor Varela lastimar y herir profundamente á sus contrarios, dándoles así pretexto para que ellos determinaran deshacerse de cualquier modo de un enemigo tan poderoso y tan temible. El 20 de Marzo de aquel año era asesinado el doctor Varela, en momentos que entraba á su casa de la calle Misiones. El matador era un español de nombre Andrés Cabrera, el cual, una vez consumado el crimen, huyó al campo sitiador, de donde, según algunos autores, había sido mandado [1].

Ningún suceso de importancia encontramos durante los años 49 y 50. La esperanza que podía tener Montevideo de la celebración de la paz, con motivo de las intervenciones anglo-francesas, fueron defraudándose poco á poco con el fracaso de todas ellas.

La República Oriental necesitaba la paz en cualquier forma; la continuación de la guerra se hacía imposible; al fin, el desaliento debía cundir entre las filas de los defensores de Montevideo, y

(1) Antonio Diaz y otros autores confirman esto mismo, llegando hasta señalar á Rozas y á Oribe como instigadores del crimen. Por su parte, el historiador Saldías niega abiertamente el hecho, basado en que, del proceso que se le siguió á Cabrera despues de la guerra, no se pudo comprobar nada, pues este fué secreto, no sabiendose en la actualidad si existe y en donde está.

la caída de la ciudad sería inevitable. Por otra parte, Oribe se encontraba en el Cerrito, más fuerte que nunca. La guerra contra Rozas, iniciada en algunas provincias argentinas, había terminado con el completo sometimiento de ellas. El mismo general Paz se había visto obligado á pasar al Paraguay, después de haber presenciado la traición y el sometimiento de muchos de los suyos.

Era necesario buscar la solución y el fin de esta guerra de otra manera.

Esto mismo lo comprendió el general Justo José de Urquiza, gobernador de Entre-Ríos y uno de los caudillos más prestigiosos de la Confederación Argentina, constituyendo por sí solo el brazo derecho de Rozas. El convencimiento de los grandes males que había reportado y reportaba á la República Argentina la tiranía de Rozas, después de 20 años de su establecimiento en el poder, hizo germinar en el pensamiento del general Urquiza la idea de levantarse en armas contra el poder de Buenos Aires.

El 3 de Abril de 1851, Urquiza pasaba una circular á todos los gobernadores de las provincias y al gobierno oriental, pidiendo la alianza para aquella causa, declarando al mismo tiempo la *guerra al tirano Rozas y á sus sostenedores.*

Algún tiempo después se formaba una liga en-

tre la República Oriental, el Brasil y el general Urquiza, en contra del gobierno de Buenos Aires.

El 18 de Julio, el general Urquiza, al mando de un ejército entrerriano-correntino, pasaba el Uruguay, desembarcando en la costa oriental. El general Servando Gómez se plegó con toda su división al movimiento de Urquiza. Otras divisiones de Oribe imitaron el ejemplo de Gómez, pasándose al ejército libertador. En Septiembre, el ejército brasilero salvaba las fronteras orientales internándose en el territorio, á la vez que la escuadra de aquel imperio, mandada por el almirante Graenffell, bloqueaba los puertos de Rozas.

El general Oribe, que en los primeros momentos había despachado diversas divisiones para que hostilizaran al ejército de Urquiza, ordenó luego la reconcentración de todos sus elementos en el cuartel general del Cerrito.

En los primeros días de Octubre, el ejército de Urquiza se aproximó al campamento de Oribe. Este hecho produjo la más completa desorganización en el ejército sitiador, que sumaba, días antes, 8.500 hombres con 35 piezas de artillería.

Oribe comprendió que toda resistencia era inútil, aviniéndose á celebrar un tratado por el cual él debía entregar á Urquiza todas las fuerzas argentinas que tuviera á su mando.

El 8 de Octubre se firmó la paz entre el ejército aliado y el general Oribe. Por el artículo 5.º de esta convención se declaraba QUE NO HABÍA VENCIDOS NI VENCEDORES, en la lucha de los nueve años, *quedando el general Oribe sometido á las leyes del Estado Oriental como cualquier ciudadano.*

La noticia de la celebración de la paz la trajo á esta ciudad el capitán López Jordán, el mismo día 8. Tal fué el entusiasmo que causó el suceso, que durante todo el día no cesaron las manifestaciones de alegría de todo un pueblo que, después de tan larga lucha, había visto desaparecer de pronto el único motivo que dividía sus aspiraciones. Las campanas no cesaron de vibrar durante todo el día, y los vivas de la muchedumbre al ejército, al gobierno oriental, á la defensa y á Urquiza, atronaron los aires.

El gobierno de Joaquín Suárez, comprometido con Urquiza á ayudarle con una división de 2.000 hombres, empezó sus aprestos bélicos. Entre tanto Urquiza, al frente de 20.000 hombres, repasaba el Uruguay, marchando en seguida sobre Buenos Aires. En la Colonia quedó en observación una división del ejército del Brasil.

La división oriental, compuesta de cinco batallones, sumaba en todo 1.700 hombres, los cuales fueron puestos al mando del coronel Cé-

sar Díaz. El 4 de Diciembre se embarcaron, incorporándose al ejército de Urquiza el 30 del mismo mes [1]. Rozas, á la aproximación de Urquiza, quedó atemorizado, y solamente dispuso la reconcentración de todas sus tropas en Buenos Aires.

El ejército unido componíase de cerca de 24.000 hombres, de los cuales 19.000 eran argentinos, 3.000 brasileros y 1.700 orientales.

La única disposición que tomó el gobernador de Buenos Aires ante el avance del ejército aliado, fué la de talar los campos y arrear las caballadas. Había reunido su ejército en Santos Lugares (antiguo cementerio, distante 12 leguas del Río de la Plata), sumando entre todos 25.000 soldados de las tres armas, con 60 cañones, todo lo cual fué puesto á sus inmediatas órdenes. Después de algunos combates sin mayor importancia, el ejército aliado buscó al de Rozas, encontrándose ambos en la llanura de Monte Caseros el 3 de Febrero de 1852.

Rozas había extendido su línea desde su campamento en Santos Lugares, donde apoyaba una de las extremidades, hasta una cañada llamada del Morón, donde se apoyaba la otra. Su infan-

(1) César Díaz: *Memorias inéditas.*

tería quedaba parapetada en un edificio llamado el mirador de Caseros.

Á su vez, Urquiza extendió su línea, colocando á la derecha las divisiones entrerrianas de caballería, á la izquierda la división oriental y en el centro las demás fuerzas argentinas y la división brasilera.

Á las 10 de la mañana se dió principio á la batalla. Las célebres divisiones de caballería entrerriana y santafesina fueron las primeras en iniciar el combate, cargando la división de Medina sobre los lanceros de Rozas. La división oriental se puso en movimiento en dirección al edificio de Caseros, siendo seguida por la división brasilera.

César Díaz había mandado á sus soldados cargar á bayoneta á los enemigos, quienes, no pudiendo resistir las cargas del batallón de voltígeros, al mando de su jefe León de Palleja, se retiraron, abandonando sus posiciones del mirador de Caseros. No obstante esto, la división oriental, en su afán de conquistar las fortificaciones enemigas, asaltó las trincheras, desafiando el fuego mortífero que desde lo alto hacían los soldados de Rozas. La lucha no fué larga: primero el coronel Palleja con su batallón, y después César Díaz con la división entera, se posesionaron de las fortificaciones donde estaba parapetada la infantería argentina de Rozas.

En estos momentos, la derrota de los enemigos era general en toda la línea, y la infantería y la caballería rozistas eran sableadas en todas direcciones por la caballería al mando del general Lamadrid, no oyéndose, según dice César Díaz en sus memorias, otro grito que el de: *Ríndanse! Entreguen las armas; no los mataremos!*

El gobernador Rozas se había retirado desde el principio de la batalla.

Sobre el campo de acción quedaron tendidos 1.500 soldados del ejército de Rozas, perdiendo el ejército aliado tan sólo 300. En poder de Urquiza quedó toda la artillería, 20.000 armas y 7.000 prisioneros, en su mayoría unitarios obligados al servicio, y que se pasaron inmediatamente al ejército aliado (1).

Mientras tanto, el general Rozas, fugitivo desde los primeros momentos de la batalla, entraba en Buenos Aires á todo el correr de su caballo, pidiendo protección al ministro inglés, el cual lo embarcó en uno de los buques de su nacionalidad surtos en el puerto, conduciéndolo á Inglaterra. Allí vivió todavía muchos años, muriendo el 14 de Marzo de 1877 en los alrededores de Southampton, ciudad que había elegido para su residencia.

(1) Antonio Díaz, *Historia de las Repúblicas del Plata*, tomo IX.

Con la batalla de Caseros, ganada por la acción triple de los poderes oriental-argentino-brasilero, al mando del general Urquiza, cayó el gobierno de Rozas, el cual, por espacio de 20 años, había sido dueño de Buenos Aires y de toda la República Argentina, y el único causante de los males que afligieron á la República Oriental desde su emancipación.

Los soldados orientales, al mando de César Díaz, una vez más pusieron de relieve su valor heroico, cubriéndose de gloria. Ellos fueron los primeros en atacar, de su lado estuvo la mayor resistencia, y el asalto al mirador de Caseros fué el toque de dispersión y de derrota para las huestes de Rozas.

Al día siguiente de la batalla, el ejército aliado se puso en marcha para la ciudad de Buenos Aires. César Díaz participó al gobierno de Montevideo el éxito alcanzado en Monte Caseros. La noticia fué festejada ruidosamente en esta ciudad, cuyo gobierno decretó una medalla de honor á la división oriental, ascendiendo al grado de general al coronel César Díaz.

Pocos días después, todo el ejército unido entraba en Buenos Aires, siendo recibido por sus habitantes con muestras de indescriptible gozo.

La división oriental era objeto de ovaciones por

parte de la principal sociedad porteña, caminando, según dice un testigo presencial, sobre una alfombra de flores. Á la pasada de la división del general Lamadrid redoblaron los vivas del pueblo. El viejo guerrero de la Independencia, del cual ha dicho Sarmiento que las balas lo respetaron desde los 14 años , era rodeado y aclamado por la multitud.

La división de César Díaz se embarcaba algún tiempo después para Montevideo, adonde llegó el 12 de Marzo.

En esta ciudad esperábanle nuevas demostraciones de regocijo y satisfacción. La división oriental, una vez desembarcada, se puso en dirección á la Casa de Gobierno, siendo en todas partes recibida en triunfo. La bandera de la patria, hecha girones y abierta en todos lados por las balas, era objeto de los vivas de la multitud. La columna se dirigió al Cabildo, donde la esperaba el Presidente de la República. Allí la división desfiló, marchando luego á sus cuarteles.

Con el triunfo de Monte Caseros, la Defensa de Montevideo tuvo su digna coronación, dando en tierra con la más sangrienta de las tiranías.

CAPÍTULO XII

Presidentes y gobernadores que desde 1852 hasta nuestros días, han desempeñado el mando supremo de la República.

Joaquín Suárez abandonó el poder el 15 de Febrero de 1852, haciéndose cargo de él el Presidente del Senado, don Bernardo P. Berro. El 1.º de Marzo de 1852 fué nombrado Presidente constitucional el ciudadano don Juan F. Giró.

Habiendo Giró renunciado á la presidencia, se formó un triunvirato, compuesto por el general Juan Antonio Lavalleja, Fructuoso Rivera y Venancio Flores, el 25 de Septiembre de 1853.

Por muerte de los dos primeros triunviros, tomó el mando del gobierno, provisoriamente, el coronel Venancio Flores.—El 12 de Marzo de 1854, se hicieron las elecciones para Presidente de la República, resultando elegido el mismo coronel Flores.

Flores, como Presidente de la República, gobernó hasta el 10 de Septiembre de 1855, época en que renunció, siendo sustituído, de acuerdo con la Constitución, por el Presidente del Senado, en ejercicio del Poder Ejecutivo, don Manuel Basilio Bustamante [1].

(1) Con motivo de la revolución de Agosto de este año, quedó acéfalo

Manuel Basilio Bustamante estuvo en el poder hasta el 1.º de Marzo de 1856, día en que se nombró Presidente constitucional á don Gabriel A. Pereira.

Pereira desempeñó el gobierno hasta el 1.º de Marzo de 1860, en que se nombró Presidente constitucional á don Bernardo P. Berro.

La revolución encabezada por Flores durante la presidencia de Berro impidió las elecciones, y, llegado el fin de los cuatro años del gobierno constitucional, se hizo cargo del poder el Presidente del Senado, el 1.º de Marzo de 1864. Éste era don Atanasio Aguirre, quien gobernó el Estado hasta la terminación de su mandato, el 15 de Febrero de 1865. En este día se eligió Presidente del Senado á don Tomás Villalba, haciéndose cargo del Ejecutivo por hallarse el país todavía en guerra.

Hecha la paz con Flores, jefe de la revolución, éste entró en Montevideo, haciéndose cargo del gobierno el 28 de Febrero de 1865.

En el carácter de Gobernador, Flores estuvo en el poder desde esta fecha hasta el 15 de Febrero de 1868, día en que entregó el mando al Presi-

el puesto de Presidente, asumiendo el mando don Luis Lamas, en el carácter de Gobernador provisorio (29 de Agosto de 1855).

dente del Senado don Pedro Varela, quien gobernó hasta el 1.º de Marzo de ese año.

En este día se nombró Presidente constitucional de la República al general don Lorenzo Batlle.

Batlle gobernó el país hasta el 1.º de Marzo de 1872, y, hallándose el país en plena revolución, no fué posible hacer las elecciones, entregando el mando al Presidente de la Asamblea, ciudadano don Tomás Gomensoro.

Celebrada la paz con los revolucionarios, se constituyó la Asamblea, la que nombró Presidente constitucional á don José E. Ellauri, el 1.º de Marzo de 1873.

Ellauri gobernó la República hasta el 15 de Enero de 1875, día en que, habiendo estallado un motín, fué depuesto del mando, nombrándose, de acuerdo con la Asamblea Legislativa, al ciudadano don Pedro Varela para concluir el período presidencial de Ellauri.

El 10 de Marzo de 1876, el coronel Lorenzo Latorre se proclamaba dictador, gobernando el país con este título hasta el 1.º de Marzo de 1879, día en que fué nombrado Presidente constitucional.

En este carácter gobernó Latorre hasta el 13 de Marzo de 1880, época en que renunció, haciéndose cargo como Presidente constitucional, el doctor don Francisco A. Vidal.

El doctor Vidal, á su vez, presentó renuncia del puesto el 1.º de Marzo de 1882, siendo nombrado por la Asamblea Presidente constitucional el general Máximo Santos, quien gobernó hasta el 1.º de Marzo de 1886.

Concluído el período constitucional, es nombrado de nuevo Presidente de la República el doctor Francisco A. Vidal, quien gobernó hasta el 24 de Mayo de 1886.

En esta fecha, por renuncia del doctor Vidal, asume el mando el Presidente del Senado, que lo era el capitán general Máximo Santos.

Santos, como Presidente del Senado, gobierna el país hasta el 19 de Noviembre del mismo año, día en que presenta renuncia.

El 19 de Noviembre de 1886 es nombrado Presidente constitucional, por el tiempo complementario del doctor Vidal, el general Máximo Tajes, quien gobierna el país hasta el 1.º de Marzo de 1890.

Terminado el período del Presidente Tajes, es nombrado Presidente constitucional el doctor Julio Herrera y Obes, quien estuvo en el poder hasta el 1.º de Marzo de 1894.

Pero como la Asamblea Legislativa no pudo formar mayoría para nombrar Presidente hasta el 21 del mismo mes, gobernó, mientras tanto, el Presidente del Senado don Duncan Stewart.

El 21 de Marzo de 1894, las Cámaras nombran Presidente constitucional al ciudadano don Juan Idiarte Borda, quien gobierna el país hasta el 25 de Agosto de 1897, día en que es muerto en las calles de Montevideo.

Asume el mando entonces el Presidente del Senado, ciudadano don Juan Lindolfo Cuestas.

En este carácter gobierna el Estado hasta el 10 de Febrero de 1898, en que se declara Presidente provisional, disolviendo las Cámaras constituídas.

Como Presidente provisional, el ciudadano don Juan Lindolfo Cuestas dirige los destinos del país hasta el 15 de Febrero de 1899, en que entrega el poder al Presidente del Senado, don José Batlle y Ordóñez.

Este último entrega el mando el 1.º de Marzo de 1899 al ciudadano don Juan Lindolfo Cuestas, electo Presidente constitucional de la República.

ÍNDICE

CAPÍTULO I

CAPÍTULO II

CAPÍTULO III

CAPÍTULO IV

CAPÍTULO V

CAPÍTULO VI

CAPÍTULO VII

CAPÍTULO VIII

Págs.

CAPÍTULO IX

CAPÍTULO X

CAPÍTULO XI

CAPÍTULO XII



